

# LA AMÉRICA

## CRÓNICA HISPANO-AMERICANA

DIRIGIDA POR

D. EDUARDO ASQUERINO

CON LA COLABORACION DE LOS SEÑORES

D. José Alcalá Galiano, D. J. M. Alonso de Beraza, D. José Anchorena, D. Joaquin Arnau é Ibañez, D. Pedro Arnó, D. Eusebio Asquerino,  
D. Gumersindo Azcárate, D. Joaquin Baeza, D. Víctor Balaguer, D. Pedro María Barrera, D. Luis Barthe, D. Manuel Becerra, D. Eusebio Blasco,  
D. Estéban Borrero Echevarría, D. Adolfo Calzado, D. Leopoldo Cano, D. Francisco Cañamaque, D. Manuel Cañete, D. I. Carrillo y O'Farril, D. Emilio Castelar,  
D. Fernando Corradi, Conde de Cheste, D. Antonio M. Dumovich, D. José Echegaray, D. Eduardo Echegaray, D. Antonio María Fabié, D. Juan Fastenrath,  
D. Rafael Fernandez Neda, D. Nemesio Fernandez Cuesta, D. Manuel Fernandez y Gonzalez, Luigi Ferri, Camilo Flanmarion, D. Francisco Flores García,  
D. Constantino Gil, D. Valentin Gomez, Marqués de Heredia, D. Félix María Hidalgo, D. Rafael María Labra, D. Plácido Langle, D. Adelardo Lopez de Ayala,  
D. Pedro Madrazo, D. F. Moja y Bolivar, D. José R. Montalvo, D. Luis Montané, D. Miguel Moya, D. Francisco de P. Muñoz, D. R. T. Muñoz de Luna,  
D. José Navarrete, D. Gaspar Nuñez de Arce, D. Eugenio de Olavarría, D. Eugenio de Olavarría y Huarte, D. Manuel del Palacio, D. José Joaquin de Palma,  
D. Francisco Pí y Margall, D. Bernardo Portuondo, D. Manuel Prieto y Prieto, D. José Puig Perez, D. Mariano Ramiro, D. Temístocles A. Ravelo,  
D. Manuel Regidor, D. Manuel Reina, D. Manuel de la Revilla, D. Gabriel Rodríguez, D. Tomás Rodríguez Pinilla, D. Cándido Rodríguez Pinilla,  
D. Vicente Romero y Giron, D. Antonio Ros de Olano, D. P. Ruiz Albistur, D. Nicolás Salmeron, D. Prudencio Sañudo, D. E. Segovia Rocaberty,  
D. José Selgas, D. Ricardo Sepúlveda, D. Fernando Soldevilla, D. Francisco Sellén, D. Eugenio Sellés, D. Francisco M. Tubino, D. Manuel Uribe Angel,  
Marqués de Valmar, D. José Varela Zequeira, D. Enrique José Varona, D. Fernando Velarde, D. José María Velasco, D. Luis Vidart,  
D. Márcos Zapata y D. Justo Zaragoza.



TOMO XXI.—AÑO 1880.



MADRID 1880  
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO  
de M. P. Montoya y Compañía.  
Cafés, 1.

# LA AMÉRICA

## CRÓNICA HISPANO-AMERICANA

DIRIGIDA POR

D. EDUARDO ASQUERINO

CALLE DE CALABRIZOS DE LAS ROSAS

En este número de la América Hispano-Americana se publica un artículo de D. Eduardo Asquerino sobre el estado de la literatura hispano-americana en el presente. El autor trata de la evolución de la literatura en los últimos años, de la influencia de las corrientes europeas y de la originalidad de los autores hispano-americanos. El artículo es de gran interés y merece ser leído por todos los que se interesan por la cultura hispano-americana.

El presente número de la América Hispano-Americana contiene un artículo de D. Eduardo Asquerino sobre el estado de la literatura hispano-americana en el presente. El autor trata de la evolución de la literatura en los últimos años, de la influencia de las corrientes europeas y de la originalidad de los autores hispano-americanos. El artículo es de gran interés y merece ser leído por todos los que se interesan por la cultura hispano-americana.

TOMO XLVII—AÑO 1920





CRÓNICA HISPANO-AMERICANA

POLITICA, ADMINISTRACION, CIENCIAS, LITERATURA, ARTES, AGRICULTURA, COMERCIO, INDUSTRIA, ETC., ETC.

COLABORADORES: Señores Amador de los Rios, Alarcon, Arce, Sra. Avellaneda, Sres. Asquerino, Auñon (Marqués de), Alvarez (Miguel de los Santos), Ayala, Alonso (J. B.), Araquistain, Anchorena, A. Buene, Ardanaz, Ariza, Arrieta, Balaguer, Baralt, Barzanallana (marqués de), Becerra, Benavides, Bona, Borao, Borroco, Bueno, Bremon, Breton de los Herreros (Manuel), Blasco, Calvo Asensio (D. Pedro), Campoamor, Camus, Canalejas, Cañete, Castelar, Castro y Blanc, Cánovas del Castillo, Castro y Serrano, Calavia (D. Mariano), Cazorro, Cervino, Cheste (Conde de), Collado, Cortina, Corradi, Colmeiro, Correa, Cuesta, Cueto, Sra. Coronado, Sres. Galvo Asensio (D. Gonzalo), Dacarrote, Diaz (José María), Durán, Duque de Rivas, Echevarria (J. A.), Espin y Guillen, Estrada, Echegaray, Equiz, Escosura, Estrella, Eulate, Fábila, Ferrer del Río, Fernandez y Gonzalez, Fernandez Guerra, Fernandez de los Rios, Formin Toro, Flores, Figueroa, Figueroa (Augusto Suarez de), Garcia Gutierrez, Garangos, Galdes de Molina (D. Javier), Gralls, Gimenez Serrano, Giron, Gomez Narin, Güell y Benlé, Güelvenzu, Guerrero, Incenga, Hartzenbusch, Iriarte, Zapata, Jaener, Labra, Larra, Larrañaga, Lasala, Lezama, Lopez Guizarro, Lorenzana, Llorente, Lafuente, Macanaz, Marín, Mata (D. Guillermo), Mata (D. Pedro), Mañé y Flaquer, Maroto, Montesinos, Molins (Marqués de), Muñoz del Monte, Ochoa, Olavarría, Orgúz, Ortiz de Pinedo, Olsaga, Palacio, Pasaron y Lastra, Pascual (D. Agustín), Perez Galdós, Perez Lirio, Pi y Margall, Poesy, Ramoso, Rotes, Revilla, Rios y Rosas, Rivera, Rivero, Romero Ortiz, Rodriguez y Muñoz, Rodriguez (G.), Ros y Gonzalez, Ros de Olano, Rossell, Ruiz Aguilera, Sagarmínaga, Sanz Perez, Sanz, Salvador de Salvador, Salmeron, Sanromá, Selgas, Segovia, Serrano Alcázar, Sellés, Tamayo, Trueba, Tubino, Ulloa, Valera, Velez de Medrano, Vexa (Ventura de la), Vidart, Wilson (baronesa de), Zobel, Zorrilla.

PRECIO DE SUSCRICION.

España: 6 pesetas trimestre.—Europa: 40 francos por año.—Ultramar: 12 pesos fuertes oro por año.

PRECIO DE LOS ANUNCIOS.

España: 4 rs. línea.—Resto de Europa: 1 franco línea.—Ultramar: 4 rs. sencillos línea.—Reclamos y comunicados precios convencionales.

Madrid 8 de Enero de 1880.

La suscripción en provincias se hará, como en Madrid, en las principales librerías, y directamente en nuestras oficinas, acompañando su importe en libranzas del Giro Mútuo, letras, ó sellos de Comunicaciones; optando por este medio deberá hacerse bajo certificado.

Redaccion y Administracion, Carrera de San Jerónimo, 31.

SUMARIO.

Revista Europea, por D. Emilio Castelar. — La abolición de la esclavitud en las Antillas inglesas, por D. Rafael María de Labra. — Los agentes de la civilización, por D. Francisco M. Tubino. — Estudios sociales: El suicidio, por D. Vicente Romero y Giron. — El reino humano, por el doctor D. Luis Montañé. — Ayala, por D. Manuel de la Revilla. — El trabajo en Cuba, por don B. Portuondo. — Una visita á Santiago del Arrabal (Toledo), por D. Eugenio de Olavarría y Huarte. — Los bufones en Inglaterra, por D. Nemesio Fernandez Cuesta. — A Gray, por D. Fernando Velarde. — Dolores, novela, por D. Manuel Fernandez y Gonzalez. — Crónica, por D. Miguel Moya. — Anuncios.

REVISTA EUROPEA.

Antes de suspenderse las Cámaras italianas han tenido un gran debate, y en este gran debate, ha llevado la voz de los opositores conservadores su jefe natural y reconocido, el orador y ministro, caballero Sella. Las Cámaras italianas, de suyo pacíficas, no asistieron, hace ya mucho tiempo, á tales arrebatos de pasión ni á tales guerras de partido. Compuestas de un número que nunca llega por entero á reunirse; habitantes de una ciudad malsana en ciertas estaciones; unidas en el pensamiento político de unificar la patria y de mantener la dinastía; pertenecientes en su mayor parte á las fracciones liberales; divididas solo en grados de conservación y en grados de progreso mayores ó menores; no hay lugar allí á esos debates porfiadísimos y ardientes de Cámaras, como las Cámaras españolas, donde nos dividen desde las cuestiones relativas á la mejor forma de Gobierno hasta las cuestiones relativas al régimen preferible en nuestras provincias de Ultramar. Los tiempos corren y las sesiones vuelan sin alteración sensible. Caen los ministros, los ministerios se suceden, más que al empuje de sus naturales enemigos, al empuje de sus correligionarios y de sus cofrades. Así el partido conservador ha tomado escasa parte en las luchas políticas, y por ende ha guardado largo y profundísimo silencio, descansando en sus recuerdos y en su historia, y prometiendo á los suyos la palma del combate de manos, que quisieran ver cortadas, de manos radicales, muy aptas, según sus enemigos, para maniobras peligrosísimas y ruinosas. Naturalmente, los partidos y los ejércitos no suelen ver las cosas en su conjunto, cual los jefes, y recelan de este largo silencio y de esta inexplicable inacción, atribuyendo aquél á falta de pensamiento, y ésta á falta completa de fe. Tan general era semejante creencia que llegó á explotarla con gracia la caricatura,

pintando al jefe del bando conservador tendido entre varios durmientes, y en brazos de un sueño tal que las arañas tejían, como espesísimo velo, tela tenue en su inanimado rostro. Tales acusaciones han debido moverle últimamente y decidirle á guerrear con sus contrarios, siquiera por no verse espuesto, como otros tantos directores de la opinión y de los partidos, á que tome la cola el preminente lugar de la cabeza.

Vehementísimo ha sido en sus palabras, furioso en sus ataques, apasionado en sus censuras, injusto en sus reproches, falso en sus argumentos, sofístico en sus ideas, como todos los doctrinarios que quieren retener una sociedad democrática en el seno de privilegios incompatibles con su naturaleza y con su historia; pero el discurso tendrá dos ventajas notables: primera, recordar á los radicales que sus enemigos existen, obligándoles así á unirse en las mismas ideas é identificarse en la misma conducta; y segunda, exigir el cumplimiento de programas que han de ampliar el sufragio en armonía con los progresos sociales, y han de ahorrar al pueblo tributos, que son para él una pesada carga, y para el progreso industrial y agrícola una grande rémora. Pocas veces se encontró un pueblo en circunstancias tan favorables á su desarrollo progresivo, cual hoy el pueblo italiano. Su forma de gobierno, en esta sazón, no se halla sujeta de ninguna suerte al litigio por que pasa, ni á los combates que sufre la República en Francia; su dinastía no siente las preveniciones contra la libertad que otras dinastías, educadas en el horror al espíritu moderno; su Iglesia, antes subvertida por las exageraciones jesuíticas, se encuentra hoy regida por un Pontífice de elevado ánimo, que comprende las exigencias de la sociedad moderna, y sigue con mirada tranquila el curso de los tiempos; su democracia lo espera todo de las leyes y lo fia todo al movimiento natural de los sucesos; su ejército se mantiene en la disciplina más rigurosa y en el apartamiento más saludable de las luchas políticas; crece una juventud animosísima en el amor á la patria una; y el pensamiento libre, consagrado en las constituciones y en las costumbres, aviva las artes y las ciencias. Por consiguiente, el partido radical, aprovechando todas estas ventajas, debe emprender y realizar aquellas reformas de él exigidas á una por sus principios políticos y por sus tradiciones históricas. Las sociedades obedecen al doble impulso de unas fuerzas progresivas que las empujan hácia adelante y otras fuerzas contrarias que las detienen á veces en la inercia, cuando no las obligan á la reacción y al retroceso. Precisa no

desaprovechar estos cortos momentos de iniciativa reformadora para que luego resulten largos y fecundos los momentos de estabilidad, de autoridada y de consolidación. Las sociedades, que saben así andar adelante como detenerse á tiempo, son las sociedades dignas de la libertad, porque son las sociedades que pueden preservarse de la reacción y de las revoluciones.

Un hecho, á primera vista insignificante, y en realidad importantísimo, acaba de suceder en Roma, y pide ahora de nuestra parte alguna consideración. Al entrar en la iglesia de San Pedro, y dirigidos hácia la derecha, encontráreis una de las capillas cercanas al crucero, convertida en espacio propio de asamblea, con su presidencia en lo alto, con sus bancos semicirculares alrededor, con su ambona ó tribuna en el centro. Allí se reunió el último Concilio vaticano, cuyas sesiones fueron suspensas, pero no disueltas, creyéndose por tanto posible y hasta conveniente reanudarlas, creencia, por la cual se convino en tener el espacio donde se reuniera, tal como estaba en su última sesión, cuando poco antes de estallar la guerra franco-prusiana, tan decisiva para el Pontificado, y mucho despues de haber estallado la revolución española, tan decisiva para la guerra franco-prusiana, declaróse allí la infalibilidad del Papa, al siniestro resplandor de una tempestad, parecida ciertamente á triste presagio del cielo. En diversas ocasiones, durante mi estancia en Roma, héme detenido allí á meditar sobre lo que en Roma principalmente se medita, á la sombra de los monumentos y en medio de los escombros, sobre las alternativas de los humanos destinos y los cambios profundos en la humana historia. Y en el sitio donde celebraron los obispos católicos el último Concilio, he subido con el pensamiento al primero, celebrado en otra ciudad, tan misteriosa como Roma, en Jerusalem, y por los apóstoles. Y héme dicho á mí mismo, con pena, que si el primero tras la gran contienda entre San Pedro y Santiago de un lado, y San Estéban y San Pablo de otro, á causa de la admisión ó no admisión de los paganos en la Iglesia, abrió de par en par sus santas puertas á pueblos ilustres, anhelosos de nuevas creencias, salvando así la civilización de pavorosos naufragios y redimiendo el espíritu humano de acerbos penas; el último, por su inconsiderada declaración de la infalibilidad, dogma tan contrario al pensamiento capitalísimo de nuestro tiempo, ha cerrado las puertas de la Iglesia temerariamente á pueblos no menos ilustres que los antiguos, y acaso más necesitados de una fe espiritualista, para continuar su camino hácia los humanos idea-



les y salvar su vida y su nombre de las amenazas que relampaguean allá en los hondos y oscuros horizontes de nuestro incierto porvenir. Yo, por tal causa, regocijome con grande y verdadero regocijo de que el Papa haya dado una orden, modesta en apariencia, trascendental en realidad, mandando desamueblar la capilla vaticana y devolverla inmediatamente a su primitivo estado. Hay que borrar hasta la sombra del último Concilio, cuyas apoteosis de un mortal parecen más propias de los primeros imperios asiáticos ó del último imperio romano que de nuestra democrática y civilizada Europa.

Hay que olvidar la tradición pagana, las ideas de autoridad absoluta, los cánones y la disciplina de otros tiempos más duros para recoger aquella tradición que comienza en la divina persona de Cristo, que sigue en las catacumbas y en las primeras sociedades cristianas, que reaparece por el poético siglo décimo-tercio en la mística figura de San Francisco, el segundo Cristo, que anima é inspira los Concilios ecuménicos de Basilea y de Constanza, que espira en el patíbulo de Savonarola y que debe resucitar en nuestro siglo, el más idóneo de toda la historia para establecer una duradera alianza entre la libertad y la fé. Conozco las dificultades de esta inmensa obra, y comprendo las resistencias políticas y las supersticiones religiosas con que precisa luchar para iniciarla y concluirla. Mas no importa. Las grandes innovaciones sociales brotan en el tiempo como los órbes sidéreos en el espacio. Materia difusa primero, rayos de luz indecisa, cometas vaporosos, gases errantes, combustiones del oxígeno universal, por la irradiación y por el tiempo y por el movimiento se enfrían, se condensan, se solidifican, se redondean en la forma esférica, entran en las parábolas regulares, y llaman á su seno la divina visita del espíritu. Las revoluciones religiosas obedecen á las mismas leyes de las revoluciones políticas. Si Luis XVI no opusiera tantas resistencias á las innovaciones de los Estados generales, evita la revolución del 89; y si Juan XXIII y Eugenio IV y otros Papas no opusieran tanta resistencia á las reformas de los Concilios de Basilea y de Constanza, evitan la protesta luterana. Hay que comenzar una renovación religiosa, y de la Iglesia depende que se inicie y se acabe dentro de su seno. Leon XIII lo comprende así indudablemente, y obra como cumple á quien lleva sobre sus hombros la inmensa pesadumbre de una institución que ha durado veinte siglos y la inmensa responsabilidad que se contrae en esas eminentísimas y vertiginosas alturas sociales. Pero los creyentes, que no tienen su responsabilidad, deben comenzar una obra que consistirá, no en alterar el dogma inalterable, en conciliar por medio de mútuos aproximamientos la libertad con la Iglesia, á fin de que las instituciones democráticas puedan vivir en paz sobre la tierra, sin temor á los estremecimientos de las conciencias perturbadas ni al oleaje de las pasiones religiosas.

Estas consideraciones me han movido siempre á lamentar toda agresión de la Iglesia á la libertad y toda agresión de la libertad á la Iglesia. Y como he sentido el desafío lanzado á la civilización desde el Vaticano con los increíbles cánones del Syllabus, he sentido los desafíos al Vaticano lanzados por los Gobiernos con leyes como las de Bismarck, ó con proyectos de ley como los de Ferry. Dígame lo que se quiera, Ferry es el primer responsable de la ruptura entre el centro izquierdo y la izquierda de la Cámara francesa; y esta ruptura, que comenzó con sus impremeditadas reformas en la enseñanza, se ha recrudecido y agravado en la reciente dañosa crisis, que iniciada con apariencias modestísimas, concluirá con tristes y lamentables conclusiones. No quieren los republicanos europeos persuadirse de las dificultades que encuentra en Europa el establecimiento de la República y de la debilidad ingénita á esta forma de Gobierno, que pasa por la niñez, por esa edad, en la cual todos los organismos son igualmente débiles, y están sujetos, más que en las edades maduras, á la enfermedad y la muerte. El establecimiento de la reforma republicana en pueblos acostumbrados por centenares de años á la forma monárquica, resulta empresa de tanta monta que requiere un tacto exquisito y una consideración supersticiosa á las exigencias de la realidad. Tienen que reformar, si no quieren morir, los radicales italianos indudablemente; no pueden reformar, si quieren vivir, los radicales franceses. La obra de aquellos consiste en rejuvenecer y adelantar su vieja monarquía; la obra de estos en conservar y consolidar su joven república. Toda obra de progreso exige cualidades particulares, y cualidades particulares exige también toda obra de conservación y de estabilidad. En Italia pide la situación política un Gobierno muy reformista y en Francia un Gobierno muy conservador.

Así no me extraña el descorazonamiento y la tristeza que ha asaltado á mi ilustre y querido amigo Emilio Girardin, hasta el punto de obligarle á escribir una carta á sus electores, lamentándose de no saber qué empleo dar á su mandato, y doliéndose de que la república tercera, semejante en esto á la segunda, no haya correspondido á sus esperanzas. Cuando uno los lee, no puede menos de admirar á estos periodistas modernos, sin precedentes casi en la historia, que escriben á una entre las dificultades de la vida diaria y los estremecimientos del combate continuo sus artículos, como en la Edad Media escribían los monjes en la soledad del claustro sus crónicas; y que infatigables como la respiración, acostumbrados á la po-

lémica continúa, constreñidos por la necesidad á inspiraciones inagotables é incesantes, lanzan ideas sobre ideas en la conciencia, y expresan los sentimientos que hay en nuestros pechos y las aspiraciones que hay en nuestros ánimos con felicísimas palabras, caldeadas en el vívido calor de la improvisación. Entre estos ninguno en vena tan fecundo, en combates tan ardoroso, en fórmulas tan nuevo, en ideas tan rico, en golpes tan cierto, en elocuencia tan vario, en recursos tan inagotable como Girardin, á quien debo una amistad sin límites y por quien siento una admiración sin reservas. Mas ¡ay! que acostumbrado á vivir entre ideales, cree tan fácil hacer como idear. La reforma no corre en la realidad como la pluma en el papel. La contradicción, que los intereses creados oponen á las reformas prematuras, tiene una fuerza, de la cual sólo podrá persuadirse un periodista tan grande como Girardin, cuando pase de la redacción al Gobierno. Crea que habiendo contribuido á salvar la forma republicana del terrible apuro, por que la hicieron pasar los funestos hombres del 16 de Mayo, ha contribuido á la salud de la patria y ha llenado admirablemente su ministerio en la historia. Después de este esfuerzo, precisa detenerse con calma, concentrarse en la meditación y decidirse por el reposo. No podeis dividir las conciencias en Francia por reformas secundarias, no podeis hasta que Francia no se halle unida en la reforma capital, en la república. El día que á nadie le ocurra destruirla, debe ser también el día en que á todos se ocurra reformarla. Mientras tanto, las reformas que proponeis y los ideales que acariciáis, son un error del entendimiento y una imprudencia de la voluntad. Lo dice quien siente por vosotros una amistad tan viva y quien tiene por vuestras instituciones un interés tan grande como este convencido demócrata.

Pensando así, no hay que decir cómo pensaré de la última crisis francesa, en que han salido los ministros más conservadores y entrado los ministros más radicales. Creí que debí evitarse la renuncia de Mac-Mahon y conservarlo en la presidencia hasta el término de su mandato legal; creí que debí hacerse lo posible y lo imposible por retener á Dufaure en la presidencia del Consejo como representante de la política más adecuada á estas circunstancias; imaginaos cómo sentiré ahora que un republicano de los antecedentes de Greesley haya tenido que dejar el ministerio de la Guerra por no poder sufrir las exigencias radicales; que un ministro como Le Royer haya tenido que dejar el departamento de Justicia por no poder contrastar las amenazas á la magistratura; que Waddington, cuya rectitud y experiencia en las relaciones exteriores se hallan á los ojos del mundo patentes, se retire; que Say, sin rival en la gestión económica, ceda el puesto con tanta gloria desempeñado; y que tras todas estas alteraciones sensibles sobrevenga un rompimiento inevitable entre los elementos conservadores y los elementos avanzados que han traído en su sazón y han salvado hasta ahora la forma republicana en la monárquica Francia. Temí la crisis en su día, y me duele ahora su impremeditado desenlace.

Dícese que el presidente de la Cámara ha influido poco en la solución de esta crisis, y lo creo. Dícese que ha venido y se ha resuelto la crisis contra la voluntad del presidente de la república, y lo creo también. Pero permitidme decir que, en mi sentir, el presidente de la Cámara representa hoy un papel superior, y el presidente de la república un papel inferior á sus respectivos mandatos. El primero ejerce un cargo altísimo, pero por su propia alteza y su indudable irresponsabilidad, ajeno, completamente ajeno al Gobierno; mientras el segundo lo hace todo y debe responder de todo, necesitando y mereciendo, en consecuencia, una libertad de acción tan grande como su poder legal y sus tremendas responsabilidades. Y, sin embargo, los ministros más pertenecen al primero que al segundo; la mayoría lleva, de buen grado ó mal grado, el nombre de gambetista; la crisis se inicia por artículos, como en el artículo de la *Republique française* acerca de la amnistía, y se concluyen nombrando para el Ministerio á los comensales más íntimos y más antiguos del palacio Bourbon. Amigo particular de todos, y debiéndoles atenciones inolvidables, no me quejaré yo, que conozco y aprecio en cuanto valen así el amor que tienen á su nación como el entusiasmo que tienen por la república. Pero los precedentes vienen al poder, parecenme extender más allá de lo debido las facultades del Parlamento, y restringir más de lo debido también la autoridad del presidente. Los republicanos de la tercera república abrigaban una concepción de los poderes públicos y de sus relaciones semejante á la que abrigaban los monárquicos de la monarquía doctrinaria. Y no cabe aplicación posible de ese extraño concepto á las instituciones republicanas. De distinto origen allá en la monarquía el poder supremo, hereditario, y el poder legislativo, amovible, concibense sus mútuas y recíprocas desconfianzas.

Pero aquí en el sistema republicano, provinientes del mismo origen uno y otro, de la voluntad racional, é idénticos por su carácter, pues todos son amovibles, deben vivir en mútua confianza, y alcanzar el poder supremo toda la libertad indispensable á su elevado ministerio y á su inmensa responsabilidad. Los romanos, grandes maestros en política, compensaron el breve poder de sus cónsules con facultades y prerogativas superiores y más estensas á las que habían gozado los reyes en todo tiempo. El poder ejecutivo de la República

francesa necesita grande autoridad, si ha de responder á sus fines políticos y ha de concordar con su íntima y esencial naturaleza.

M. de Freycinet es un republico de verdadero mérito y digno por muchos conceptos de altísima consideración. Educado en las ciencias exactas, ingeniero de capacidad vastísima, hombre de pensamiento y de acción, llegó tarde á la vida pública, á la cual después de haber ejercido el cargo de consejero general en el pueblo de su naturaleza, llamóle con verdadera prevision el dictador de Tours, para que organizase los últimos ejércitos y los postres reductos de la guerra. No cabe dudarlo; reducido París á soportar los horrores de un sitio, entregado el ejército de Metz tras bien heróicas batallas, prisionero en Sedan el núcleo de las fuerzas francesas, necesitóse toda la elevada inteligencia y toda la infatigable autoridad de este hombre extraordinario para extraer á la Francia exhausta aquellos ejércitos de la desesperación, y lanzarlos, más que en busca de la victoria, en busca de la honra. Lo inmenso del esfuerzo empleado y lo doloroso de las derrotas sufridas se conoce y se revela en cierta profunda melancolía y en cierta natural reserva que acusan así un reflexivo entendimiento como una complexión triste. Pero debe decirse en su honra; la página más brillante de su vida política quedará siempre la página indeleble de la defensa nacional. Ignore si mostrará en la presidencia del Consejo las dotes mostradas en la secretaría de la defensa y en el ministerio de Obras Públicas. Pero de todas suertes será un ministro de mérito. Bajo de estatura, menudo de facciones, expresivo de rostro, la frente ancha, los ojos investigadores, el color subido, la barba blanca, la conversación profunda pero escasa, frecuentes las abstracciones en sí, frecuentísimo el apartamiento de aquello que le rodea; orador por la claridad de los conceptos y por el método de la exposición y por el rigor matemático de la frase; tal es Freycinet. Entrado ya en los sesenta años, suple á la brevedad de su historia y á la inexperiencia propia de su corta vida política con calidades y aptitudes de primer orden, que no podrán regatearle cuantos hayan tenido como yo la honra de conocerle y de tratarle. Indudablemente Freycinet es uno de los hombres más ilustres que viven hoy en Francia.

La mayoría republicana se compone de estas fracciones ó matrices: centro izquierdo, que es el partido de Waddington y de Say; izquierda republicana, que es el partido de Ferry; unión republicana, que es el partido propiamente de Brisson y Floquet; extrema izquierda, que es el partido de Luis Blanc. En el nuevo ministerio no tiene el centro ninguna representación; tiene la izquierda seis ministros, á saber: Freycinet, Maguin, Varroy, Tirard, Ferry, Cochery; tiene la unión republicana dos, á saber: Lepere y Cazot. Por consecuencia, se han eliminado los elementos más conservadores, y se ha ido con mayor celeridad hácia la izquierda. No puede ocultarse ninguna de las razones que abona esta combinación ministerial. Debiendo someterse el Presidente á la mayoría, y estando la mayoría compuesta del centro izquierdo y de la izquierda, precisaba con precisión de todo punto indeclinable componer un ministerio á imagen y semejanza de la mayoría. Su homogeneidad es evidente, y su programa será, por tanto, más concreto que los programas del Gabinete anterior, y su acción más desembarazada y su objetivo más conocido y más claro. Pero no hay que equivocarse. Viendo subir así las constantes aspiraciones radicales, crecerá la extrema izquierda con grande crecimiento, y achacará al nuevo Ministerio la misma falta de resolución en su proceder, la misma sobra de vaguedad en su ideal, la misma insuficiencia en el programa, y los mismos defectos de composición que al anterior ministerio se le han constantemente achacado.

Y dentro de poco, sin los reductos del centro izquierdo que defendían á la izquierda republicana de esta terrible invasión de los extremos, podrá resultar un Gobierno que disguste á la mayoría como la ha disgustado el último ministerio, y que caiga por el propio cansancio de sus fuerzas en lucha con lo invisible é inapreciable y por la sorda enemiga de los mismos que debieran defenderle y salvarle. Y entonces no habrá más remedio que apelar á la disolución de la Cámara, y que hacer unas elecciones, las elecciones del desengaño, á las que el partido republicano puede ir muy dividido, y por consiguiente, muy amenazado de una de esas derrotas en las urnas que puede ceder en daño de la república. Dirijamos votos al cielo para que estos presentimientos no se confirmen, y el nuevo ministerio tenga la duración necesaria para el desarrollo y robustez de la República, única forma de gobierno conveniente á un pueblo como Francia.

Mucha agitación y muy explicable en la Gran Bretaña. Mientras Disraeli desarrolla la gran novela de su política romántica y mantiene innumerables guerras, exagerado y aventurero como los personajes de sus obras fantásticas, Gladstone le ajusta unas cuentas de dinero que no pueden sino conmovér á un pueblo tan práctico y positivo como el pueblo inglés. En doscientos millones de francos se han aumentado los gastos, cifra enormísima cuando ya parecía enorme de todo punto el anterior presupuesto. Y la contestación que ha dado Norcothe á estas cuentas, ha venido como á prestarles mayor gravedad, pues ha dicho que no sube á doscientos millones la cifra de los gastos, sino á

ciento ochenta, rectificación cuyo candor ha arrancado una homérica carcajada á todo el pueblo inglés. Diez y siete millones de libras dejó Gladstone de sobrantes, y en cinco millones de libras ha aumentado su heredero y sucesor la deuda. A esto se une la funesta administración de las Indias, que ha visto crecer durante estos últimos años en una tercera parte su ya gravosa deuda. Ciento siete millones de libras montaba la deuda inglesa cuando Gladstone dejó el poder, y ciento treinta y uno monta ahora. Por consecuencia, todos estos argumentos expresados por la disolución, que á más andar se acerca, ante el cuerpo electoral inglés, próximo á reunirse, arrancarán el poder al partido conservador y lo darán al partido liberal. Ya era hora, pues Inglaterra, como Italia, necesita la aplicación pronta de un programa avanzado. Los pueblos, que tienen montada su máquina, bien al revés de Francia, que está montando la suya, ó de Rusia que la está desmontando; los pueblos, que tienen instituciones de cierta duración, deben llevarlas de vapor impelente, es decir, de ideas progresivas, y marchar arrastrados por ellas hacia adelante.

EMILIO CASTELAR.

## LA ABOLICION DE LA ESCLAVITUD

EN LAS ANTILLAS INGLESAS

## II

M. Thomas Cooper, en un curioso libro titulado *Facts illustrative of the negro slavery in Jamaica*, publicado en Londres hacia 1824, aduce datos edificantes sobre la triste situación del esclavo en aquella grande Antilla.

El trabajo del negro comenzaba á las cinco de la mañana y duraba hasta la noche, no dándosele de descansar más que media hora para el desayuno y dos para la comida. En la época de la zafra, el negro trabajaba además tres noches por semana. La alimentación se reducía á 126 onzas de harina y cinco arenques cada siete días. El negro dormía sobre la tierra ó sobre un montón de hojas. La muerte violenta del esclavo cometida por el amo, era castigada con una multa de 10 libras, y los castigos se prodigaban de tal suerte, que no se encontraba un esclavo que no llevase abundantes señales de ellos en su cuerpo.

¡Pero qué mucho! hasta 1818 no fueron abolidas en las Antillas inglesas la marca en el cuerpo y la hendidura de la nariz; hasta 1819, la pena de muerte infligida al negro ausente de su casa por espacio de más de treinta días (1).

Fácil es imaginar qué clase de relaciones habían de unir á los esclavos con sus amos. El terror como medio de explotación! No cabe más allá en la escala de la injusticia humana ni en el desbordamiento del sentido moral. ¡Y todavía hay quien se extraña de que cuando sonó la hora de la libertad en Jamaica, en medio de las resistencias de los amos, de las amenazas de éstos al poder de la Metrópoli y de las nuevas vejaciones inventadas por los mismos contra los negros, los libertos huyeran de los ingenios y se opusieran tenazmente (por muy pocos días, después de todo), á volver á aquellos sitios de vergüenza, de tiranía y de crueldad! Los negros, ni allí, ni en Bahama, ni en las Bermudas, hicieron para los blancos el acta de 1688; simplemente se negaron, por muy poco tiempo, á servir á sus opulentos y generosos amos; y, sin embargo, ¡qué cosas no dijeron éstos de la inferioridad moral de sus víctimas de doscientos años! ¡Qué cosas no dicen hoy mismo los que utilizan el ejemplo de Jamaica para combatir la abolición en Cuba, dejando á un lado,—ignorantes ó mal intencionados,—el de Antigua y sus dependencias, donde felizmente no se dieron las enormes brutalidades de las demás Antillas inglesas, y donde la emancipación de cerca de 34.000 esclavos, frente á 2.000 blancos, se hizo de un modo admirable en todos los órdenes!

## III

Los dos primeros tercios del siglo XVIII se caracterizan por el imperio que en el orden político británico ejercen dos grandes corrientes: la aristocrática, mejor dicho, la oligárquica, que de un modo perfecto representó el viejo partido wigh, y la monárquica, la autocrática si se quiere, cuya representación se encarnó en la persona del testarudo y audaz Jorge III. Mas para bien de Inglaterra muy luego surgen otras dos corrientes opuestas que llegan á dominar á las primeras y cuya decisiva influencia es el toque saliente del último tercio del mismo siglo XVIII.

Estas nuevas corrientes son las que inspiraron al gran Pitt, al famoso Lord Chatham, á Burke, á Sheridan y al mismo Fox en sus luchas contra el estrecho espíritu de las grandes familias wigh y en pró del sentido que produjo la exaltación de la burguesía. Y el hecho que con mayor viveza obró para abrir el camino y ahondar el cauce á estas poderosas influencias, fué la gran revolución Norteamericana, iniciada en 1767 y triunfante en 1783 por el célebre tratado de Versalles.

Pues bien, en este movimiento se encendió el espíritu del abolicionismo británico, muerto durante los primeros sesenta años del siglo XVIII.

(1) *Report of the commissioner of Inquiry into the Administration of Civil and Criminal Justice in the West Indies dated the 13<sup>th</sup> May 1825 and published by the order of the Parliament.*

La campaña abolicionista en Inglaterra comprende cinco períodos. El primero arranca de 1767 y termina hacia 1780 con la solemne proclamación de que «no existía ley ni reglamento alguno en Inglaterra que bajo ningún pretexto autorizase en la Metrópoli la esclavitud» abolida en los siglos doce al catorce.

En este período es en el que se funda la *Sociedad británica contra la trata*, y su héroe es Granville Sharp, el mancebo de la tienda de modas de Tower Hill; el laborioso empleado de la Administración de artillería, que dedica sus ócios y sus modestos recursos y al fin su vida toda á arrancar de las manos de los ricos americanos á los esclavos que habían traído consigo á la Metrópoli y que vendían públicamente en Londres, en Bristol y en Liverpool.

¡Qué empeño el de aquel hombre! Pobre, da el rostro á los poderosos, sin interés directo en el negocio, le consagra toda su vida, y falto de preparación y contra el dictamen de todos los jurisconsultos ingleses, se dedica noche y día á registrar las viejas Actas británicas, y se engolfa en el *imbroglio* de la literatura jurídica inglesa para poder escribir su famoso folleto *De la injusticia que hay en tolerar la esclavitud en Inglaterra*, y para recabar en un proceso célebre la libertad del negro James Somerset, que dejó resuelta la cuestión en el sentido del derecho y de la civilización! ¡Y sin embargo, la historia olvida frecuentemente á Granville Sharp, el fundador de la primera *Sociedad abolicionista* británica y de la colonia negra de Sierra Leona!

El segundo período va hasta 1809, fecha de la abolición efectiva de la trata. Sus héroes son Clarkson y Wilberforce. El primero, abolicionista en los bancos mismos del Colegio, donde escribió su primer ensayo sobre la esclavitud, es el hombre del trabajo, al punto de sacrificar, en aras de la gran causa, su salud y su vida. En busca de datos y pruebas contra la servidumbre, recorrió en pocos años más de cincuenta y seis mil kilómetros, y sostuvo correspondencia activa con cuatrocientas personas, y cuando después de haber escrito su famoso libro *Slave Trade*, quedó ciego, ciego y achacoso se hizo conducir cien veces á los puertos de mar y á los lugares de cita de navegantes y americanos para inquirir noticias sobre la suerte de los negros, excitando el espíritu de la juventud con su actividad insuperable, su corajudo ánimo y el alcance de sus miras harto mostrado con la fundación de la *Institución Africana*.

Wilberforce fué el hombre del Parlamento. Hijo de una familia acomodada, consagró su enérgica palabra, su valimiento político, su posición social y hasta sus grandes riquezas, al empeño gloriosísimo de recabar la libertad del tipo de los desgraciados. Sesenta mil duros le costó entrar como diputado en la Cámara de los Comunes, donde desde el primer día abre la campaña contra la *trata*, tomando aquella actitud que en todas partes cierran á los propagandistas las puertas del poder y las consideraciones oficiales. Es imposible mayor desinterés. Así Wilberforce, en 1787, presenta su primer bill contra la *trata*, bill que repite sin éxito siete veces en veinte años, para lograr que en 1792 lo acepten los Comunes y lo rechacen los Lores, y que en 1807 se declare al fin abolido el tráfico á partir del 8 de Enero de 1809.

Wilberforce, en 1792, se atrevió á anunciar ya la idea de la abolición de la esclavitud, que sólo Francia, en medio de las convulsiones del 94, osó decretar. Pero la campaña contra el fondo de la servidumbre no corresponde á este período ni sus honores á este hombre ilustre. La obra ya se reparte: nace la *Sociedad abolicionista* inglesa; y aparece Buxton, el colosal Buxton, el gigante Buxton, sacado de una vida vulgar, y puesto por cima de su modesto carácter de cervicero de Londres por el espíritu vibrante y superior de Priscilla Gurney, de aquella mujer virtuosísima, llena de todas las distinciones y bellezas del cuerpo y del alma, que en el lecho de muerte cortaba su agonía para decir á Buxton casi loco: «haz de la causa de los esclavos el objeto de toda tu vida.»

Con efecto; Buxton es el que en el seno del Parlamento británico, plantea el 15 de Mayo de 1823 el problema de la abolición obteniendo á la postre la circular de lord Bathurst, (ministro de las colonias) de 9 de Julio de aquel mismo año, dirigida á las colonias en vista de acordar *medidas decisivas y eficaces para mejorar la suerte de la población esclava*.

En ella se excitaba á las corporaciones locales de las colonias á tomar algunas medidas preparatorias para la abolición; por ejemplo, la concesión del domingo para que los negros pudiesen trabajar por su cuenta, la prohibición de la venta de los esclavos sin las tierras á cuyo cultivo estaban dedicados, el reconocimiento del testimonio de la gente de color, la abolición del látigo, la concesión del peculio del esclavo, etc., etc.

Verdad que estas recomendaciones surtieron poco ó ningún efecto: únicamente en la Trinidad y en Santa Lucía se hizo algo. En el resto de las colonias, la buena voluntad de lord Bathurst sólo produjo irritación y protestas, algunas violentísimas, de los poseedores de esclavos y de las corporaciones locales, que osaron negar á la Metrópoli el derecho á tocar este asunto; pero esta misma irritante oposición produjo, primero la gran agitación abolicionista inglesa, luego las perturbaciones y colisiones sangrientas de la Guyana y de Jamaica, en 1823 y 1824, después la circular de 12 de Marzo de 1831 que declaró libres á todos los esclavos de la

Corona, en seguida la orden de 2 de Noviembre de 1831, y, por último, el bill de emancipación de 1833.

Por la orden de Noviembre del año 31 fueron creados los protectores de esclavos, pagados por el Tesoro de la Metrópoli, y después de imponer todas aquellas medidas que inútilmente habían sido recomendadas ocho años antes, el legislador llegó á resoluciones tan graves como la prohibición de separar las familias de esclavos, la institución de jueces para las causas de negros, la redención forzosa de la esclavitud por el mismo esclavo, y la reglamentación rigurosa de la alimentación y vestido del esclavo y de la vida de éste en el ingenio y en el campo. Entonces fué cuando se decretó que el negro recibiría por semana veintiuna pinta de harina ó cincuenta y seis plátanos y siete arenques para su alimento, y para su vestido y comodidad un sombrero de paja, una blusa, dos camisas, dos pares de pantalones, una manta de lana, dos pares de zapatos, un cuchillo, unas tigras, navaja de afeitar, una sartén y una marmita.

Y entonces los esclavistas gritaron que se atentaba al *derecho*—¡al derecho de propiedad!

Al año siguiente se creaba la Junta de información para abolir la esclavitud; el 14 de Mayo de 1833—casi en la hora misma de morir Wilberforce!—lord Stanley presentaba el célebre bill de emancipación, que los Comunes y los Lores votaron en Junio, y que promulgado el 28 de Agosto de aquel mismo año abrió, desde 1.º de Agosto de 1834, las puertas del honor á 800.000 hombres de Africa y América. (1)

Y así termina el tercer período de la campaña abolicionista, que arranca desde la abolición efectiva de la trata (1809) hasta la de la esclavitud (1834) es decir, 25 años.

Con esto ya se abre una nueva época: época en la cual no puede decirse quiénes dirigen el movimiento emancipador. La idea ha entrado en la sociedad británica; no son ya los quáqueros sus mantenedores; su pureza no há menester refugiarse en las iglesias disidentes, ni su defensa pide el desinterés del filántropo.

El cuarto período está caracterizado por el empeño de sacar las consecuencias lógicas de las afirmaciones del bill de 1833, abreviando los plazos de la abolición para hacerla radical é inmediata.

Después viene el período último, el que se extiende desde 1838 hasta nuestros días, en el cual la lógica lleva á los ingleses á trabajar fuera de casa y á hacerse los obligados y ardientes defensores de la abolición en todas las latitudes y en todas las condiciones.

Estos dos períodos piden cierto exámen.

## III

El bill de 1833 afirmaba cuatro cosas.

La primera, el principio de la abolición. «El Gobierno,—decía el ministro Stanley,—lamenta tener que tomar la iniciativa; pero ha debido ceder al voto manifiesto de la opinión después de haber perdido toda esperanza de verse adelantado y secundado por las asambleas coloniales. Por otra parte, la seguridad de las colonias no permitía más vacilaciones.»

Después establecía el *aprendizaje*. Es decir, obligaba á los libertos á permanecer varios años con sus poseedores, si bien podían en este plazo rescatarse y ser emancipados de esta especie de tutela por el amo ó patrono.

Los esclavos se dividían para este efecto en prediales y domésticos. El plazo para los primeros era de seis años, á partir del 1.º de Agosto de 1834; para los segundos de cuatro.

En tercer lugar, la ley consagraba como *indemnización* y *subvención* á los poseedores de esclavos la suma de 20 millones de libras esterlinas, ó sean 100 millones de duros, que se repartieron entre unos 800.000 negros que se emanciparon, viniendo á salir cada cabeza por 25'15 libras, ó sea 127 duros escasos.

Por último, el legislador británico dejó á las asambleas ó legislaturas coloniales la libertad de abreviar los plazos de la redención y el derecho de arreglar todo lo relativo á la vida interior del aprendizaje, el trabajo, alimentación del aprendiz ó liberto, etc., etc., partiendo siempre de que se reconociera el peculio al negro, se le concediese cierto terreno para determinados cultivos de su sólo aprovechamiento, no se le forzara á trabajar los domingos ni más de 45 horas por semana, y se prescindiera del castigo de azotes en absoluto respecto de las mujeres, y de un modo indirecto respecto de los hombres.

Esta última parte fué origen de graves sucesos.

Primeramente las colonias inglesas se dividieron en el modo de plantear la abolición, en lo relativo á los plazos. Luego se dividieron en el punto de los reglamentos y en la manera de secundar el espíritu abolicionista del legislador de la metrópoli, sobre todo en lo tocante á las horas, formas y condiciones del trabajo.

Por ejemplo, en Antigua—una de las pequeñas Antillas, situada entre la francesa Guadalupe y la danesa San Thomas—á excitación de dos patriotas y previsores amos de esclavos—Mr. Sawage Mar-

(1) En Africa eran 100.000 repartidos en las dos colonias del Cabo (35.700) y de la isla Mauricio (66.600).

En América 700.000. Jamaica tenía 311.000 para 14.000 blancos y 81.000 mulatos; Barbada 83.000 esclavos para 15.000 blancos y 5.000 de color libres; Guyana 82.800 esclavos para 4.000 blancos, etc. etc.

tin y Mr. Shand—se acordó desde luego prescindir de plazos y proclamar desde luego la abolición simultánea el 1.º de Agosto.

En las demás Antillas se optó por los plazos: y en ellas tuvo efecto la división que antes he indicado respecto del modo de cumplimentar el bill de 1833. Ejemplos, otras dos Antillas: Barbada y Jamaica.

En la primera los poseedores y la Asamblea colonial opusieron alguna resistencia, pero al fin se resolvieron leal y honradamente a obedecer a la madre patria. En la segunda (en Jamaica) todo fué obstáculo y mistificación. En punto a los castigos corporales, á los azotes, el gobernador lord Sligo tuvo que comunicar al Gobierno de Londres que resultaba positivo que «desde 1.º de Agosto de 1834 á 1.º de Agosto de 1835 habian sido castigados sobre 25.395 individuos!» Y por lo que hace al tiempo del trabajo los amos de Jamaica crearon el *trabajo suplementario* como castigo, con lo cual se burló el precepto de las 45 horas. Resultado: de una parte, que como otro gobernador de Jamaica (sir Lyonel Smith) reconoció en 1837 «los aprendices estaban bajo ciertos conceptos, en una condicion peor que la que tenían en la época de la esclavitud;» y de otro lado, choques continuos entre aprendices, amos y autoridades; una permanente amenaza para el orden público y una constante perturbacion de la vida económica.

La situación era crítica y no podia pasar desapercibida para los abolicionistas británicos. De aquí un nuevo empuje dado á la gran obra de redención: de aquí los discursos de Mr. Sugden y de lord Brougham en el Parlamento, las reclamaciones de la *Sociedad abolicionista*, la *información* abierta por las Cámaras en 1836 á instancias de Buxton, la demanda de supresion del aprendizaje por Brougham en 1838 y la célebre exposicion á la reina Victoria, firmada por seiscientos mil mujeres de Londres pidiendo la abolición definitiva. De aquí el Acta de 11 de Abril de 1838 para reprimir los abusos de las legislaturas coloniales, y al fin, la derogacion absoluta del aprendizaje, hecha por las mismas colonias en Setiembre de 1838, en vista de la actitud de la Metrópoli y de la imposibilidad de sostenerle sin mistificar el bill de 1833.

Es decir que al cabo de cuatro años escasos todas las colonias británicas tomaban el partido de la previsora Antigua.

La leccion no podia ser más elocuente. ¿Qué habia conseguido Antigua con la abolición radical? Desde luego la paz. Un escritor muy competente hace notar que antes de 1834, las tropas se ponian sobre las armas y se proclamaba la ley marcial, en todas las Antillas inglesas, en vísperas de Navidad. En 1834 no se hizo nada de esto y á poco la guarnicion toda de la isla se redujo á 300 hombres. La colonia tenia 34.000 negros y 1.000 blancos. (1)

Después sucedió que los negros se repartieron. Grupos considerables se dedicaron á la produccion de viandas, de los *frutos menores*, de artículos de primera necesidad, que hasta entonces venian todos de fuera. Otros siguieron en los *ingénios*, en la gran produccion, en la produccion colonial. Hubo, pues, ménos brazos para ésta; pero, ¡sorprendente fenómeno! el término medio de la exportacion del azúcar desde 1820 á 1830, fué de 12.500 bocoyes; el de 1830 á 1850 (período de la abolición), de 13.000; y el de 1850 á 1860, de 13.500.

Por tanto, se produjo más con ménos brazos, y como por otra parte se presentó la produccion de *frutos menores*, (la de artículos de primera y absoluta necesidad) antes desconocida, resulta un aumento general en la produccion, que, por otra parte, demuestran las cifras de la importacion. De 1822 á 32, el término medio de ésta es de 130.000 libras esterlinas: el año 58 subió ya á 266.364 (2).

¿Y las otras colonias? Respecto de Jamaica, nada bueno puede decirse. La paz, por de contado, no existió en los cuatro años de aprendizaje. En cuanto á la produccion de azúcar, M. Merivale acusa esta diferencia: término medio en los seis años anteriores á la abolición: 1.362.798 toneladas: término medio en el período del aprendizaje: 1.040.070 (3).

En cambio, respecto de Barbada, donde no existieron las resistencias de Jamaica á la abolición, y donde las perturbaciones fueron cortas, la baja se convierte en alza. Término medio anterior: 343.613 toneladas: término medio del aprendizaje: 409.354.

En Jamaica la baja es de 322.718 toneladas: en Barbada el alza de 65.745. ¡Pero qué diferencia de Antigua, teniéndolo todo en cuenta!

Pero estos datos constituyen sólo un argumento contra la abolición gradual. Pero, ¿y los efectos generales de la abolición?

Desde luego bastaría á recomendarla la consideracion de que se habia cumplido un acto de justicia; pero aún bajo el punto de vista del interés material y económico, la cosa hoy no puede ofrecer género alguno de duda.

El duque de Broglie, estudiando en su *Rapport* de 1843, el resultado general se expresa así, respecto del efecto inmediato de la abolición en todas las colonias, estimadas en conjunto: «Reducción de un cuarto en las exportaciones del azúcar; de un tercio, en las del café.... En cambio, los colonos han recibido la indemnización, vendido á

(1) Schœlcher.—Colonies étrangères.—Tom. I.

(2) Sewell.—The ordeal of free labor in the British West Indies.

Además me permito referirme á los muchísimos datos de mi libro *La abolición en el orden económico*.—1872.

(3) Lectures of Colonisation.—Lect. XI. Appendix.

más alto precio, y logrado una venta bruta superior á la que antes obtenian.» Por todo esto, Sir Roberto Peel pudo decir que «nunca habia tomado una parte activa en la abolición de la esclavitud, por considerar la empresa extremadamente aventurada; pero que después de hecha era llegado el caso de reconocer que *habia sido la reforma más feliz que el mundo civilizado podia ofrecer como ejemplo*.» Y lord Stanley añadió que «el resultado habia sobrepasado las más lisonjeras esperanzas de los más ardientes partidarios de la prosperidad colonial, porque no sólo habia aumentado la riqueza material de cada una de las islas, sino que, y esto era mucho mejor, habia habido gran progreso en las costumbres industriales, perfeccionamiento en el sistema religioso y social y sensible desarrollo en los individuos, de aquellas prendas de corazón y de espíritu más necesarias á la felicidad que los objetos materiales á la vida.»

Luego, el mismo lord Stanley consigna otros datos no ménos expresivos.

Por ejemplo, el número de negros que por su trabajo y su economía se hacen propietarios en Jamaica, sube en 1838 á 2.114; en 1840 á 7.340! (1).

Y la comision francesa encargada en 1853 por el gobernador de Martinica para visitar las Antillas inglesas, dice: «El aspecto de Barbada es deslumbrador, bajo el punto de vista agrícola y manufacturero. La isla entera es un vasto campo de cañas, plantadas á una distancia media de seis piés cuadrados. Ni una sola yerba ensucia estos bellos y regulares cultivos. Las fábricas de azúcar son vastas y limpias y todo el material de la fabricación instalado con lujo. La poblacion de la isla es inmensa, pues que se eleva á 136.000 almas para 167 millas cuadradas.» (2)

El ya citado lord Stanley presenta estas cifras respecto de las exportaciones de Inglaterra para sus colonias:

Durante los diez últimos años de esclavitud. . . . .	14.000.000 duros (3).
Durante el aprendizaje (desde 1835 á 1838). . . . .	18.000.000
Primer año de libertad completa (1838-39). . . . .	20.000.000
Segundo año. . . . .	17.500.000

Es decir, que después de la abolición se ha consumido *más* en las Antillas inglesas, al mismo tiempo que la estadística criminal disminuí y aumentaban los propietarios y el concubinato y la embriaguez se reducian en términos por todo extremo imponentes (4).

¿Quiere decir todo esto que la abolición de la esclavitud no trajo perturbaciones, aún en los pueblos mejor preparados y más discretos? ¿Por ventura que no las produjo en general durante cierto período? ¿Cómo! ¿La transformación súbita del trabajo y la variacion de las condiciones económicas de aquellos países no habian de producir efectos? ¿Qué son las crisis? ¿Y es posible esperar que una gran injusticia, una incomparable iniquidad cese sin el menor perjuicio para los que han disfrutado de ella? ¿Cuándo ha sucedido eso? ¿Cómo se puede creer eso si en el mundo y en la historia tiene algun valor la moral?

Además es preciso no olvidar que durante el período crítico la abolición se complicó en Inglaterra con un hecho gravísimo; á saber: la crisis comercial producida por la aplicacion del libre cambio á las colonias y la igualacion de los azúcares coloniales á los extranjeros, ante la aduana inglesa en 1846. Es decir, que cuando la produccion colonial salió de la crisis de la abolición, un tanto confiada en la proteccion del arancel de la metrópoli, se halló en el ancho y agitado mar de la libre competencia.

Además sucedió que con estas causas se combinaron hechos no extraños á la historia de las Antillas, pero que no se habian dado en el último decenio de la esclavitud: huracanes y sobre todo sequías que se cebaron horriblemente hácia 1840 y después, en Antigua, Jamaica y otras islas.

Y con tales circunstancias es un hecho absolutamente incontestable, que á los quince años de realizada la abolición, la produccion habia escedido en Antigua, Barbada, Trinidad y casi todas las Antillas inglesas en un 26 por 100 á la del tiempo de la esclavitud. Solo en Jamaica, San Vicente y Granada decayó hasta un 67 por 100 para volver en estos últimos años á adquirir un poderoso desenvolvimiento. (5)

#### IV

Al terminar el año 1838, la obra de Inglaterra parecia concluída: la noble aspiracion de Granville Sharp se realizaba. No habia esclavos en el territorio británico. (6)

(1) En el libro de M. Philippo sobre la *Situación pasada y presente de Jamaica*, aparecen fundadas (hasta 1843), por los negros 200 aldeas, y el número de negros propietarios, 16.000.

(2) *Revue coloniale*.—1854.

(3) Números redondos. Las cantidades reducidas á duros.

(4) Véase M. Cochín. Tomo I, pág. 390 y siguientes.

(5) Hay que recordar que de los 800.000 negros, cerca de 100.000 correspondian á las colonias de Africa llamadas El Cabo y la isla Mauricio. No he querido confundir las cosas y prescindir en este estudio de tales colonias, que tienen su especialidad y donde la experiencia no es menos concluyente.

(6) En el momento de imprimir este trabajo, llega á mis manos un importantísimo documento sobre la situación pre-

Sin embargo, como el pecado habia sido enorme el desagravio debia también revestir enormes proporciones.

De entonces data otra actitud de Inglaterra. No se contenta con ser la maestra en punto á la abolición. Se hace la propagandista de la idea en todas partes.

Y no se contenta con ser la propagandista de la abolición, se hace la protectora de la raza negra.

Y no se contenta con este protectorado; se convierte en iniciadora de la grande, de la noble empresa de la civilizacion del Africa, que los ingleses del siglo XVII se habian empeñado, como nadie, en corromper y despoblar.

A este triple empeño responden todas sus gestiones de estos últimos cuarenta años.

Cierto que la vulgaridad y la ignorancia han querido utilizar estos hechos para formular cargos de egoísmo y de ambicion contra la Gran Bretaña. Pero ¿qué, ¿no hemos oido nosotros resonar el nombre augusto de la patria y las protestas fervientes en pró de la independencia nacional, para detener la accion de los cruceros, salvar la *trata* y consagrar la esclavitud de los africanos robados después de 1820 é introducidos en Cuba y en el Brasil?

Sea en buen hora. Adelante con que Inglaterra, en toda su campaña, no se lleve otro fin que su grosero provecho.

Reconozcamos que solo de su ambicion y de su diplomacia se trata. ¡Y bien, ¿por qué la ambicion de los demás no se traduce por los millones desembolsados, por las escuadras sostenidas, por las ciudades fundadas y por los principios proclamados por esa nacion egoísta en pró todo de la libertad y el progreso del género humano?

¿Dónde más que en Inglaterra está la *Sociedad abolicionista, británica y extranjera*, cuyos *reports* afectan á todos los pueblos y cuyos esfuerzos tienen por objetivo la redención de los esclavos de todos los países? ¿Pues qué, es frecuente aquende el Canal de la Mancha esa solicitud por los problemas de *fuera de casa*: por la suerte del negro de Zanzibar, del Congo y de las alturas del Nilo? ¿A quién interesa todo eso más que á los hombres de New Bond Street?

¿Quién ha fundado en 1787 á Sierra Leona y gastado tesoros en lo que va de siglo para hacer de aquella ciudad africana el refugio de los negros libres, bajo las amplias instituciones británicas? (1)

¿De dónde han salido el incomparable Livingstone y los primeros grandes exploradores del interior de Africa, con sus imponentes cuanto generosos proyectos para la civilizacion de aquellas desoladas comarcas?

No lo olvidemos: Inglaterra, que inició la abolición de la *trata*, fué la que, haciendo sacrificios metálicos como en 1817 respecto de España y prodigándose de todas las maneras imaginables, en la primera mitad del siglo corriente dá el singular espectáculo de llevar celebrados hácia el año 53 hasta noventa y un *tratados* sobre el mismo objeto con todos los pueblos del mundo conocido, con naciones cultas y príncipes casi salvajes. Ella, la que, para facilitar la redención de 800 mil negros, da de un golpe 20 millones de esterlinas. Ella, la que en su seno tiene sociedades protectoras de alborigenes y hace pesar sus recomendaciones en los Gobiernos, que, por desgracia, mantienen la servidumbre de los negros en la agonia de este gran siglo de Morse y de Edison!

¿Ha cometido pecados?

¡Enormes!

Pero feliz ella que sabe no insistir en el error.

¡Feliz ella, que por un esfuerzo gigantesco, y bajo la inspiracion de un divino espíritu, ha podido presentarse ante el mundo, que la conoció como la *primer pecadora*, cual el *primer ejemplo*, en esta brillante historia de la emancipacion del género humano!

Para nosotros, la historia de la abolición en las Antillas inglesas debiera ser decisiva en estos críticos instantes.

Nuestras colonias del golfo de Méjico se hallan infinitamente mejor preparadas que las británicas en 1833 para la abolición de la esclavitud.

Primeramente estamos en 1879; es decir, los poseedores de esclavos han sido advertidos de todas las maneras imaginables respecto de la necesidad de abolir la servidumbre. El último aviso lo dieron los Estados-Unidos (á setenta horas de las playas de Cuba) con su terrible guerra civil de 1861 al 66. Hoy no existe sociedad alguna culta donde no sea un hecho la abolición.

En 1833, los poseedores de negros en las Antillas inglesas sólo conocian el ya lejano estallido de la revolucion de Haiti. Después... veintinueve años de silencio y la esclavitud en auge en Cuba y en los Estados-Unidos.

Luego, nuestras colonias han pedido la abolición. En la Informacion de 1866, los comisionados de Cuba y de Puerto-Rico, la formularon de un modo explícito al Gobierno peninsular que queria desentenderse de ella. Más tarde, los diputados de

sente de Jamaica, que destruye cuanto se dice de la decadencia de esta isla. De tal suerte, que quizá de ello me ocupe detenidamente. El documento se titula: *Correspondence relative to the financial arrangements, for Indian coolie immigration into Jamaica*.—Presented by command of her majesty. August. 14, 1879.

(1) Los Estados-Unidos han fundado por su parte á Liberia.

Puerto-Rico la reclamaron en 1871, y la votaron en 1872. Los insurrectos de la Grande Antilla lo hicieron en 1865.—Las colonias británicas se opusieron constantemente!

En tercer lugar, todas las medidas preparatorias que en Inglaterra se acordaron á partir de 1823, favoreciendo á los esclavos, todas y muchas más, existían en las colonias españolas, cuando ménos desde fines del siglo pasado. Dígalo el rescate forzoso, la coartación, el peculio del negro, el *conuco*, el derecho á buscar amo, etc., etc. Por manera que nuestras Antillas llevan la ventaja como preparadas para la abolición, de un siglo á las inglesas, donde, sin embargo, entre la preparación y el decreto de emancipación no mediaron más que diez años.

Por último, la superioridad numérica de los esclavos respecto de los blancos era inmensa en las Antillas inglesas. En Jamaica veinte veces más; en Barbada seis veces; en Antigua quince. Pues bien, en Cuba los blancos son 874.000 hombres; los negros todos 450.000; pero los esclavos no llegan á 200.000: esto es, la cuarta parte de los blancos y la quinta de los hombres libres de la isla....

Sin embargo, hoy se discute en el Senado un proyecto de ley de abolición con aprendizaje (ó patronato, que es peor) de ocho años, y cuatro de trabajo forzoso sin fijación de dueño.

El proyecto rompe con todas las tradiciones españolas en materia de esclavitud. Y es peor que la ley vigente sobre esclavos en Cuba.

Pero tiene la ventaja de ser también peor que el bill inglés de 1833 y de incurrir en todos los errores que en la práctica se demostraron al cumplimentar aquel bill.

Nosotros, pues, no solo insistimos en los errores propios. Aceptamos los ajenos, cuando los demás hacen gala de abandonarlos y enmendándose, se recomiendan al aplauso del mundo.

¡Pobre patria!

RAFAEL M. DE LABRA.

## LOS AGENTES DE LA CIVILIZACIÓN. (1)

LA ESCRITURA, EL PAPEL Y LA IMPRENTA.

### I

Recurre el hombre al lenguaje de acción cuando siente la necesidad de comunicarse con sus semejantes. La mímica es el idioma primitivo; lo mismo en la infancia de la humanidad que en la del individuo, no se conoce otro más perfecto. Una mirada, un gesto, un movimiento de cabeza, el grito ronco ó agudo que se escapa de la laringe, bastan para que el racional signifique á su contribulo lo que siente, piensa y desea, lo que teme, ama ó apetece. Limitada su manera de ser, limitado su entendimiento, circunscritas sus necesidades dentro de estrecho círculo, bástale esa lingüística rudimentaria para el comercio de la vida.

Adelanta en experiencia, crece en inventiva, se robustecen, amplían y distinguen entre sí las facultades y aptitudes que, como en germen, existían replegadas en el fondo de su organismo, aguardando el instante de su florecimiento; asóciase la realidad á la fantasía, nace la abstracción, y como producto de estas múltiples complicaciones, el lenguaje mímico se transforma hasta ser en parte sustituido por la palabra. Pero esto no ocurre inopinada ni repentinamente, puesto que la naturaleza no procede nunca á saltos ni valiéndose de cañalisms. La lentitud de su procedimiento está en razón directa de la eternidad é inmutabilidad de sus leyes. Al movimiento de la musculatura, acompañó la emisión de la voz, á la voz se unió el ritmo y la tonalidad, de donde surgió el monosílabo, que era ya la palabra articulada.

Respondía el lenguaje monosilábico á un considerable progreso, era una consecuencia y á la vez debía ser un agente. Si por un lado la palabra traducía estados de la capacidad sensible, modos de la voluntad, por el otro creaba nuevas relaciones, suscitaba ignotos sentimientos, facilitando el tránsito de lo real á lo metafísico, y ensanchando, por consiguiente, la órbita de la competencia humana, hasta darla por linderos lo infinito.

Lenguaje y civilización son términos estrechamente ligados. Si la vida toda de una nación ó de una raza, no está contenida, como en cifra, en la lengua que habla, lo está en gran manera. Estudiada la gramática y el vocabulario de un pueblo, y habéis, sin saberlo, adivinado su pasado y sorprendido su presente.

Adquirida la palabra, debió nuestro semejante sentir otra ulterior necesidad. Dijo el poeta que la existencia era una perpétua guerra con la desgracia; nosotros añadiríamos que es una lucha eterna contra el aniquilamiento. El verdadero ideal humano llámase inmortalidad. Todos los hombres lo sienten, sea cualquiera la zozca donde habiten. El deseo de oponerse á lo fatal, de vencer la nada, de colmar el vacío de la tumba, de prolongar la vida amenguando sus riesgos, llena la historia. Toda la actividad humana se resume en una sola frase: ser inmortal. En este punto de partida todos convienen; la dificultad aparece despues, cuando se trata de concebir la vida y de explicarse el más allá.

(1) De un libro que con este título, tiene preparado para la estampa, el conocido literato y académico, Sr. Tubino, arranca el presente capítulo en obsequio de nuestros lectores.

Lucha el hombre con la naturaleza, con el hombre y con los animales, descuaja el monte, laborea la tierra, surca el mar profundo, se sujeta al arbitrio ajeno, practica el comercio, formula la industria, enaltece las artes, respeta la ciencia, organiza el culto, se perfecciona, siempre llevado de un móvil único: el conato vehemente de prolongarse en el tiempo y en el espacio; y cuando se persuade de que sus días están contados de antemano, cuando halla que la muerte es inevitable, entonces quiere vivir en su prole, en sus obras, en los testimonios auténticos de su actividad, si es que no se ha refugiado en los limbos brillantes de la trascendencia.

Movido por esta aspiración invencible de su ser, no se contenta el hombre, con gozar de la palabra, sino que pretende poseerla; mas para conseguirla forzoso era fijarla. Nace la escritura. Es la escritura á la palabra lo que esta es al pensamiento. Comienza por una imitación ingenua y directa de los objetos y seres que afectan con mayor energía los sentidos. Sabía el hombre, á la sazón, discernir entre lo singular y lo universal, se reconocía y afirmaba como individualidad dentro de la generalidad, hasta conocía el valor del tiempo, habiéndole enseñado la experiencia á medirlo. Poseía armas y punzones. La facultad imitativa se desarrollaba en él, rápidamente y sin esfuerzo. Pintar con palabras su pensamiento y sus emociones ante la ajena atención no era poco; mejor sería, sin embargo, ofrecerla gráficamente las obras de su inteligencia. La pictografía engendró el alfabeto.

Sobre la placa de pizarra copiaba el salvaje la silueta del reno ó del elefante muertos en la caza; servíale la corteza del árbol para apuntar los días que veían trascurrir; en la roca, grababa la imagen del sol, concibiéndole á su semejanza. De estos dibujos á la escritura ideográfica, no había más que un paso; diólo, y avanzando en su glorioso camino, organizó la escritura fonética, produciendo el alfabeto.

### II

Es el pasado como un abismo cuya profundidad sobrecoje. Cuando nos acercamos á sus bordes, la voluntad, vacilante, retrocede poseída del vértigo. La humanidad ha necesitado siglos y siglos para llegar al alfabeto, á esas veinticuatro ó treinta letras que hoy miramos con indiferencia. ¡Cuántos esfuerzos, desengaños, lágrimas y sacrificios antes de obtener la escritura! ¡Cuántas caídas, cuántas angustias antes de conquistar la imprenta! Caminaba el hombre casi á ciegas, sólo con el alfabeto, adquirió como un asomo de su ideal con el pergamino, pero su pupila no abarcaba lo inmenso, sino el día en que Gutenberg dijera: «Hágase la luz,» y la luz fué hecha. Representa el alfabeto la tribu, la ciudad; el pergamino es el pueblo, la raza; la imprenta será la humanidad. Antes de la imprenta, había dueños y esclavos, fieles y réprobos, negros y blancos, castas privilegiadas y castas siervas, eternamente condenadas á la ignominia; había abolengos y títulos nobiliarios, y castillos feudales y miserables tugurios; había escritos sagrados sobre los cuales no hubieran pasado los profanos sus ojos impuros, sin que estallaran los rayos del anatema, y matrimonios que deshonraban, y leyes bárbaras que se decían bajadas de lo alto, y derecho divino, y monopolio científico, y espesas tinieblas; empero apareció el libro impreso en medio de los estallidos de una revolución religiosa que conmovía la Europa, y toda la secular organización del pasado, quebrantóse como deleznable edificio asentado sobre movable arena. Llenos de asombro los déspotas, cayeron de hinojos ante la máquina del tipógrafo, sin comprender lo que en sus entrañas encerraba. Despertaron pronto de su letargo, pretendieron ahogarla, y dispusieron y ordenaron fuese cortada la mano del que, sin permiso del monarca, imprimiera un libro; pero el libro continuó silenciosamente su camino por la sombra, minando los cimientos de la tiranía, y un día, que tiene por nombre 1793, dió con ella en tierra, acaso para siempre.

### III

El papel y la imprenta; hé aquí los dos grandes agentes de todas las reformas y mejoras contemporáneas; hé aquí los dos briosos titanes que pretenden escalar el cielo para robar allí, cual nuevos Prometeos, un átomo de inmortalidad. El papel, anticipándose á la imprenta, ha sido como un precursor. Sin su ministerio, el parto del tipógrafo habría sido raquílico. No basta arrancar sus secretos á la naturaleza para que tengan eficacia social; preciso es que esos secretos se divulguen, que, como benéfico rocío, caigan sobre nuestras cabezas.

Por eso, si importante es el descubrimiento del arte de imprimir, no lo es ménos la invención del papel en sus aplicaciones á la escritura. Todos los grandes hechos de la civilización vienen así, solidariamente. No se conciben los unos sin los otros. ¡Comprendéis el camino de hierro sin los adelantos de las ciencias exactas, sin los progresos de la física, de la química y de la mecánica? El papel facilitó el libro impreso, el libro trajo el periódico, esa hoja lanzada al espacio para inundarlo de esplendorosa claridad.

Hasta ahora parece que los chinos y los egipcios fueron los primeros que consiguieron fijar la palabra por medio de la escritura. Nosotros pensamos que los arios debieron preceder á aquellos pueblos en este adelanto, fundándonos en el considerable desarrollo intelectual que se advierte en

la raza que habita la Bactriana, mucho antes de que se nos ofrezcan con vida propia las nacionalidades antes citadas. El ario es la fuente de donde brota la mayoría de los pueblos europeos, y su civilización es la que más tarde florece modificada, ampliada y trasformada á orillas del Nilo y del Eufrates, en las comarcas del Atica y del Lacio.

Los primeros monumentos de la escritura que se conocen, consisten en piedras, ladrillos ó trozos de madera con inscripciones grabadas. Fácil es recordar que las leyes de Moisés estaban esculpidas sobre la primera de aquellas materias, y no hay Museo de alguna importancia que, no contenga ejemplares de ladrillos caldeos, ornados de leyendas cuneiformes. Dícese que las ordenanzas de Solon se conservaban en planchas de madera, en el Pritáneo de Atenas: allá en el comedio del primer siglo de nuestra era, también sobre madera se trazaron los terribles preceptos draconianos, y nosotros hemos tenido ocasión de examinar una inscripción sobre un pedazo de sicomoro, encontrado en Menfis, que se guarda cuidadosamente en el primer Museo de la Gran Bretaña.

Emplearon los romanos placas de bronce, cobre y plomo, sin abandonar por completo el uso de la madera; siguiendo en esto el ejemplo de pueblos más antiguos que se servían de ella, y á la vez de las hojas y cortezas de los árboles y de telas convenientemente preparadas.

Entre los hechos curiosos de esta serie, cítase el de Aristides, que estampó sobre la valva de una ostra el voto de ostracismo que contra él pronunciaba un rústico que, no conociéndole personalmente, se decía cansado de oírle llamar el justo. En Roma llegaron á usarse tabletas de marfil, sobre las cuales se escribía ya con tinta negra, ni más ni ménos que nosotros escribimos sobre el papel.

Encuéntranse envueltas en lienzos escritos, las momias egipcias; empero el hecho culminante en este proceso de la luz contra las tinieblas, es el descubrimiento del papiro, realizado en Menfis, según los más diligentes eruditos.

Ignoramos si esta planta se cultiva en nuestros jardines: pero sí podemos afirmar que la hemos visto crecer lozana en los de Londres y París. Incluida en la familia de los juncos, florece espontánea en las aguas poco profundas y mansas de la Siria, del Egipto y la Abisinia. Compónese de un núcleo ó raíz de forma caprichosa, de donde arrancan otras más delgadas que la adhieren poderosamente al suelo, de un tallo prismático de tres ó cuatro metros de altura, y de una hermosa copa ó umbela, de donde brota, á guisa de penacho, un conjunto de filamentos teñidos de hermoso verde.

Figuraba la planta como primer elemento de riqueza entre los egipcios, que la utilizaban fabricando con ella cuerdas, telas para vestidos, las velas de sus embarcaciones, y sobre todo, el papiro, que no era más que una delicada película que se obtenía levantando cuidadosamente la corteza. Tan precioso producto, consistente y suave, blanco y terso, se convertía en hojas ó bandas que recibían los caracteres ideográficos, geroglíficos ó alfabéticos, trazados por la mano del hombre, con ayuda de un delgado junco mojado en un licor oscuro, muy semejante á la tinta de los modernos.

Llamáronle los griegos *biblos*, nombre que se extendió despues á las hojas de papiro, designando el libro, que á la vez tomó su apelativo de la palabra *liber* con que los romanos determinaban la corteza del árbol.

Fué el papiro poderoso auxiliar de la civilización. El comerciante, el literato, el guerrero y el sacerdote, acójele con entusiasta protección, y del Egipto se propaga á otras regiones, y llega un día en que, mejorado grandemente, constituye el artículo que más crédito dá á la industria de Alejandría. Compréndese su importancia comercial en la renombrada ciudad, cuando se sabe que habiéndola conquistado Márcos Formus, halló medio de pagar los atrasos que debía á su ejército, y de sufragar los gastos de la costosa expedición que emprendiera con la venta del papel que encontró almacenado, y del cual se apoderó usando del derecho de la fuerza.

Conocía Roma varias clases de papiro. Llamóse la más superior *hierática*, esto es, sagrada, porque servía para las necesidades del culto y de la casa del Emperador. Largo tiempo conservó este nombre hasta que la tiranía política, rebajando los caracteres, cambióle, en boca de la vil adulación, por el de Augusto. Consiguio la frágil Livia autorizar la segunda, con el nombre de *liviana*; había una tercera llamada *sattica*, ó sea procedente de Sais, designándose la más inferior ó de envolver, con el nombre de *emporética*.

Reinando Claudio, se mejoró la clase augusta, recibiendo el título de claudiana. Los industriales romanos sometían los papiros que recibían de Egipto, á varios procedimientos que aumentaban su belleza, suavidad y consistencia; mas como la llegada de los cargamentos estaba sujeta á las contingencias de la navegación, ocurrió que más de una vez la falta de la cantidad necesaria para satisfacer las demandas más urgentes, convirtiése en cuestión de orden público, llegándose al extremo de nombrar comisarios que repartieran proporcionalmente las existencias entre los más necesitados.

### IV

De tiempo atrás empleábase también, para conservar la escritura, pieles convenientemente adobadas, si bien el pergamino no se generalizó

hasta que el alto precio del papiro, vendido á 15 y 20 reales la hoja y la pérdida sucesiva de varias cosechas de la planta, pusieron de relieve las ventajas que acompañaban al primero.

Tuvo su cuna el pergamino en Pérgamo, consistiendo principalmente en el cuero de la cabra ó del carnero, adelgazado, blanqueado y purificado. Sin los adelantos de la industria, el pergamino no se concibe. Acrecienta aquella sus recursos, y éste adelanta haciendo una concurrencia terrible al papiro, que, al comenar la séptima centuria de la era cristiana, se declara vencido, dejando el campo á su rival.

¡A cuántas consideraciones no se presta esta derrota y este triunfo! Camina la escritura tan íntimamente unida á las civilizaciones, que con ellas cae ó se levanta. No tanto influyeron en la supremacía adquirida por el pergamino sus ventajas intrínsecas, cuanto las circunstancias políticas y religiosas que le acompañan. El papiro personifica al Oriente con sus glorias y su influencia; llega á Grecia y Roma, pero en el instante en que la cultura oriental parece como replegarse en sí misma para exhalar, nueva Safo, su último canto y su postrimer suspiro, aquel poderoso medio de comunicación padece la suerte de todos los vencidos, mientras el pergamino, aceptado por los hombres de Occidente, representa el goce de las clases dominadoras de la sociedad, el clero y la aristocracia. ¡Aún se conservan los libros litúrgicos en pergamino! ¡Aún se habla de los viejos pergaminos de la nobleza!

Unida preséntase ante nosotros la cultura asiática y el papiro, así como toda la Edad Media, se nos revela en el infolio. Da razón el papiro del Egipto con sus misterios y geroglíficos; háblanos del *demós* helénico y del patriciado romano; en cambio el pergamino es el códice monacal y el privilegio rodado del monarca, las partidas del Rey Sábido y la carta de arras del magnate.

Teocracia y realza; estos son los dos polos sobre que gira el tumbo. Extiende el poderoso sobre la tersa superficie de la adobada pelleja sus diplomas; hace que en ella se narren los timbres de su alcurnia; el sacerdote y el sínodo la utilizan para escribir sus bulas, cánones y jaculatorias, que la caligrafía de la Edad Media es, ante todo, cenobítica y palatina; pocas veces se halla al alcance del laico ni del plebeyo. El convento y el monasterio constituyen, durante siglos, los depósitos obligados de todos los monumentos escritos de la antigüedad clásica; monjes son los encargados de copiar los códices que la mano del tiempo no destruyera, monjes los que escriben los anales históricos, las decisiones capitulares, los rescriptos reales y las concordias, y escrituras; el notario que vivía cerca del príncipe, procedía del convento; el sabidor encargado de la instrucción pública, oriundo era del propio recinto. ¿Quién no vé ahí la centralización de la inteligencia y de las luces en manos del místico y del teólogo?

¿Qué extraño que la Edad Media se olvide de la tierra para pensar únicamente en el cielo! ¿Cómo ha de sorprendernos, conocido el mecanismo de la bibliografía y de la instrucción, en ese período, que los fieles, hundidos en el fanatismo y en la superstición aplaudan los autos de fé y la matanza de los hebreos!

Es la historia del libro, la historia entera de la humanidad literaria, porque el libro asimila, compendia y narra todos los progresos que ha hecho el arte de la palabra hablada, escrita ó impresa.

La preponderancia del pergamino, durante los siglos VII al XIV, es un hecho íntimamente relacionado con la condición social de aquel período. La atonía en que el pueblo vive, privado casi hasta de personalidad jurídica; la falta de educación literaria en las clases altas, que ni aún saben leer; el precio subido de los manuscritos, la creencia de que el difundir la instrucción encubría positivos peligros para el régimen del Estado, explican el monopolio que los monasterios disfrutaban en punto á bibliografía. El libro característico de la época, es el palimpsesto, esto es, la hoja, que conteniendo parte de la *República de Cicerón* ó de los *Anales de Tácito* es borrada exprésamente por el copista, para escribir sobre ella las *Horas de Ana de Bretaña* ó el *Breviario* del buen Rey Renato.

## V

Lenta y misteriosamente preparábase la definitiva transformación del libro. Desde fines del siglo VIII, el papel de algodón, hijo del Asia, había aparecido en Europa. Trajéronle á España los árabes, intentando aclimatar en nuestras regiones meridionales la planta que le producía. Extendióse paulatinamente su uso á otros países, sin que consiguiera competir con el pergamino, destinado taxativamente á los documentos de alguna importancia ó estima. Al cabo, aleccionados nuestros padres por el ejemplo de los árabes, y sacando partido de la abundante cosecha de lino que solía recolectarse en Valencia, ensayaron la fabricación del de hilo, que sobrepujaba en ventajas, al de algodón, debiendo, con el tiempo, sustituir al pergamino.

No sucedió esto hasta que la imprenta, con sus grandes exigencias y las profundas modificaciones que introdujo en la vida pública, reclamó el concurso de la industria papelera, en su noble empeño de esclarecer la conciencia humana.

Tiene la imprenta sus precedentes, como todo otro descubrimiento. Imprimían los chinos por

medio de planchas grabadas, tres siglos antes de la era cristiana; valiáanse los egipcios del mismo procedimiento en la estampación de las telas con que envolvían sus momias; en Grecia y Roma se usaron sellos en relieve, que se estampaban sobre el pan, el barro y otras materias blandas. Carlo-Magno y Guillermo el Conquistador, que no sabían escribir, usaron de pequeñas planchas con sus firmas cinceladas, y los imagineros y miniaturistas de la Edad Media, se valián de recortes para trazar las letras de adorno, cenefas y orlas, destinadas á enriquecer los manuscritos.

El grabado en madera, precursor de la xilografía, es antiguo en Europa, siquiera se le encuentre en un estado casi bárbaro. Holanda, desde mediados del siglo XV se ocupaba con fruto de la estampación de los naipes é imágenes sagradas, acompañadas de leyendas devotas ó explicativas; pero existen grabados de este género con la data de 1418 y 1423. Da origen la xilografía al *Libro de estampas* y á las corporaciones de imagineros que no sólo reúnan en volúmenes los simulacros piadosos, sino que llegan á entregar á la venta pública una gramática, entonces muy usada en las escuelas, y varios alfabetos.

Puede decirse que el mundo se acercaba á la aurora del grandioso día. Guttenberg estaba próximo; su genio divino iba á ser la cristalización de todos aquellos conatos laudables, el cerebro donde se concentrarían, hasta constituir una idea universal, las aspiraciones, cálculos y esperanzas de los soñadores oscuros y olvidados que, á través de los siglos y bajo zonas diferentes, habían trabajado en pró de su triunfo.

Dominaban en Europa las corrientes del renacimiento greco-latino. Las guerras religiosas, las conquistas de los musulmanes, la preponderancia del elemento teocrático, conspiraban á un hecho común, á la destrucción de las bibliotecas. Quemaron los turcos la de los califas de Egipto, entregan á las llamas los cristianos, los libros de los judíos, y á su vez los católicos destruyen los libros de los protestantes. Jimenez de Cisneros aniquila la gran copia de manuscritos árabes, y Cromwell incendia la biblioteca de Oxford, mientras los puritanos buscan en las iglesias y monasterios los códices de la religión perseguida para reducirlos á cenizas, haciendo ni más ni menos que lo que ejecutaban nuestros primeros misioneros en los templos y archivos mejicanos.

El primer libro impreso con caracteres móviles data de 1450. Guttenberg, reproduciendo con su prensa y sus tipos, una Biblia latina, sacaba á la civilización europea de un largo y mortal eclipse. La tea que incendiaria al mundo ardía ya en sus manos, pronta á convertirse en una conflagración general. Con efecto, las primeras impresiones llevan las fechas de 1456 á 1460; la tipografía no ha salido de la orilla izquierda del Rin, oscila entre Estrasburgo y Maguncia; pero á la manera de violenta tromba se extiende despues por Europa. Aparece en Colonia y en Nuremberg en 1463 y 64, en Roma en 1465, en Venecia y París 1470, en Flandes en 1472, Catson la lleva á Inglaterra en 1474, Valencia imprime por primera vez en 1475, Sevilla en 1476 y Madrid en 1499. Tan grande y potente es el desarrollo de la tipografía que, según cálculos discretos, las ediciones incunables montaban en 1500 á 13.000 que multiplicadas por 300 ejemplares, cifra que por aquel entonces alcanzaba cada una de ellas, dan un total de cuatro millones de libros impresos, y esparcidos por Europa en el espacio de medio siglo.

Sin el descubrimiento del papel de hilo, realizado en nuestra pátria, y sin las fábricas que se establecieron en distintos puntos para producirle en cantidad considerable, habria sido harto difícil la propagación del mágico invento. Un desconocido creó el alfabeto, recogiendo sus elementos en múltiples orígenes, otro inicia el uso del papiro, una ciudad introduce el del pergamino, del Oriente procede el papel de algodón, de Valencia el de hilo, la industria se acerca al arte, el arte á la inteligencia, la actividad individual se excita al contacto con las graves conmociones de la historia, el renacimiento es una claridad á cuyo resplandor la personalidad humana, sostenida durante la Edad Media por el espíritu romántico de los pueblos occidentales, halla nuevamente el camino de su emancipación; estalla la revolución religiosa, surge el florecimiento literario-arqueológico en Nápoles, Roma y Florencia; brota de entre la bruma del Atlántico el Nuevo Mundo, el municipio contiene en estado latente al ciudadano; invade el naturalismo los dominios del arte, el comercio vuela en alas de la letra de cambio; la brújula y la pólvora abren horizontes desconocidos á la náutica y á la política; más faltando algo que coronase esta pirámide que rasgaba la bóveda celeste, algo superior que fuese como el verdadero límite entre lo arbitrario y la justicia, afirmase la imprenta, que consuma la revolución decisiva, secularizando la ciencia para arrojaria sobre la cabeza de las muchedumbres.

Hé aquí en reducido boceto, el cuadro de la civilización por la escritura, el papel y la imprenta: véase cómo el industrial de un lado y el literato del otro, el que trabaja y el que raciocina, dándose la mano sin saberlo, han removido los cimientos del orden social, rompiendo los diques que contenían el saber y levantando al siervo hasta la adquisición del derecho. No es simplemente recreativo el estudio y la apreciación de estos acaecimientos, al parecer triviales, y que por conocidos se desdennan: alfabeto que el niño balbucea indiferente y que el adulto olvida; mísero fragmento de papel arrojado

sin piedad al estercolero; tipo metálico que el cajista manosea con desden, fatigado por la pesadumbre de la cotidiana tarea; sin vosotros, ¿qué seria del hombre civilizado, qué de la ciencia, qué del derecho, la justicia y la fraternidad universal? Proclamadlo muy alto, sin temor de que pueda haber quien os contradiga; vosotros sois el foco de donde ha salido brillante y esmaltada con todos los colores de la vida, la idea del progreso, ese principio eterno de perfectibilidad que nos alienta, que nos reforma, que nos moraliza; esa fuerza esparcida por la atmósfera que nos levanta cuando todo parece caer, que nos fortalece en nuestros desfallecimientos, que nos lleva de cumbre en cumbre hasta aquella ansiada y esplendorosa altura donde, abarcando toda la humanidad pretérita y futura, confundiéndonos todas las razas, en un inmenso abrazo de amor, parece como que nuestro ser se trasfigura en la pupila que sondea lo infinito, é inundando los espacios realiza el tentador ensueño de la inmortalidad.

FRANCISCO M. TUBINO.

## ESTUDIOS SOCIALES.

### EL SUICIDIO.

#### I

*Mori licet cui vivere non placet* es la fórmula absoluta y aterradora por donde el estoicismo pretendió engrandecer la más alta independencia de la humana individualidad. En lo antiguo, y todavía en nuestros tiempos, el sentimiento popular adorna con los seductores atavíos de la leyenda, ó pone en los linderos del heroísmo, las muertes voluntarias de Zenon, de Lucrecia y de Caton. Y hasta el filósofo más grande de la Grecia, el discípulo predilecto de Sócrates, llega á defender la moralidad del suicidio, cuando es determinado por una situación personal insufrible y penosa, ó por el fundado temor de un porvenir de desgracia.

Ni el sentido de la religión y de las leyes al reprobarlo é imponer penas, á las veces durísimas, contra el suicida, penas, como era natural y posible, de índole moral, infamia y otras análogas, admiten más supuesto que el del fenómeno individual y psicológico, evitando con especial cuidado el considerarlo como tendencia genérica derivada del desenvolvimiento social.

Tales son los términos en que este problema, hoy más que nunca pavoroso, se presenta al pensador: de la una parte, el sentido individual que lo reputa consecuencia de una determinación puramente voluntaria, aunque extraviada, cuya responsabilidad afecta tan solo á la conciencia; de la otra, el sentido social que lo estima tendencia dañosa, proceso psíquico que se extiende y propaga en relación directa con la actividad creciente del cerebro.

Los términos del problema, así planteado, son claros y precisos: el problema en sí me parece erizado de dificultades.

No desconozco que los fenómenos psicológicos ofrecen tenaz resistencia al método experimental, y acepto también sin dificultad, que toda observación sobre los hechos puros de conciencia parece siempre alumbrada por luz crepuscular, muy cercana de la sombra. Pero si semejante duda, en cuanto á la posibilidad y certeza de la observación psicológica, asalta mi ánimo, cuando intento referir á causas morales el suicidio, la desconfianza se apodera de mí si pretendo derivar de un conjunto de circunstancias exteriores, más ó menos reiteradas, más ó menos análogas, cierta especie de ley general que hace del suicidio un fenómeno natural, consecuencia indeclinable y forzosa del avance de la civilización.

Negar el hecho actual del aumento creciente de los suicidios fuera vano y temerario empeño, que la laga no deja de existir porque se oculte cuidadosamente de la vista del público; pero tengo por cierto, que toca en los límites de la exageración sistemática y de escuela atribuir con Morselli la ausencia casi total de la manía suicida, despues de la caída del imperio romano hasta muy avanzada la época moderna, por ejemplo, *al reposo forzado en que se sumió la razón humana bajo la atmósfera asfixiante del dogma*.

La frecuencia del suicidio en Roma coincide, sin duda ninguna, con los tiempos de su mayor florecimiento político literario y científico, pero es muy problemático, por lo ménos, que el nivel moral de aquel pueblo y en aquel ciclo histórico, estuviesen en armónica relación con los adelantos en las demás esferas de la actividad humana. Quien recuerde la degeneración de las costumbres á partir de la dictadura de Sila, mal que se agravó desde el establecimiento del Imperio, según nos revela con maravillosa severidad y convicción la pluma de Tácito, podrá explicarse por este medio ese recrudescimiento del suicidio, sin necesidad de acudir á la paradoja desconsoladora de que el progreso lleva tras sí, como corolario fatal, la negación y la destrucción del ser humano, que es el factor primario y consciente de ese mismo progreso.

Cierto es también que el siglo tan ponderado del epicúreo Leon X, al decir de Gregorovius, acusa en Italia prodigioso aumento del suicidio, sobre todo entre las clases superiores y más cultas; pero nadie es osado á negar ya que el sentido moral, aún de la misma jerarquía eclesiástica, era muy inferior al que en tiempos precedentes carac-

terizó los gloriosos pontificados de Gregorio VII y de Inocencio III. La aspiración más sana y duradera de la Reforma se acentúa en la protesta contra el desarreglo moral y de costumbres en que cayera la Iglesia, sin exceptuar su más elevada representación.

Si bien no coincido en ideas sobre la imputabilidad de las acciones humanas con el célebre profesor Cesare Lombroso, pareceme admisible, con ciertas reservas, el estado de insensibilidad moral que atribuye á los delincuentes, por donde explica ó pretende explicar un fenómeno, en su sentir cuasi característico: la frecuencia del suicidio en aquellos. Los datos estadísticos que pueden tenerse por seguros arrojan las siguientes proporciones por mil:

Italia: 0,17 suicidios en los delincuentes.  
0,0062 en los hombres libres.  
Holanda: 1,3 en los delincuentes.  
0,0012 en los hombres libres.  
Noruega: 0,74 en los delincuentes,  
0,0094 en los hombres libres.  
Inglaterra: 0,28 en los delincuentes.  
0,60 en los hombres libres; propor-

ciones todas que yo me explico por la degeneración del sentido moral, que es nota esencial de toda delincuencia, con muy contadas excepciones, en cuya virtud, la tendencia suicida tiene más fácil entrada en el ánimo del hombre.

Los que pagándose de aparente tranquilidad, desean sacar á flote de cualquier modo el elemento espiritual de la vida humana en la borrasca que hoy corre, combatido por intereses egoístas y por audaces afirmaciones del materialismo y del positivismo, que pretenden someter la vida moral á las leyes que rigen el mundo material, destruyendo ó negando las leyes absolutas del espíritu y el concepto trascendental y ontológico que determinan la grandeza del ser humano, podrán quedar satisfechos, en la apariencia, aceptando las conclusiones de los modernos alienistas y fisiólogos, que ven en cada suicidio un caso exclusivamente patológico, cuyos motivos determinantes han de buscarse en fenómenos cerebrales, en alteraciones de tales ó cuales órganos del cuerpo, en influencias de la atmósfera ó del clima, en relaciones necesarias que derivan del medio natural en que se vive, ó de los grados de latitud de éste ó del otro país. Que no se engañen: su tranquilidad será de escasa duración, y las ventajas que pretenden alcanzar de estas afirmaciones, en beneficio de sus principios y de su doctrina, serán muy problemáticas: en fin de cuenta, el concepto espiritualista recibirá profunda y mortal herida, que no cura, por modo alguno, el apósito del momento que pone en el pecho del cuerpo, lo que tal vez, y principalmente ha de computarse al pasivo del alma, á la cuenta del espíritu.

No voy por esto á negar toda influencia sobre el suicidio á ciertos elementos naturales como el clima, las condiciones telúricas, las estaciones y meses, las variaciones meteorológicas y fases lunares, y hasta los días y horas. En concurrencia, con estas determinantes cósmico-naturales, hemos de observar los étnicos, los demográficos y los sociales, y sobre unos y otros, cuya eficacia conoceremos, tan sólo hasta los límites de la probabilidad, si quiera los datos estadísticos sean numerosos y completos, las condiciones biológicas y sociales del individuo, y los motivos psicológicos que lo arrastran á un acto que á la vez revela la grandeza y la pequeñez del hombre.

Aunque vengan á alterarse, hasta cierto punto, el orden y la ilación de las ideas que me propongo exponer en el curso de este estudio, no creo fuera de propósito anticipar, en comprobación de mis anteriores observaciones, un dato, á mi entender característico, que debo á la benevolencia de un distinguido médico forense de esta capital. En veintisiete casos de suicidio realizados por precipitación desde el ya célebre viaducto de la calle de Segovia, las causas determinantes que fué posible averiguar, en casi todas ellas se refieren al juego, á las relaciones amorosas y á la embriaguez. Pues aceptando, sin dificultad, que el último de dichos determinantes sea de carácter exclusivamente fisiológico, en cuanto podrá revelar notorios desarreglos cerebrales y del sistema nervioso, no parece aventurado asegurar que en los dos restantes predomina el carácter psicológico y moral.

Pero haciendo punto ya en estas reflexiones preliminares, que me han parecido indispensables para orientar al lector en el camino que me propongo seguir, reflexiones que tendrán su natural ampliación cuando trate de la naturaleza, carácter y curación ó terapéutica del suicidio, luego que sean conocidas y clasificadas las diversas manifestaciones con que se nos ofrece este mal moral y social, conviene fijarse ya en el hecho comunmente recibido por todos los estadistas más notables que han prestado atención á este punto, entre otros Oettingen, Quetelet, Legoyt, Wagner, Morselli y Morselli, á saber: la progresión y regularidad del suicidio en los países civilizados.

## II.

Es un hecho evidente que desde comienzos del siglo aumenta prodigiosamente el suicidio en los países civilizados de Europa y de América. Sin buscar la comprobación de este fenómeno lejos de nosotros, no ofrece género alguno de duda, á pesar de la deficiencia é inseguridad de nuestras estadísticas, que el suicidio crece de un

modo alarmante en España, que ha llamado la atención de algunas personas, proponiendo las unas, como el Sr. Salvá, profesor de la Universidad Central, la vuelta al sistema de penalidad gravísima de pasados tiempos; aconsejando otras, parte de la prensa periódica por ejemplo, que se omita toda referencia á los suicidios, juzgando muy saludable esa ignorancia del público para evitar el contagio é impedir el espíritu de imitación.

De los datos cuidadosamente recogidos por Wagner, Oettingen y Morselli, que han prestado singular atención en sus trabajos estadísticos á cuanto se refiere al suicidio, resultan las cifras siguientes en un período que corre, en general, desde 1816 á 1875, por término medio y por períodos quinquenales:

Suecia: 1816 á 1820.....	122 suicidios.
1821 á 1825.....	151
1826 á 1830.....	177
1831 á 1835.....	164
1836 á 1840.....	214
1841 á 1845.....	212
1846 á 1850.....	229
1851 á 1855.....	253
1856 á 1860.....	211
1861 á 1865.....	301
1866 á 1870.....	354
1871 á 1875.....	347

En Noruega guardan este orden desde 1836 á 1875: 133, 138, 150, 154, 145, 141, 133, 129.

En Dinamarca, durante el mismo período que en Noruega: 272, 306, 344, 402, 446, 431, 472, 448.

En Inglaterra, desde 1851 á 1875, siempre por quinquenios: 1.025, 1.343, 1.459, 1.544.

En los Países-Bajos, de 1866 á 1875: 94, 146.

En Hamburgo faltan muchos datos; solo se conocen en el quinquenio de 1821 á 1825 que figura con 45, y en el de 1871 á 1875 en que se registran 95, aún cuando esta última cifra ofrece algunas dudas.

En Hannover resultan 140 en el quinquenio de 1841 á 1845; de 1846 á 1865 las cifras son: 190, 216, 246, 256; y en el quinquenio de 1871 á 1875 constan 286.

En Mecklemburgo, desde 1836 á 1875: 53, 73, 74, 77, 87, 78, 90, 93.

En Prusia, desde 1816 á 1875: 792, 975, 1.167, 1.321, 1.471, 1.642, 1.696, 2.075, 2.152, 2.247, 3.316, 3.343.

En Bélgica, desde 1831 á 1875: 162, 183, 235, 263, 166, 213, 221, 238, 362.

En Francia, desde 1826 á 1875: 1.739, 2.263, 2.574, 2.951, 3.446, 3.639, 4.002, 4.700, 4.989, 5.256.

En Baden, desde 1851 á 1875: 150, 170, 189, 203, 231.

En Wurtemberg, desde 1846 á 1875: 185, 196, 144, 175, 260, 294.

En Baviera, desde 1841 á 1875: 247, 218, 275, 322, 384, 442, 436.

En Sajonia Real, desde 1831 á 1875: 143, 264, 340, 373, 496, 509, 601, 725, 706.

En el Austria alemana, desde 1816 á 1875: 393, 463, 517, 626, 523, 595, 774, 666, 799, 1.051, 1.424, 1.893.

En la Galicia y la Bucovina, desde 1831 á 1865: 150, 218, 214, 196, 254, 203, 234. Faltan datos del quinquenio de 1866 á 1870, y en el de 1871 á 1875 el término medio resulta de 579.

En Italia, desde 1861 á 1875: 718, 739, 923.

En España solo conozco las cifras correspondientes á los años 1859 á 1862 inclusive, que dan el siguiente resultado: 198, 235, 248, 211, y tengo motivos para creer que este año se elevará por lo menos á la cifra de 300.

Pocos datos seguros se pueden recoger de los Estados-Unidos de América; solo el de Massachusetts los tiene de 1866 á 1875, que dan por años estas cifras: 73, 75, 88, 92, 91, 84, 122, 117, 115, 159, 126. Y en cuanto á la ciudad de New York, el medio anual de 1861 á 1865 era de 100; de 1871 á 1875, de 142; en 1876 fueron 150 y en 1877 se registran 148.

Así de Rusia como de las Repúblicas de la América latina, son escasos los datos que puedo ofrecer. En cuanto á la primera, Wagner, señala de 1826 á 1830 1.163 suicidios; de 1833 á 1841 fija Wappaus la cifra en 1.484, y para el año de 1875 tan solo establece Morselli la de 1.771, aumento colosal que conlleva fuertemente el ánimo.

Ni en la República Argentina, ni en las colonias francesas, ni en la Australia, puede creerse que se dan excepciones de ese proceso morboso que los datos señalan en los demás países.

Y en cuanto á los últimos años, de que hemos podido adquirir algunas noticias, la marea sigue avanzando en proporciones fabulosas.

En 1876, figuran: Dinamarca con 506; Inglaterra con 1.778; Hamburgo con 125; y en 1877 con 150; Bélgica con 439; Francia con 5.804; Baviera con 522; Austria alemana con 2.392, y en 1877 con 2.490; Galicia y Bucovina con 546, y en 1877 con 658; Italia, por último, con 1.024 y en 1877 con 1.139.

Esta regularidad de todos los datos acumulados por donde se nota el aumento progresivo del suicidio, podría compensarse, hasta cierto punto, si á ella correspondiese un aumento proporcional de población. Pero no es así, por desgracia; de las minuciosas operaciones y comprobaciones verificadas por Wagner y por Morselli, resulta de un modo indudable que el aumento proporcional de la población no corresponde con el aumento proporcional de los suicidios; antes bien, este último

excede con mucho al primero; resultado que conduce al segundo de los escritores á formular este apotegma: *Que en el conjunto de los Estados cultos de Europa y de América se manifiesta la frecuencia del suicidio en ascendente y uniforme progresión, por manera que la muerte voluntaria viene desde comienzos del siglo, y persiste todavía, aumentando con mayor rapidez que se nota de aumento geométrico en la población y en la mortalidad general.*

VICENTE ROMERO GIRON.

## EL REINO HUMANO.

Cada país, cada época ha considerado al hombre de distinto modo, según el carácter del conjunto de su civilización. En nuestros tiempos, colocado el hombre entre el misterio de su origen y el enigma de su último destino, es, antes que todo, en el dominio exclusivamente científico, un objeto de la historia natural. Como naturalista, pues, es como lo estudiaremos hoy.

Considerado bajo ese punto de vista, el hombre es, sin duda ninguna, el primero de los organismos que se mueven sobre nuestro planeta: no es difícil determinar su puesto relativo en el mundo viviente; pero ¿cuál será su verdadero lugar? ¿Deberá colocarse en el reino animal? ¿Se distingue, sí ó no, de los animales por fenómenos importantes, característicos, absolutamente extraños á estos últimos? Cuestión primordial, que se presenta al antropólogo.

De ahí dos sistemas: El uno pretende que el hombre no es sino el primero de los animales, que es semejante á ellos, en el sentido real y preciso que tiene ese término en geometría.

El otro hace del hombre un género de entidad especial, diferente de los otros seres organizados por la naturaleza distinta y bien delimitada de su inteligencia, y lo coloca en un reino aparte, que constituye «el reino humano.»

Nótese bien, partidarios ó adversarios del «reino humano» todos están unánimes en reconocer que bajo el punto de vista físico, el hombre es un animal, ni más ni menos. R. Owen, sabio cuya opinión tiene un gran valor en esa materia, no ha dudado decir que la distinción entre el hombre y ciertos primates, es el escollo, la piedra de toque de los anatómicos; y hoy es una verdad inconcusa para la ciencia, que bajo el punto de vista anatómico el hombre difiere menos de los monos superiores que estos de los inferiores. Léjos de mí, sin embargo, la idea de ver en esa relación puramente anatómica una comunidad de origen.

Hace tiempo que hemos adoptado en ese asunto la opinión profesada por un maestro eminente, Dr. Broca, á saber: Que hay en la escala animal un espacio inmenso entre los monos más elevados y los tipos inferiores de la humanidad: la distancia zoológica entre los Caucásicos y Etiopes, por grande que se suponga, es muy pequeña relativamente al abismo que tan profundamente separa al hombre de los monos.

Pero volviendo á ocuparnos del «reino humano», por lo que hace á los que tengan la curiosidad de remontarse hasta el origen de las ideas que han dado nacimiento á este sistema, podemos decir que es antiguo como la metafísica (1). Veamos, en efecto, que los primeros sistemas filosóficos, descansan sobre la doble naturaleza del hombre: alma pensante, y también alma vegetativa, constituyendo la primera el carácter exclusivo del hombre. Pero la cuestión era mucho más embarazosa para los sabios, cuando se trataba de los animales. Sin embargo, los primeros metafísicos, tan lógicos como sencillos, concedían á los animales una alma inmortal: de allí la metempsicosis traída de Egipto á Europa por Pitágoras.

A los primeros metafísicos sucedieron pronto filósofos que para separarse por completo de los animales les rehusaron la inteligencia; pero esa exclusión se exageró de tal modo, que como siempre sucede en semejante circunstancia, se produjo una reacción favorable á los animales. A las opiniones de Platon y de Séneca que no querían ver en los actos de los animales más que simples impulsos, se concluyó por oponer argumentos poderosos en favor de la inteligencia de aquellos.

Allí se hallaba la cuestión cuando el cristianismo naciente se apoderó de la filosofía. Y desde este instante, vemos aparecer un nuevo y característico elemento: la religiosidad. Fué un padre de la Iglesia, «Lactancio, preceptor de Crispus, hijo de Constantino el Grande», el primero que concediendo al animal todas las facultades del hombre, se vió, sin embargo, obligado á considerar la religiosidad como la característica del género humano. ¡Qué hubiera dicho Lactancio si hubiera conocido á los Cafres, Australianos y á tantas otras tribus que no tienen religión ninguna!

Hasta el mismo San Agustín se pierde y se ve embarazado ante tan difíciles problemas: del conjunto de su doctrina se desprende claramente que los animales tienen un alma inmortal; pero distinta de la del hombre, puesto que es mortal.

Inmortal para los unos, mortal para los otros, el alma animal constituía siempre un problema embarazoso, cuando por los años 1554, Gomez Pereira, precursor de Descartes, declara que las bestias son puras máquinas; sabemos que esa fué también la opinión de los cartesianos, de los cuales los teólogos se hicieron aliados poderosos en ese punto.

¿Qué podía en ese caso responderse á Darmanson, citado por Bayle, que establecía que si las bestias tienen un alma consciente: primero; Dios no se ama así mismo; segundo, que no se puede tener confianza en él; tercero, que es injusto y cruel?

¿Qué podía responderse al supremo argumento de los filósofos de aquellos tiempos, que repetían hasta la saciedad, «que el alma raciocina y conoce *«las universales»* mientras que la de las bestias no conocen nada de todo eso?»

Sólo La Fontaine se atrevió á atacar *«las universales»*

(1) Broca. Discours sur l'homme et les animaux, Bull. de la Soc. d'Anth. II, 2.ª Série

y todo el mundo sabe con qué fina ironía combate esas teorías filosóficas tan injustas para con los animales.

Sobreveniente entonces un arreglo que pone de acuerdo á todo el mundo: fué la admisión del Instinto, el Instinto que Voltaire definía, diciendo que era «un no sé qué» el instinto propio de los animales, mientras que la inteligencia se conservaba exclusivamente para el hombre.

Llega por fin el siglo XVIII, y con G. Leroy, Swammerdam, Reaumur, los dos Hubert, aparece la observación fina, paciente y minuciosa de los insectos. Las abejas, las hormigas, les revelan pronto el secreto de su organización y de su industria; desde entonces vacila fuertemente la teoría del instinto, «y Lamarck, adelantándose hasta no ver en el hombre más que un mono perfeccionado, echa las primeras bases de la teoría desarrollada en nuestros días por Darwin» (1).

Entonces fué cuando I. Geoffroy St. Hilaire, sintiendo repugnancia á tener un mono por antepasado, trató de levantar entre el hombre y los animales una infranqueable barrera. Por legítima que parezca, no es menos evidente que esa repugnancia descansa en una cuestión de sentimiento, y lo repetimos, el sentimiento es un proceder esencialmente vicioso y contrario á todo método científico. ¡Cómo detenerse en terreno tan resbaladizo! Evocando el sentimiento es como algunos sábios han llegado á afirmar que, lejos de verse humillados con ese parentesco con el mono, están orgullosos, al contrario, por semejante genealogía, y aceptan como divisa las palabras de Claparède «más vale ser un mono perfeccionado, que un Adán degenerado.»

Nos apresuramos, sin embargo, en agregar, que entre los que no pueden consentir en ser parientes del mono, y los que admiten en más ó menos tal parentesco, existe una categoría de sábios que proclaman su ignorancia en semejante materia y creen que la cuestión es insoluble.

Del mismo modo, dice I. G. St. Hilaire, que el vegetal difiere del mineral por las funciones de nutrición, de igual manera que el animal se eleva por encima de los vegetales por la sensibilidad, el hombre se distingue de los animales por la inteligencia, por el pensamiento. La cuestión en litigio, quedará resuelta, si la diferencia es absoluta; pero, ¿es verdad que los animales no tienen inteligencia ni pensamiento?

Aquí tenemos la satisfacción de decirlo, el aspecto del problema ha cambiado en nuestros días, ó mejor dicho, la ciencia ha progresado, dejando muy por detrás á Pereira y á Descartes.

Oigamos lo que dice en el año 1878, el defensor (2) más autorizado del «Reino humano», sábio muy conocido, y á cuya lealtad científica todo el mundo tributa un homenaje universal.

«Para el que juzga á los animales, dice M. de Quatrefages, por el que cada uno de nosotros encuentra en sí mismo la experiencia personal y la observación comparativa, atestiguan que el animal siente, juzga y quiere, es decir, que raciocina, y por consiguiente, que es inteligente...»

El animal es inteligente, y no porque su inteligencia sea rudimentaria es de distinta naturaleza que la nuestra.

«Mientras más reflexiono, más me afirmo en la convicción de que el hombre y el animal piensan y raciocinan en virtud de una facultad que les es común, y que solamente se encuentra mucho más desarrollada en el primero que en el segundo.»

Bajo el punto de vista de la cuestión que tratamos de exponer, semejante testimonio es de grandísimo valor. Empero los partidarios del «Reino humano», no siempre han pensado del mismo modo, y los hay que todavía hacen esfuerzos por apuntalar el muro infranqueable de I. G. St. Hilaire, que hoy amenaza ruina por todas partes. Por eso nos vemos obligados á examinar los principales caracteres, sobre los cuales se ha querido apoyar la distinción radical entre el hombre y los animales.

Para Flourens, lo que distingue esencialmente al hombre de los animales, es que éstos carecen «de reflexión, facultad suprema que tiene el espíritu humano de replegarse y de conocerse á sí mismo.»

Para hacer de semejante facultad el carácter fundamental y absoluto de la humanidad es preciso, pues, que ese carácter sea universal, imperecedero, permanente; puesto que si desapareciera el hombre no sería hombre. Ahora bien; si la reflexión como la define Flourens, falta en los animales ¿es que ese conocimiento reflexivo del yo existe en las razas inferiores? Que la noción abstracta del derecho y del deber falte en los animales, lo aceptamos; pero no sabemos que ciertos pueblos no tienen ni siquiera una palabra cuyo sentido se acerque algún tanto á esas cosas?

Se ha dicho también que el animal no podía ser inteligente porque no tiene el sentido íntimo, la conciencia, y que sólo el hombre tiene la razón, que él solo es capaz de hacer un razonamiento. «En los animales, dice Quatrefages, lo mismo que en el hombre el sentido íntimo, la conciencia nunca se revela al exterior por ningún movimiento especial característico. Por consiguiente, solo interpretando esos movimientos y juzgándolos en nosotros mismos es como únicamente podemos formarnos una idea de los móviles que hacen actuar al animal; y sólo procediendo de esa manera es como parece imposible que no se conceda á los animales, hasta cierto punto, la conciencia de sus actos.»

Abundan los hechos, y sin renovar aquí el clásico recuerdo de los zorros que los Tracios enviaban por delante para sondear la resistencia del hielo, nos limitaremos á citar un hecho relatado por G. Pouchet; (3).

«¿Quién no ha visto, dice, un grupo de hormigas arrastrando con grandes esfuerzos una ala de coleóptero, hacia su madriguera? Como la puerta es demasiado pequeña no puede entrar el ala. Las trabajadoras la abandonan por un instante; echan abajo un pedazo de pared y recomienzan sus tentativas. Las unas empujan hacia afuera, las otras tiran hacia adentro; inútiles esfuerzos! El magnífico resto que servirá para construir todo un techo, no entra todavía; se le abandona de nuevo, se aumenta la brecha, y el ala desaparece»

ce, en fin, en el subterráneo donde será quizá necesario tumbar diez tabiques para llevar al lugar conveniente.

Una vez que ha entrado el ala se reconstituyen las paredes y se devuelven á la puerta sus primitivas dimensiones.

También se ha aceptado como la característica humana, la perfectibilidad. No hay duda que si nos tomamos como ejemplo, nosotros Aryanos, los animales parecen ofrecernos una ineptitud completa para el perfeccionamiento. Pero que se tome por punto de comparación á un Bochisman, á un Australiano, á un Tasmaniano, y que se nos diga si son tan sensibles las diferencias. Si; en ese movimiento de rápido progreso que nos arrastra, el Bochisman nos aparece tan inmóvil como el animal.

Se ha dicho también, que sólo el hombre tenía necesidad de lo superfluo. Que nos baste con citar el hecho tomado de Broca (1), de aquel joven Australiano, que educado en Europa, y cubierto con los trajes del día, no encontraba nada de más agradable que era sentarse á orillas de un camino, y quitarse toda la ropa, sin exceptuar hasta aquella que ninguno de nosotros cree superflua.

Ahora bien, después de haber pasado algunos años en Inglaterra, de habersele inculcado las mejores doctrinas, y dado cierto grado de instrucción, su primer cuidado una vez que volvió á su país, fué desearjar lejos de sí los oropeles de la civilización, y volver completamente desnudo á sus bosques.

Hasta se ha dicho, que sólo el hombre tenía esclavos. Nos parece en primer lugar que no hay en eso de qué jactarse; y hasta creemos que en esa vía hemos sido precedidos de los animales. Si; también los animales convierten en esclavos á sus semejantes (2).

Pierre Hubert describió ese hecho en la tarde del 17 de Junio de 1804, fecha memorable para las Ciencias naturales. Se paseaba por los alrededores de Ginebra entre cuatro y cinco de la tarde, cuando vió un rejimiento de grandes hormigas rojas que atravesaba el camino. Marchaban en buen orden con un frente de tres á cuatro pulgadas y la columna tenía de ocho á diez pies de fondo. Hubert las siguió, atravesó con ellas una cerca y se encontró en un prado.

Lo alto de la yerba dificultaba visiblemente la marcha del ejército; sin embargo, no se desbandó. Tenía su objeto, y lo alcanzó, que era llegar á un nido de otra especie de hormigas, de un negro ceniciento, cuya bóveda se destacaba sobre la yerba á veinte pasos de la cerca. Algunas negras cenicientas se hallaban al rededor del hormiguero.

Tan pronto como apercibieron al enemigo se lanzan sobre las extranjeras, mientras que otras van á llevar la alarma hasta lo más profundo de las galerías. Las sitiadas salen en masa: las asaltantes se precipitan y después de una corta pero muy encarnizada lucha rechazan á las negras cenicientas hasta el fondo de su madriguera.

Pierre Hubert había visto ya batallas y exterminaciones de hormigas; supuso que se degollaban en el interior del subterráneo. Cual no fué su sorpresa, cuando al cabo de tres ó cuatro minutos, vió salir á toda prisa á las asaltantes cada una de las cuales tenía entre sus mandíbulas una larva, ó una ninfa de la nación vencida! Las agresoras vuelven á tomar exactamente el mismo camino; por donde habían venido atraviesan la cerca, pasan por el mismo lugar, y se dirigen siempre cargadas con su botín hacia un campo de trigo en plena madurez, á donde el honrado ciudadano de Ginebra por respeto, por la propiedad ajena, tuvo el sentimiento de no poderlas seguir.

Esa expedición digna de los anales de la piratería berberisca, causa á Hubert una sorpresa fácil de comprender. Hizo investigaciones y con gran admiración descubrió que ciertos hormigueros estaban habitados en común por dos especies de hormigas formando dos castas. Designó á las unas con el nombre de hormigas amazonas ó legionarias, nombre muy análogo á su carácter marcial, dice, y las otras las llamó con mucha propiedad auxiliares; denominaciones mucho más exactas que las de esclavistas y esclavas que les da Darwin. Las amazonas no trabajan, su oficio es pelear y apoderarse de las larvas; las auxiliares se ocupan de todos los quehaceres del interior...

También se sabe hoy de un modo no menos cierto, desde la comunicación del profesor Ch. Lespès (3), en 1868, que entre los insectos que varias especies de hormigas hospedan en sus nidos, y con los cuales viven en buena inteligencia, se encuentra un género de coleópteros de la familia de los pelafios cuyo estudio ofrece detalles muy interesantes: son los clavigeros, pequeños insectos desprovistos de ojos y cuya forma es muy singular. Se sabe que las hormigas con las cuales viven les dan de comer de boca á boca y lamen á menudo un pincel de pelos que se encuentran en cada élitro: son verdaderos animales domésticos.

También se ha invocado como carácter propio del género humano el lenguaje. Que solo el hombre esté dotado de la palabra, lo concederemos. Pero el lenguaje es común al hombre y á los animales si es cierto que se le puede definir, dando á esa palabra su acepción más lata, «todo conjunto de signos de convención admitidos por dos inteligencias.» Ahora bien, ya no existe hoy la menor duda á ese respecto; también los animales tienen un lenguaje que les permite comunicarse una multitud de ideas á menudo muy complejas.

Se cita con frecuencia á ese respecto los monos aulladores del Brasil.

«Todos los días por la mañana y por la tarde, dice Margraaf, (4) los aulladores se reúnen en los bosques: uno de ellos se coloca en un sitio elevado, y con grandes gestos obtiene que los otros se sienten á su alrededor para escucharlo. Entonces comienza un discurso con voz tan alta y tan precipitada que al oírlo de lejos se creería que todos hablan á la vez, sin embargo, de que no lo hace nada más que uno, y mientras éste habla los otros permanecen en el mayor silencio.»

Permítasenos citar también con este motivo un detalle curioso de la historia del escarabajo sagrado.

La hembra, como todo el mundo sabe, cubre el huevo que acaba de poner con una pelota de abono, alimento de la larva

futura. Es necesario después trasportar esa bola á un lugar conveniente para enterrarla. El animal apoltona con sus patas posteriores, y si es necesario, levanta con la cabeza á ese mundo minúsculo en que los egipcios veían el emblema de sus mitos. Algunas veces el trayecto es bastante largo: la bola izada hasta la cima de un montículo cualquiera, va rodando por el otro lado, y entonces todo va perfectamente. Pero que se encuentre con un carril, ó con una depresión del terreno, entonces la preciosa bola cae en su fondo, y se perdería para siempre, si el escarabajo no tuviera para subir por las paredes cortadas á pico, más que sus propias fuerzas. En vano lucha y recomienza veinte veces el mismo trabajo: entonces parece abandonar su carga, alza el vuelo. Quedaos observando: al cabo de cierto tiempo vereis volver al insecto, pero no sólo ya, sino con dos, tres, cuatro ó cinco compañeros, que posándose todos en el lugar designado, unen sus esfuerzos, levantan la bola, y la ponen en camino. ¿Qué dijo el escarabajo á sus compañeros? ¿Cómo se hizo comprender? Es imposible en la actualidad responder á esa pregunta, pero lo que sí nos parece fuera de duda, es que el insecto tiene un lenguaje del cual no conocemos ni los signos ni los órganos (1).

No es pues, dice M. de Quatrefages, en los fenómenos que se relacionan con la inteligencia en donde se pueden encontrar las bases de una distinción fundamental entre el hombre y los animales.

Pero solo el hombre posee las dos facultades siguientes: 1.º La moralidad; 2.º La religiosidad.

La moralidad. Sería de desear, como dice Broca, que todos los hombres la poseyeran. En cuanto á eso hace, como ya lo hemos visto para la perfectibilidad, como lo veremos dentro de un momento para la religiosidad, el Ariano ha olvidado algún tanto los tipos inferiores de su especie! ¿Es cierto que los animales carezcan de sentido moral? Si admitimos que la moral es la ciencia del deber, y el deber lo que exigen del individuo los intereses generales de la sociedad, se puede afirmar con Bertillon (2), que no obstante la ignorancia en que estamos sobre las costumbres y la psicología de la mayor parte de los animales, y sobre todo de los que más se acercan á nosotros, como los grandes monos antropomorfos, la fidelidad en el deber, la virtud, la abnegación son sentimientos que los animales conocen perfectamente.

¿No vemos en los animales que viven en sociedad, á individuos prodigar á cada instante su personalidad en favor de la seguridad y de la ventaja social?

Se sabe, por ejemplo, que entre los monos cinocéfalos las funciones de centinela, mientras que la banda practica el saqueo, no están siempre exentas de peligro y que los que las desempeñan pagan con la vida su falta de vigilancia si los compañeros han sido sorprendidos. El hecho es, dice Kobbe, (3) á ese respecto, que si alguno de la banda ha sido muerto ó sorprendido antes que la centinela haya dado la señal, se oye luego un ruido y un escándalo furioso, tan pronto como se ha retirado hacia la montaña donde está el punto de reunión, y muy á menudo se encuentran algunos hechos pedazos. Se supone, agrega ese naturalista, que son los centinelas descuidados que han recibido su merecido castigo.

¿No es un hecho muy conocido de todos los cazadores de venado, que cuando se ha hallado la pista de un cervato y se ve éste perseguido por los perros, cuando el cansancio le obliga á desmayar en su fuga, sabe atraerlos al punto en donde ha de encontrar socorro; allí, con un salto violento, se precipita en la espesura, de donde sale otro cervato, que, lanzándose á su vez á la carrera, engaña á la trahilla amenazante, y se sustituye así con una voluntad y una abnegación heroicas en un amigo casi rendido por la persecución?

En esos hechos tan conocidos y que nadie pone en duda, ¿podrá uno dejar de descubrir la sumisión al deber, la abnegación? Y si es así, ¿no es legítimo concluir de allí que los sentimientos morales están desarrollados en los animales que viven en sociedad?

La religiosidad! Fácilmente se comprende que los límites de este trabajo no me permiten exponer en todos sus detalles, y menos todavía discutir un asunto de tanto interés. ¿Es cierto, como se pretende, que la religiosidad sea un hecho general é inseparable de la naturaleza del hombre? Por respetable que sea, los hechos, necesario es decirlo, ¿no apoyan de un modo irrefragable semejante opinión? ¿No vemos carecer de religiosidad no sólo á ciertos individuos, sino á pueblos enteros?

Todo el mundo ha leído, en las narraciones de los viajes del Doctor Livingstone, que la ausencia de ídolos y de toda idea religiosa, es un fenómeno psíquico común á los cafres, á los bochisman, á los bechuanas, y que no sólo están desprovistos de ideas religiosas, sino que ni siquiera las conciben.

«Esos pobres paganos, dice el ilustre misionero, nos dan siempre una buena acogida, oyen nuestras palabras con atención, con respeto, pero cuando nos ponemos de rodillas para rezarle á un sér invisible, les parecemos tan ridículos, tan insensatos, que se apodera de ellos una risa inextinguible.»

«Estaba presente, dice, cuando un misionero trató de cantar un himno en medio de una reunión de bechuanas, para quien la música, como las oraciones, es desconocida.»

«La hilaridad del auditorio fué tan grande, que las lágrimas corrían por su mejilla. Todas sus facultades están absorbidas por la necesidad del cuerpo, y siempre ha sido lo mismo desde que existe esa raza.»

Pero encontraríamos, aun sin salir de los países civilizados, hechos tan concluyentes como ese.

Permítanos el lector, por lo tanto, no insistir más en el asunto; pero no podemos menos de preguntarnos con todos los adversarios del «Reino humano», si es posible establecer las grandes divisiones de la historia natural sobre una moralidad tan móvil como indeterminada.

Así, de todos los hechos expuestos sobre esa cuestión que no hemos hecho más que bosquejar, nos creemos con el derecho de proclamar la ley formulada por Flourens.

«Desde las bestias hasta el hombre, no hay más que una cadena de eslabones graduados.»

(1) Broca, Loc. cit.

(2) A. de Quatrefages, L. Espece humaine. Paris 1877.

(3) G. Pouchet, L'Instinct chez les Insectes, Revue des Deux Mondes, 1870.

(1) Broca, Loc. cit.

(2) G. Pouchet, Loc. cit. prima.

(3) Ch. Lespès, Sur la domestication des clavigers par les fourmis Bull de la Soc. d'Anth. t. III. 1868.

(4) Dict. d'hist. natur. d'Orbigny.

(1) G. Pouchet, Loc. cit.

(2) Bertillon, Sur la non-caractéristique du règne humain. Bull. de la Soc. d'anth. Paris.

(3) Kobbe, Voyage du Cap. T. III. Dict. Orbigny. art. Cynocephale.

Ante la deficiencia de las cualidades hasta ahora expuestas, para aceptar la separación del reino humano, dice Broca, si tuviéramos que proponer á nuestra vez una característica del hombre, diríamos que es el orgullo, y con ese motivo, citaremos una página elocuente del eminente antropólogo, con que daremos fin á este trabajo.

«Cuando el hombre, débil y miserable, errante y desnudo, sin industria y casi sin armas arrastraba penosamente, en medio de las selvas, su fámélica existencia, cuando luchaba uno y otro día con los grandes paquidermos de la época cuaternaria, cuando no tenía más asilo que las cavernas cuya posesión le era disputada por el grande oso fósil, no afectaba para con sus indómitos rivales el profundo desden con que hoy los trata. Trascurrieron siglos innumerables antes que hubiera obtenido bastante seguridad y pudiera disponer del tiempo suficiente para entregarse á las especulaciones metafísicas. Empero, convertido al fin en dueño absoluto de una parte de la tierra, se embriagó con su triunfo. Se proclamó rey de la creación: concluyó por convencerse de que todo había sido creado para él; los continentes y los mares, los animales y las plantas, el sol y la luna, todo, hasta esos millones de estrellas, mundos inmensos esparcidos por las profundidades de lo infinito; y no satisfecho con hacer girar el universo al rededor del grano de arena en que habita, ha llevado el orgullo hasta imponer al Creador su propia forma.» (1)

Henri Heine, en uno de sus poemas, nos muestra al oso viejo Atta-Troll dando, en una caverna de los Pirineos, lecciones de metafísica á su jóven prole. «Allá arriba, les dice, bajo esa bóveda tachonada de estrellas, y en un trono de oro, está el «Gran Oso» que dirige el Universo.»

«No hay en eso algo de nuestra propia historia? Es cierto que ya no vivimos en cavernas; pero nuestros antepasados las habitaron, y lo que nos parece presuntuoso en la boca de un oso, no lo es ménos en la nuestra. Seamos más modestos; seamos sobre todo más justos, para que nuestro amor propio de grandes señores no nos arrastre á insultar la pobre grey de los animales. Puesto que es nuestra razón el medio por el cual nos elevamos por encima de ellos, seamos más razonables, reconociéndoles una inteligencia que es bastante inferior á la nuestra para que nos haga sombra; y cuando el espectáculo de nuestra grandeza nos embriague hasta el punto de hacernos olvidar nuestra propia naturaleza, leamos y volvamos á leer el admirable capítulo que Montaigne ha titulado «La apología de Raimond Sebond.» Es la refutación anticipada de la doctrina del «Reino humano» y en él encontramos estas sábias palabras que me servirán de conclusión.

«Hay órdenes y grados, pero en el fondo es una misma naturaleza.»

DOCTOR LUIS MONTANÉ.

## AYALA.

### I

La patria está de luto. Uno de esos hombres privilegiados á quienes la naturaleza otorga con prodigiosa mano los dones del génio, y que, despues de brillar en la vida cual espléndidas apariciones, descendiendo á la tumba, dejando profunda é indeleble huella de su paso, acaba de morir. España ha perdido uno de los grandes ingenios que registra su historia. Ayala, el gran poeta que supo en nuestros días renovar las glorias de los dramáticos del siglo de oro, y que así se enseñoreaba de la escena, como pulsaba con inspirada mano la lira, ó lanzaba elocuentes acentos desde la tribuna, ha bajado al sepulcro en la fuerza de la vida, llorando con lágrimas amargas por cuantos aman las letras, por cuantos rinden al arte y á la belleza fervoroso culto, por cuantos se precian de buenos españoles.

En esta hora suprema á todos reúne en un solo sentimiento el lazo del dolor. Los que en vida fueron adversarios políticos de Ayala, los que, pensando de modo distinto que é en materia literaria, acaso censuraron sus obras, deponen sus preocupaciones ante la tumba y rinden al génio que acaba de morir el justo tributo de dolor y admiración. De aquella personalidad compleja, que á tan diversos fines consagró su actividad, sólo queda una cosa viva: el poeta, y en tanto que el político desciende al olvido, el autor dramático, el vate lírico penetra en el templo de la inmortalidad. Difícil es, en estos momentos, trazar con la perfección debida el retrato del grande hombre que la patria llora; que más dispuesto está el ánimo á sentir que á pensar ante la gravedad de la pérdida que experimentamos. Huérfana queda la española escena de uno de los ingenios que más la honraron con sus obras y con mayor acierto le trazaron el derrotero que debía recorrer; pierde la Academia Española uno de los miembros que con mejor derecho en ella se sentaron; la tribuna española, esa tribuna gloriosa en la que resuenan los acentos de los mejores oradores del mundo, ya no vibrará al eco de aquella elocuente voz, cuya tierna y conmovedora elegía á la muerte de la Reina Mercedes aún recuerdan con emoción todos los amantes de lo bello y todos los buenos corazones; y los numerosos y fieles amigos del gran poeta lloran sin consuelo la pérdida del que era en su íntimo trato tan afectuoso, ameno y agradable como saben cuantos tuvieron la fortuna de llamarse sus amigos. Ante tan triste cuadro el ánimo flaquea; pero fuerza es que la voluntad se sobreponga al dolor y que intentemos diseñar la imagen del grande hombre cuya muerte deploramos.

### II

La naturaleza fué generosa con Ayala. No contenta con darle el poderoso génio que en él alentaba; no contenta con hacerle él un gran poeta y un

orador distinguido, había encerrado aquel elevado espíritu en una bella forma material. Ayala era verdaderamente un hombre hermoso. Sobre un cuerpo recio y fornido, de bien desarrolladas formas, pero no muy esbelto, alzábase una cabeza que parecía trazada por la mano de un Velazquez. Cubriala oscura cabellera que en forma de melena servía de marco á un rostro lleno de expresión, en el que brillaban hermosos ojos, que ora parecían melancólicos, ora lanzaban miradas de fuego. Grandes, poblados y retorcidos bigotes y abundante perilla rodeaban una boca bien proporcionada, dando á la fisonomía un carácter que bien pudiera llamarse arcáico, pues recordaba los retratos que nos ha legado el siglo XVII; era aquella una cabeza artística, más propia de un apuesto caballero de la corte de los Felipes, que de un hijo del siglo XIX; una cabeza de artista y de poeta, llena de vida, de expresión y de nobleza, que á primera vista revelaba el alto espíritu que se ocultaba en ella.

Una imaginación rica y poderosa, unida á un claro y penetrante entendimiento, constituían la inteligencia de Ayala. Mas no pertenecía su imaginación al número de aquellas que se desbordan, á fuerza de inventiva, y que, no refrenadas por una razón serena, fácilmente tocan en los linderos de la locura. Otro tanto acontecía con la sensibilidad de Ayala. Nadie que conozca sus obras desconocerá que sabía sentir y expresar lo que sentía, y que los acentos de la pasión resonaban en sus producciones. Pero jamás confundió la expresión enérgica de las pasiones con los gritos salvajes de los apetitos, ni necesitó para expresarlas menospreciar los fueros del arte. El carácter distintivo del espíritu de Ayala, en cuanto se refleja en sus obras, es un feliz y armónico consorcio de todas las facultades, siempre encerradas en sus justos límites y sometidas á una razón serena que las dirige y regula. La sensibilidad, la fantasía y el entendimiento concurren armónicamente á la producción de sus obras, sin que ninguna predomine; y por eso no son concepciones delirantes como aquellas en que la imaginación prepondera, ni frías y artificiosas como las que el entendimiento, abandonado á sí mismo, crea, ni lloronas y falsamente sentimentales ó desordenadas, exageradas y violentas, como las que forja la sensibilidad cuando la razón no la gobierna.

De aquí el carácter armónico de la poesía de Ayala. De aquí aquella verdad, aquella sencillez, aquella inspiración serena, tan bien avenidas con la profundidad del pensamiento, la energía é intensidad del sentimiento y la poesía y belleza de la forma. No hay entre las obras maestras de Ayala ninguna que no haga pensar y sentir, ninguna en que no aparezca ante el contemplador el radiante espectáculo de la hermosura; y para ello no necesita el poeta desfigurar la realidad, exagerar los afectos, dislocar los caracteres ni apelar á forzados y artificiosos recursos ó dejarse llevar por una imaginación desbordada y frenética. Hay en la musa de Ayala algo de aquella serena belleza que tanto nos admira en la musa clásica.

### III

Prescindiendo del hombre político, del cual no pensamos ocuparnos, debemos estudiar á Ayala bajo tres aspectos distintos, á saber, como orador, como poeta lírico y como dramático. Inútil es decir que en concepto de dramático es como Ayala pasará á la historia; pero esto no es obstáculo para que nos ocupemos de él bajo los otros dos aspectos, antes de proceder á su estudio como una de las glorias de nuestro teatro.

Si las condiciones vocales de Ayala hubieran sido mejores, si hubiera tenido mayor facilidad y desembarazo para hablar, Ayala habría sido un gran orador. No le faltaba elocuencia en ocasiones: hablaba con singular corrección y pureza, y no sin intención y habilidad; y cuando algún poderoso sentimiento se apoderaba de su alma, rayaba á grande altura y su palabra se escuchaba con verdadero deleite. Su célebre discurso con ocasión de la muerte de la reina Mercedes es una obra maestra de sentimiento, de elocuencia y de poesía que basta para labrar la reputación de un orador.

Como poeta lírico, estaba á la altura de los mejores; y si su fama en este concepto no es mayor, débela á una condición de su carácter, que era acaso el mayor y más imperdonable de sus defectos. Nadie ignora que la apatía, la indolencia, la pereza incurable de Ayala rayaba en lo increíble. Aborrecía el trabajo con toda su alma, y en todos los cargos que ha ocupado en su vida pública, ha demostrado las extraordinarias proporciones de su holgazanería. De aquí su escasa fecundidad, de aquí lo poco abundante de su repertorio teatral, y de aquí, por tanto, el corto número de composiciones líricas que ha dejado. Hacélas indudablemente por algún compromiso ineludible ó en alguno de los raros momentos en que se sentía en disposición de trabajar. Pero con ser tan escasas, son más que suficientes para asegurarle eminente puesto entre nuestros líricos.

A nuestro juicio, el lírico contemporáneo á quien más se parece Ayala, es Nuñez de Arce. Los dos pulsan la misma lira: una lira de bronce, de la cual brotan enérgicos y grandiosos sonidos, pero que tiene cierta cuerda que produce á veces tiernos y delicados acentos. Hay en ambos la misma energía y la misma feliz concentración del pensamiento en unos cuantos versos, que, con cuatro rasgos briosos, dicen más que un poema entero.

El soneto es el género que más ha cultivado y en que más se distinguió Ayala. Todo el mundo

conoce algunos de estos sonetos, que siempre encierran un pensamiento elevado y profundo, desarrollado en versos llenos de energía, trazados con vigorosa mano y de forma verdaderamente escultural. Puede decirse que Ayala compite (cuando no aventaja), á nuestros más esclarecidos sonetistas, y que al leer uno de sus sonetos, parecemos escuchar la voz de alguno de los grandes poetas del siglo de oro.

Tal era Ayala como orador y poeta lírico. Veámosle ahora en el verdadero terreno de sus triunfos; ocupémos del gran dramático, cuya pérdida llorará siempre la española escena.

### IV

Cuando Ayala se dedicó al teatro, hallábase éste en un período de crisis y de transición que quizá no ha terminado todavía. El movimiento romántico había terminado ya. Aquella revolución había realizado su verdadero fin, que era emancipar el arte de las trabas del clasicismo, proclamar el principio liberal en materia artística, y abrir á la inspiración nuevos horizontes con la resurrección de los ideales de la Edad Media. Como acontece en todas las revoluciones, el movimiento reformista había traspasado sus límites naturales, y la exageración demagógica desacreditaba la revolución y producía el movimiento natural de reacción que á los trastornos revolucionarios sigue. Las gentes pensadoras y sensatas distinguían en el romanticismo lo que era reforma necesaria de lo que tenía el mero carácter de exageración del momento, y el romanticismo, considerado como escuela, tenía forzosamente que desaparecer.

Y así sucedió, en efecto. Quedó del movimiento romántico lo que debía quedar: la ruina definitiva y completa de la escuela clásica, el principio de la libertad del arte, la necesidad de que el artista busque su inspiración, no en antiguos modelos ni en reglas escolásticas, sino en el espectáculo de la realidad viviente y en la libre actividad de su espíritu. Lo demás pasó: las leyendas fantásticas, los dramas tremebundos, productos de imaginaciones desbordadas, extraños á toda realidad, dejaron de estar en moda, y aquellos adalides del romanticismo, que con donosa pluma retrató *El Curioso Parlante*, recortaron sus luengas melancías, restablecieron el abolido cuello de la camisa y renunciaron á hablar del *feudal castillo*, la *hela-da tumba* y el *negro capuz*.

Pero el clasicismo no renació de sus cenizas, y el arte literario quedó por el momento sin ideal definitivo. ¿Qué nueva escuela sustituiría á las dos rivales ya extinguidas? Hé aquí el problema que desde entonces quedó planteado y no se ha resuelto todavía por completo.

Poco á poco se fué marcando una tendencia conciliadora, una especie de término medio, que tendía á colocarse entre los extremos clásico y romántico, aunque con cierta inclinación á éste último. Comenzábase á comprender que el teatro no puede ser una creación puramente fantástica, sino que debiendo representar el aspecto dramático de la vida de los hombres, ha de inspirarse en la realidad, retratando fielmente los hechos del pasado, cuando la obra dramática es histórica, y pintando las pasiones, los intereses y las costumbres del presente, ora en su aspecto trágico ó dramático, ora en el cómico, sin exageraciones ni inverosimilitudes; pero también con amplia libertad. Por tales caminos suavizáronse las asperezas del drama romántico, desarrollóse en la escena el género histórico, y cobraron vida la comedia y el drama de caracteres y costumbres, tan poco conocidos y estimados por románticos y clásicos.

Breton de los Herreros, Rodríguez Rubí, Ventura de la Vega desarrollaron estas nuevas direcciones de nuestro teatro en el género cómico, en tanto que Hartzenbusch, García Gutiérrez y Tamayo modificaban el drama romántico y le despojaban de sus exageraciones. Pero aún faltaba algo. El drama de costumbres contemporáneas, el que había de retratar la sociedad presente, planteando los problemas del orden moral que la preocupan, y atendiendo tanto ó más al estudio psicológico de los caracteres que al desarrollo de la intriga, exigía ser cultivado por autores de verdadera talla, y á cumplir esta exigencia vino el gran poeta que se llamó D. Adelardo Lopez de Ayala.

Este género fué el predilecto de Ayala y el verdadero campo de sus triunfos. A él le llamaban, por otra parte, sus aptitudes. Como anteriormente hemos indicado, había en Ayala cierta serena armonía de las facultades artísticas, que no le permitía entregarse á los arrebatos de la pasión, ni extraviarse por los campos de la fantasía. El génio de Ayala no tenía la talla colosal de un Shakespeare ó un Calderón. Las grandes concepciones trágicas eran extrañas á su carácter, y acaso superiores á sus fuerzas, y gustaba de mantenerse en el terreno del drama y la comedia, sin remontarse á aquellas alturas. Mas no ha de creerse por esto que Ayala carecía de génio. Manifiéstase éste en todas las esferas del arte, en todos los géneros de la literatura, y no es condición precisa, para que un autor dramático sea considerado como génio, que sus obras tengan las proporciones titánicas de un drama de Shakespeare ó Calderón, ó una tragedia de Esquilo. Arrancar á la realidad afectos, caracteres y situaciones dramáticas, tan llenos de verdad y de vida, como los que figuran en las obras maestras de Ayala; unir en bien concertado consorcio lo real y lo ideal, la poesía y la verdad; obtener con recursos naturales y sencillos prodigiosos efectos; llevar á la escena, dentro

(1) Broca. Loc. cit.

de los límites de lo real, un drama lleno de interés, poesía y emoción, es verdaderamente obra de genio, siquiera éste no sea de la talla de los que producen esas creaciones gigantescas, que son el más alto punto á que puede llegar la musa dramática.

A Ayala hay que juzgarle, por tanto, dentro del género que cultivó. En él no ha tenido rival en nuestros días. Si en el drama histórico y en el género trágico nadie aventaja á esos grandes maestros que se llaman el duque de Rivas, Hartzenbusch, García Gutiérrez, Zorrilla y Tamayo; si en el cómico nadie compite con Breton de los Herberos, Ventura de la Vega y Narciso Serra, en el drama de caracteres y de costumbres, en el drama que pudiera llamarse psicológico-social, ningún autor español contemporáneo (y los ha habido y hay muy estimables) podrá disputar con derecho la palma á Ayala. El poeta á quien se deben *El Tejado de vidrio*, *El tanto por ciento* y *Consuelo*, no tiene que envidiar á nadie en esta esfera del arte dramático de nuestros días.

## V

Como antes hemos dicho, la incurable indolencia de Ayala ha sido causa de que su repertorio sea muy escaso en producciones, y de todas ellas sólo tres pueden considerarse como obras maestras. Prescindiendo de los libretos de zarzuela, tributos rendidos á la moda, y aunque bellamente escritos, inferiores al resto de sus obras, y dejando á un lado otras producciones de indudable mérito, pero que no pueden considerarse de primer orden, debemos declarar que los verdaderos títulos de Ayala ante la posteridad serán, á no dudarlo, *El tejado de vidrio*, *El tanto por ciento* y *Consuelo*, singularmente el segundo, que es la mejor de todas las obras del eminente poeta.

Si se nos preguntara qué debe ser en el teatro el arte realista, en el buen sentido de la palabra, contestaríamos señalando como modelo los dramas de Ayala. No diremos que no haya en ellos tal cual inverosimilitud de detalle, porque no hay en el arte obra perfecta; pero considerados en conjunto son fidelísimos cuadros de la naturaleza y vida de los hombres. Todos hemos hallado en nuestro camino aquellos personajes, y al verlos en las tablas los saludamos como á antiguos conocidos que nos aparecen, merced al genio del poeta, tales como eran, pero embellecidos é idealizados por el arte. Las pasiones que los agitan, los afectos que los mueven, los intereses que los impulsan, alientan en todos los hombres y no son casos patológicos de la vida espiritual, ni manifestaciones de la locura, sino fenómenos que observamos todos los días. Y hé aquí en lo que consiste el principal mérito de Ayala: en conseguir efectos dramáticos y llevar la emoción al ánimo del espectador, sin traspasar la esfera de lo común y ordinario de la vida y manejando los elementos y recursos más llanos y sencillos.

Y no ha de creerse por esto que el drama de Ayala es vulgar y frío. Léjos de ser así, siempre obedecen sus producciones á un pensamiento elevado y entrañan poderoso sentimiento y grandiosa inspiración. Dentro de lo meramente dramático pocos conflictos y situaciones hay tan interesantes como los que se hallan en *El tejado de vidrio* y *El tanto por ciento*. El segundo acto de esta obra es por sí sólo un drama admirable, y el final de *Consuelo*, en medio de su sencillez, que para los que nada saben de arte es frialdad, es una verdadera tragedia. Y por lo que á la expresión del sentimiento y á la verdad en la pintura de los afectos y estados del ánimo respecta, el que ha escrito la última escena del acto segundo de *El tanto por ciento*, y el incomparable monólogo de Fernando en *Consuelo*, no necesita para nada de la defensa de la crítica.

En lo que puede llamarse el arte de componer un drama, ó lo que es igual, en el plan, desarrollo y marcha de la acción, pocos compiten con Ayala. Todo en sus obras está justificado y bien conducido, y sería en extremo difícil hallar en ellas una situación mal preparada, un efecto forzado ó artificioso, ó una falta grave de lógica ó verosimilitud. La acción camina siempre tranquila y naturalmente por sus pasos contados hasta donde debe llegar, sin que nada se violente para conseguirlo, resultando por ende tan natural y posible como cualquiera de los sucesos que presenciemos todos los días.

Respecto de la forma de los dramas de Ayala, todo elogio es poco. Ayala es acaso el poeta contemporáneo que mejor ha comprendido lo que debe ser el diálogo dramático. El lirismo, ese escollo en que tropiezan casi sin excepción nuestros dramaturgos, aún los mejores, esa sirena fascinadora que les atrae al abismo brindándoles con el cebo de un fácil aplauso, no ha apartado á Ayala del recto camino. Su dominio de la lengua y versificación castellanas, su penetrante ingenio, su esquisito gusto y su natural discreción le dieron elementos suficientes para crearse un lenguaje, á la vez natural y verdadero y lleno de inspiración y poesía. Cuál era el secreto de este procedimiento, no es fácil averiguarlo; pero es lo cierto que leyendo despacio y con atención una obra de Ayala, es raro encontrar esas repetidas imágenes, metáforas y comparaciones, esas tiradas musicales de versos pomposos, esas frases afectadas y declamatorias á que apelan casi siempre nuestros dramáticos. Pero aquel lenguaje, sencillo, familiar, que casi parece prosa, encierra mundos de poesía

y de belleza, y se escucha con gratísimo deleite. Aquel diálogo elegantísimo, animado, vivo, lleno de color y escrito en el más puro y castizo castellano, en el cual no hay palabra que huelgue, ni frase que no tenga verdadero valor, y que esmaltan á cada paso pensamientos de primer orden y rasgos de sentimiento que conmueven y suspenden, es de lo más bello que en nuestro teatro existe, y recuerda á cada paso los vibrantes acentos de la musa que inspiraba á los grandes genios de nuestro siglo de oro.

Por tales procedimientos y caminos, realizó Ayala su misión en el arte, que no era otra que trazar el modelo del moderno drama de costumbres, abandonando lo mismo la escuela romántica que la clásica, renovando en lo que de bueno tiene la tradición dramática española, y realizando en lo que de legítimo hay en ellas las doctrinas del realismo. Siguiéronle y le siguen todavía por este camino insignes poetas, algunos de los cuales, aplicando estos procedimientos al género histórico y á los dramas de carácter trágico, remataron la empresa de dar forma aceptable al drama romántico. Testigos de ello son los dramas de García Gutiérrez en su segunda época, los de Tamayo, el mayor de nuestros trágicos modernos, y los de otros varios y justamente renombrados autores. El movimiento neo-romántico y pseudo-realista, iniciado á deshora por la escuela del Sr. Echegaray, ha sido obstáculo no pequeño para que nuestra literatura dramática siga por estos bien encaminados senderos, y ha traído hondas perturbaciones á la española escena. Pero los buenos principios y sanas tradiciones de que fué representante Ayala en el drama de costumbres, y lo son Tamayo, García Gutiérrez y Hartzenbusch en el romántico, en el histórico y en la tragedia, prevalecerán al cabo, porque en el arte, como en la política, si pudieron triunfar por un momento, jamás causaron estado las demagogías.

MANUEL DE LA REVILLA.

## EL TRABAJO EN CUBA.

### I

El más importante de los problemas que hoy preocupan á todos los españoles de Europa y América, y que tiene el privilegio de absorber casi por completo la atención de los hombres ilustrados, previsores y prudentes, es el de las reformas de Cuba. Alejados por cerca de medio siglo los cubanos de los demás españoles por la injustísima exclusión á que los condenaron los legisladores liberales de 1837, sus clamores no pasaron el Atlántico sino á modo de confuso y vago rumor, anuncio de lejana tempestad, que venía á perderse en la atmósfera densa de nuestras agitados luchas y de nuestras convulsiones políticas.

Acaso, si en algunos de los breves períodos en que aparecían en la Península ciertos fugaces destellos del espíritu liberal, que laboriosamente se abrían paso en medio de sombras tradicionales; acaso, si en esos momentos, la verdad de las angustias y dolores que en las Antillas se sentían hubiese podido llegar hasta las esferas del poder, y mostrar la gravedad del peligro, con la evidencia de los males que las aquejaban; acaso entonces se habría podido responder y acudir con el remedio de la justicia á los quejidos de la desgracia.

Pero no era posible que la verdad llegase hasta Europa; una serie interminable de tristes acontecimientos explicaría y demostraría, si en esta cuestión hubiéramos de ocuparnos, cómo las voces y protestas del pueblo vejado y oprimido sin piedad fueron siempre ahogadas por el funesto sistema de arbitrariedad y persecución que recibía sus inspiraciones en el interés particular de explotadores, traficantes y criminales negreros.

Ningún aliado es más necesario á la inmoralidad, al lucro infame y á la codicia insaciable, que el silencio; y por eso la política del silencio es siempre compañera y como condición esencial de la injusticia, é impera allí en donde la opresión se impone como hija del cálculo frío y del menguado interés de negociantes. No podían, pues, conocerse en España las necesidades verdaderas de Cuba, ni las aspiraciones justas y legítimas de aquel pueblo, desde que la representación en el Parlamento le fué negada, porque ella hubiera sido la única manera de exponer la verdad, sin el peligro de la persecución.

La caldera se cargaba de vapor, y el grado de tensión crecía rápidamente, sin que se abriese una sola válvula para desahogarla; la situación se hacía cada día más grave y peligrosa; á intervalos se sentían algunos estremecimientos, que no eran, sin embargo, bastantes para intimidar á los ciegos é ignorantes; y todo presagiaba una grande y espantosa catástrofe. No faltaron, no, hombres ilustres y previsores que la anunciaron y pidieron con energía y elocuencia el remedio: á ellos, en primer término, se debe la esperanza que, como estrella fugaz, brilló un momento en aquella oscuridad que envolvía á Cuba: esa esperanza, que se llamó Junta de información de 1866, alentó los espíritus, tranquilizó los ánimos un tanto. Se dijo entonces la verdad con entereza y con valor, con ilustración y verdadero patriotismo... ¿Y qué pasó? Que sus consejos fueron desoídos; que sus trabajos fueron inútiles; que sus advertencias no se aprovecharon; que los peligros que anunciaron en ella se creyeron imaginarios; y para decirlo de una

vez, que, perdida la esperanza, apagada la única luz que pareciera en los horizontes de Cuba, volvió á cubrirse con sus sombras densas la noche tormentosa de la desgracia.

La catástrofe ya era inevitable: estalló la guerra, y con ella vinieron los horrores, la miseria de la situación actual, que es por todo extremo aflictiva; y que demanda resoluciones prontas, energéticas y decisivas. Todo aplazamiento la complica y agrava; toda solución empírica es funesta hoy; y toda vacilación, toda duda, serán gérmenes de nuevas discordias y de ruina y desolación.

Entre las varias cuestiones que se ofrecen en los momentos presentes á la consideración y examen de los hombres pensadores, es, sin duda, la más grave, la más importante y trascendental, la transformación del trabajo en Cuba. Porque ya, felizmente, no hay quien piense en la subsistencia de la esclavitud; y si algunos temerarios, tan torpes como insensatos, intentan cándidamente mistificar la libertad de los actuales esclavos con artificios más ó menos ingeniosos, tanto peor para ellos, porque, vencidos por una necesidad superior á todo poder humano, caerán muy pronto envueltos en el ridículo de su impotencia, y cubiertos de vergüenza y de descrédito á los ojos de todo el mundo. La libertad de los negros que cultivan los campos de Cuba, es, pues, un hecho; y hemos de tomar este hecho como punto de partida de las ligeras observaciones que vamos á exponer en estos artículos.

Este grande acontecimiento no vá solamente á cambiar la condición del hombre, reintegrándole en sus sacratísimos derechos, hasta aquí violados por la maldad y la codicia; vá á conmover profundamente las bases falsas sobre las cuales, como por obra de artificio, se ha levantado, y aun parece sostenerse, el régimen social, administrativo y político de la Isla de Cuba; y al caer en pedruzcos todo lo que allí se fundaba sobre la explotación del esclavo, han de desaparecer y sepultarse entre sus escombros los elementos que constituían su anterior modo de existencia, y han de ser sustituidos por otros que, estando en armonía con la condición nueva que la libertad crea, también lo estén con las leyes del progreso y con las necesidades de nuestra época.

Es importante que en este punto esencial se fije la atención; porque si no se sube á los orígenes del mal, si no se siguen con cuidado todos sus desenvolvimientos, es imposible atacarlo con acierto. Nació en Cuba la agricultura, como en las demás regiones descubiertas por nuestros audaces navegantes, en circunstancias especiales, hijas unas del atraso y la ignorancia de los tiempos, y otras del afán inmoderado de explotación, que siempre señala los primeros días de las conquistas; inmensos territorios, vastísimas campiñas, terrenos de feracidad incomparable y todos los riquísimos dones con que la Providencia quiso favorecer aquella tierra, marcaron el camino de la fortuna y de la opulencia á los antiguos pobladores; para alcanzarla no necesitaban los recursos de la ciencia ni los esfuerzos de la inteligencia; bastábales la fuerza bruta como medio de producción; y á cubrir esa necesidad vino la esclavitud.

El campo parecía no tener límites conocidos; y el elemento del trabajo no debía tampoco tenerlos en buena lógica de explotación; esto era natural, por más que parezca horrible. En Africa estaba el inmenso depósito para saciar las más exigentes aspiraciones. ¿Qué más se podía apetecer? Tenían tierra, mucha tierra, que jamás para ellos se acabaría; no importaba devastarla; había siempre más. ¡Adelante! Tenían brazos que trabajaban, y trabajaban sin murmurar; morían estos en la lucha, se estenuaban sus fuerzas, se producían bajas; nada, la corriente de Africa á Cuba no se agotaba jamás... ¡Adelante!...

Las riquezas así alcanzadas eran inmensas; todos de ellas se beneficiaban, así los particulares como el Estado, que obtenía de esa suerte rendimientos fabulosos; el oro no cabía en las arcas reales, y eso que todavía hay quien se atreva á llamar prosperidad, pareció por mucho tiempo el colmo de la dicha y de la ventura. En tanto, ni la conciencia les hacía oír sus protestas contra tanta iniquidad, ni la ciencia les enseñaba las leyes y los principios que ya iban dirigiendo en el mundo culto procedimientos agrícolas que aseguraban á los pueblos verdadera prosperidad. Ni podía ser de otra suerte: la conciencia no alzaba la voz, cuando nuestras piadosas autoridades eclesiásticas decían: «*habiendo Dios nuestro Señor dado tanta felicidad á los negros bozales que vienen á esta isla entre cristianos etc.*», en vez de condenar el tráfico como un atentado; la ciencia no encontraba acogida allí en donde no se había de admitir el trabajo libre, inteligente y retribuido, como base fundamental de sus procedimientos.

No cabe dudarlo: el crimen y la ignorancia han venido siendo, desde los comienzos de la vida de Cuba, la base de una producción que ha llevado entre sus elementos constitutivos la sangre, el sudor, la vida de generaciones enteras de esclavos, inmolados á una codicia nunca satisfecha.

Y como á la Hacienda reportaba inmensos beneficios ese estado de cosas, ni el crimen era condenado ni perseguido, ni la ignorancia se combatía con las luces del progreso. De ahí esa sorprendente y extraña alianza que los negociantes, los negreros, los explotadores de la tierra y de los hombres hicieron frecuentemente con torpes, ciegos y mal aconsejados gobernantes. Algunas veces, es verdad, la iniciativa individual acometía,

guiada por instintos progresivos, ciertos ensayos y ciertas reformas aisladas; pero siempre se estrellaban esos generosos e ilustrados propósitos contra obstáculos invencibles, ora procedentes de la clase y condicion de los trabajadores, ora de una administración apegada rícidamente á tradiciones refractarias á todo mejoramiento en el orden del trabajo. No hemos hecho alto en uno de los momentos más importantes de la historia de Cuba: cuando, por virtud del tratado de 1817, quedó *legalmente* abolida la trata; y no lo hemos hecho, porque la eficacia práctica de ese tratado en Cuba fué tan escasa, la persecución tan *perezosa* (por muchas causas que no queremos examinar), que no se intimidaron por él los traficantes y mercaderes de negros, y con pocas variaciones siguió el trabajo los mismos derroteros que la tradición le había señalado en épocas anteriores. Y esta es verdad tan clara, que no hace muchos días confesó en pleno Parlamento un ministro (el de Ultramar) que la mayor parte de los negros de Cuba hoy son naturales de África. En vez de aprovechar aquel momento para emprender resueltamente la vía de las reformas, y de preparar una transformación reclamada por las circunstancias de la época, se perseveró en todos los errores de una administración inspirada en la esclavitud, fuente y origen del atraso incorregible de la agricultura cubana.

Necesitamos aproximarnos mucho á los presentes días para ver abolida *de hecho* la trata africana, y cortada para siempre la corriente que alimentó y sostuvo por más de tres siglos el trabajo forzado en Cuba; y para alcanzar ese fin tan anhelado, fué preciso que la opinión pública, el interés general y los clamores que partían de todos los puntos del mundo, contuviesen é impusiesen á los miserables que aún se dedicaban al infame tráfico; que no se debió tan señalado bien á la acción oficial, contrariada por una inmoralidad crónica y por ciertas doctrinas de ponderación de razas, que no queremos siquiera apreciar.

Llegados á este punto, vemos ya planteado é impuesto el problema del trabajo en Cuba; no cabía ya eludirlo; la cuestión se presentaba en toda su importancia; era de vida ó muerte para la Antilla, cuya existencia depende exclusivamente de la agricultura. Comenzaban á escasear los brazos para el cultivo de los campos; la competencia en los mercados extranjeros se mostraba ya amenazadora y temible; los impuestos y el régimen arancelario, no permitían producir barato; los trasportes eran difíciles y costosísimos; las obras públicas estaban desatendidas; la insuficiencia de trabajadores esclavos sólo podía suplirse con el sacrificio de crecidos jornales; y para el pago de éstos, así como para los gastos de refacción, necesitaban los hacendados un capital de que carecían, y que sólo podían allegar pagando altísimos intereses é hipotecando sus más valiosas propiedades.

Entonces parecía que llegaba el caso de promover útiles reformas, que el país reclamaba, abaratando la producción, rebajando los derechos de arancel, obteniendo en justa reciprocidad análoga reducción en la república norte-americana, atrayendo inmigrantes de nuestra raza inteligente, protegiendo la instrucción pública, etc., etc.; haciendo, en fin, todo lo necesario para preparar la gran transformación que ya era inevitable. Pero no, no fué ese el criterio que prevaleció; tal era el apego á los errores y á la ignorancia del pasado, que no ocurrió otra solución más feliz que la inmigración asiática, como medio de conseguir jornal barato.

Así se pensó, sin duda, en continuar la aplicación del principio de equilibrio de razas; así se llevó á Cuba un elemento más de antagonismo; así se difundió por sus campos el crimen, la venganza, la alevosía que consternaron al país; así, en fin, y como resultado de la subsistencia del régimen anterior social, económico y político, vió la Isla alejarse la esperanza de inmigración blanca; y continuó y se ha prolongado hasta hoy el primitivo sistema funesto de agricultura, porque otro no es posible si no se emprenden y se plantean con ánimo resuelto las indicadas reformas. Hoy, la cuestión magna del trabajo en Cuba aparece bajo otros aspectos; ahora se declara la libertad de los esclavos, y como dijimos al principio, esa libertad se impone, y será un hecho, á pesar de todas las mistificaciones que se intenten; ahora está la Isla de Cuba arruinada por una guerra desastrosa; ahora es un ilustre gobernante quien se une á los cubanos para pedir las reformas; ahora, en fin, la verdad se dirá toda entera en el seno de la Representación nacional. ¿Cómo se deberá plantear y en qué términos convendrá resolver hoy el problema del trabajo en la desgraciada Isla de Cuba? Dejamos esto para otro artículo.

B. PORTUONDO.

## UNA VISITA Á SANTIAGO DEL ARRABAL.

(TOLEDO.)

Hay una población en España en que no se puede dar un solo paso sin tropezar con algún rico monumento, con alguna artística joya de inestimable valor, histórico ó tradicional, que influyendo poderosamente sobre el ánimo del viajero asombrado ante tanta maravilla, arrebatada enseguida su espíritu á altas contemplaciones y le hace elevarse gradualmente del arte á la naturaleza y de la naturaleza á Dios: esta población es, sin disputa, Toledo, la vieja ciudad dormida á ori-

llas del Tajo que hoy descansa de un pasado glorioso absorba en sus recuerdos de grandeza.

—No dejes de visitar la iglesia de Santiago del Arrabal,—me había dicho un amigo al despedirme en la estación del Mediodía de Madrid, y con la imaginación sorprendida de encontrar tantas bellezas juntas, no quise abandonar la capital del reino visigodo sin cumplir antes una excitación que tanto y tanto me prometía con su laconismo, y una tarde, cuando el sol empezaba á declinar rápidamente al horizonte y las nubes orladas de grana y vermellón se agolpaban ante su paso para formar una especie de velo misterioso que cubriese los últimos resplandores del crepúsculo, me dirigí hácia la pequeña iglesia, seguro de encontrar en ella algún detalle artístico ó alguna vieja memoria tradicional que recreasen mi alma.

Así como las calles de la desenterrada Pompeya, sembradas de sepulcros, ofrecen sucesivamente una tras otra al curioso que las visita huellas visibles de una civilización ahogada bajo la lava del volcan, así en Toledo se presentan también á la atónita mirada del observador huellas sucesivas de la marcha del arte y de la historia á través de los siglos, aún palpitantes bajo la capa del tiempo. Bajé desde la antigua plaza del Zoco, testigo primero de las vistosas zambras y alegres torneos de los sectarios de Mahoma, y más tarde de los terribles espectáculos con que la Inquisición imponía á los católicos tibios por medio de la sangre y el terror un Dios de paz, de perdón y de misericordia. Dejé á mi espalda el *Miradero*, lanzando una ojeada á la estensa vega, á la verde campiña por la cual se desliza el Tajo, y allá, á lo lejos, ya semi-envueltas en las primeras brumas de la tarde, las viejas ruinas y derruidos torreones de los *Palacios de Galiana*, la mahometana princesa cantada en tantos romances y objeto de tantas trovas. Detivéme un momento ante la célebre *Puerta del Sol* con sus gallardas torres, que guarda tantos recuerdos y en que aún se distingue el eterno padron de infamia echado por D. Fernando III el Santo en 1219, sobre el nombre y linaje de D. Facundo Gonzalez, señor de Yegros, el libertino alcaide de Toledo; y pocos pasos más allá saludé con respeto el antiguo *Portillo de la Victoria*, por donde asegura la memoria popular que entró el rey Don Alfonso VI con todas sus huestes el 25 de Mayo de 1085 á tomar posesión de la rendida capital del reino toledano, y que condució á la histórica ermita del *Cristo de la Luz*, santo testigo de venerandas tradiciones.

Llegué, por fin, á mi punto de destino, á la Iglesia de *Santiago del Arrabal*, y antes de penetrar en su recinto me llamó sobre todo la atención su exterior, de puro estilo árabe, y la esbeltez de su vieja torre que se elevaba gallarda hasta el cielo, coronada su cúpula con el signo sagrado de la cruz. Al lado de la histórica *Puerta de Visagras*, fué fundada, según consta en antiguos documentos, por el rey Don Alfonso, conquistador de la ciudad, que al hacer labrar un nuevo muro que rodease la parte de Toledo comprendida entre este punto y el puente de Alcántara no quiso dejar á los habitantes de tan apartado barrio sin una iglesia en que pidiesen al Dios de las victorias su protección contra la turba mahometana.

Estas noticias, que me fueron dadas por un pobre anciano que se acercó á mí al verme contemplar en silencio el aspecto exterior de la arabesca torre, incitaron más poderosamente mi atención, pues la antigüedad rodea de una aureola de respeto todo aquello cuyo origen se pierde entre los pliegues de su manto. Por eso, después de abarcar en una ojeada los mil y mil preciosos detalles que reclaman exámen más detenido, entré en la Iglesia seguido de mi improvisado *cicerone*.

El templo estaba solitario. Mis pasos resonaban con fuerza en su desnudo pavimento y pude, por lo tanto, contemplarle á mi sabor. La arquitectura árabe que esteriormente le marcó con su sello, conserva también en su interior grandes y profundas huellas, á pesar de que el mal gusto que en el pasado siglo cometió tantos sacrilegos atentados contra el arte, le ha modificado considerablemente cubriendo con ciegos rasos su artesonado, que debía ser magnífico, á juzgar por antiguas descripciones. Sus tres naves, no muy espaciosas, son sin embargo, bastante capaces para contener los fieles que á ella acuden diariamente; el altar mayor está adornado con varias apreciables esculturas del siglo XVI; en los viejos retablos que adornan las paredes hay algunos relieves que, con justicia, atraen á sí la atención del inteligente.

Pero no fué esto lo que me hizo apreciar en todo su valor la recomendación de mi amigo; de tal manera ha sembrado el arte sus maravillas en Toledo, que en lo que en la población cualquiera sería para ella un justo título de admiración, pasa desapercibido en la ciudad de Carlos I. Ante la riqueza de detalles y majestad del conjunto de la catedral y San Juan de los Reyes; ante las mil muestras de la arquitectura gótica y árabe, en que dos razas tan diversas han dejado depositada la suma de su saber y de su gloria, ¿qué puede significar el valor artístico de un templo tan reducido como lo es Santiago del Arrabal?

No; lo que me impresionó más vivamente, lo que hizo latir más deprisa mi corazón, y arrebatando á lugares más altos mis ideas, me llevó á pedir á la historia el secreto de lo pasado, fué la vista de un hermoso púlpito, puramente árabe, con riquísimas labores de piedra blanca ó estuco sólido, que se conserva perfectamente, á pesar de que la mano ignorante que cubrió el artesonado del templo; llevó su mal gusto hasta blanquear esta preciosa obra, y enterrar sus lindísimas filigranas bajo lechos de cal amontonados unos sobre otros.

Dentro de este púlpito, que se halla arrimado á uno de los pilares de la nave central y casi frente á la puerta de entrada, álzase la figura de un monge en actitud de predicar, que, con un crucifijo en una mano, y la otra dirigida al cielo, parece exhortar á sus oyentes á que eleven al Sér Supremo sus pensamientos y su corazón.

Era tan nuevo para mí, y sobre todo tan inesperado, este espectáculo, que gran espacio de tiempo permanecí sin pronunciar una sola palabra, tratando de descifrar aquel enigma que se me ofrecía á mi consideración.

—¿Qué significa esto?—pregunté, por fin, volviéndome á mi anciano acompañante que presenciaba impávido mi asombro, como hombre acostumbrado á no ver nada de particu-

lar, en lo mismo que de tal modo y tan poderosamente llamaba en aquel momento mi atención.

—¿Esa talla?—me preguntó á su vez.—Representa,—añadió—á San Vicente Ferrer.

—¿Y cómo se encuentra aquí?

—Es una historia muy antigua, y de la que sólo queda el recuerdo fielmente conservado entre nosotros; pero nada más que el recuerdo. ¡Como que se remonta á muchos siglos; á un tiempo en que aún había judíos en España, y en que esa raza maldita robaba los hijos de los cristianos para matarlos después de hacerlos sufrir horriblemente y componer infernales sortilegios con su sangre.

—¿Y cual es esa historia?

—Dicen,—añadió mi interlocutor,—que hace muchos años, cuando todo el mundo se quejaba de las infamias de los israelitas, que ocupaban una gran parte de Toledo y eran cada vez más numerosos y más ricos, vino un día San Vicente Ferrer á nuestra ciudad y empezó sus predicaciones contra ese pueblo que se atrevió á poner sus manos en el mismo Dios, siendo escuchado con afán por nuestros mayores. Un día, en este mismo sitio y desde esa misma cátedra de verdad donde ahora ve Vd. su imágen, de tal manera los conmovió con el relato que hizo de los padecimientos de Jesús, que convencidos de que Dios no podía ver con buenos ojos, como vulgarmente se dice, la estancia entre nosotros de esos perros, cuya prosperidad cada vez mayor les parecía una ofensa á la religión del Crucificado, se amotinaron, y con el santo á la cabeza dieron buena cuenta de los eternos enemigos de nuestra ley santa y convirtieron en iglesia cristiana, bajo la advocación de San Benito, la Sinagoga principal, que ya habrá Vd. visto cerca del *Tránsito*, con el nombre de *Santa María la Blanca*.

Y fué tan profunda la huella que este feliz acontecimiento dejó en la memoria de los cristianos, que para conservar eternamente su recuerdo mandaron hacer la estatua del Santo en el acto de sus acaloradas predicaciones y colocarla dentro del púlpito, que ya nadie se atrevió á ocupar, fabricando en frente de él ese otro—y me mostraba uno bastante ordinario—que sirve desde entonces para las necesidades del culto. Y todos los años, el domingo anterior á la fiesta de la Asunción se llevaba á la antigua Sinagoga la estatua del Santo que en Iglesia cristiana lograra convertirla, arrancándosela á los judíos, con el poder de su palabra.—

Así dijo mi acompañante, y al oírle lo comprendí todo, y un tropel de recuerdos se agolpó á mi mente, y á mis ojos, como en sangriento panorama, pasaron brevemente las figuras y los sucesos evocados por su voz. Aquel templo que pisaba por vez primera, guardaba entre sus muros, bajo su cúpula arabesca, una página ensangrentada de esa historia escrita con lágrimas en el martirologio eterno de las ideas; aquella pequeña iglesia era un punto no más de esa línea continua que señala la marcha del progreso y de la civilización á través de las nieblas de la vida. El acento cascado de aquel viejo que por casualidad se me acercara al penetrar en el templo, había hecho surgir en mi mente el recuerdo triste y penoso de las horribles matanzas de judíos que mancharon la minoría de Don Enrique el Doliente.

La historia de los judíos durante toda la Edad Media debía estar escrita con sangre. Despreciados por los ricos que á ellos acudían en busca del oro que necesitaban para sus disipaciones, y aborrecidos de los cristianos celosos para quienes pesaba como un remordimiento la existencia del pueblo deicida; odiados además por los pobres que envidiaban su riqueza y por los ignorantes que envidiaban su saber; escarnecidos hasta por el miserable que en medio de su abyección y su miseria se creía superior á ellos y con derecho á manifestar siempre á las claras su superioridad, la existencia de los descendientes de Israel nada tenía de envidiable. Condenados desde el terrible drama del Calvario, no llevaban, sin embargo, como Cain un letrero que les preservara de la muerte, y las mismas leyes, reflejando las ideas de los hombres que las hicieron, los dejaban entregados á sí mismos y en el más culpable abandono.

Durante la dominación goda, Sisebuto obliga á bautizarse á todos los judíos de su reino; Wamba los expulsa de toda la Galia Gótica; Egica reúne un Concilio en que se acuerda declararlos á todos esclavos para que con la pobreza *sintiesen más el trabajo*, y arrebatáralos sus hijos á la edad de siete años, para educarlos en el cristianismo.

En el fuero de Sepúlveda, dado por Alfonso VI, el judío que mata á un cristiano es condenado á muerte y se le confiscan sus bienes; el cristiano que mata á un judío peca cien maravedis. Don Juan I, al tratar de poner coto, á solicitud del cabildo sevillano, á las violentas escitaciones del arcediano D. Hernando Martinez, que en Sevilla predicaba la matanza de aquellos infelices, declaraba *santo é bueno* el celo del predicador. En un concilio celebrado en Zamora, año 1413, se despojaba á los judíos de los pocos privilegios que á peso de oro habían obtenido de los reyes, porque—decía el concilio—los hebreos debían *ser mantenidos solamente porque eran omes*.

De aquí la facilidad con que el pueblo tomaba las armas contra los indefensos israelitas para derramar á torrentes su sangre y arrebatáralos de paso todas sus riquezas. No hay ejemplo, en toda la Edad Media, de una matanza de judíos que no fuese acompañada de un espantoso saqueo. Los asesinos, que creían servir la venganza del cielo, no descuidaban por lo visto, los intereses de la tierra; y al propio tiempo que creían ganar los goees más puros del espíritu, se procuraban con el robo los goees más groseros de la materia. Un célebre historiador de los judíos, cuyo testimonio no es en verdad sospechoso, D. José Amador de los Ríos, ha formado un cuadro de las matanzas llevadas á cabo, sólo en la Península, durante la Edad Media, y ese cuadro, en el cual se expresan las causas que sirvieron de pretexto á tan horribles hecatombes, es una elegía más elocuente que las lamentaciones del profeta. *Cuarenta y siete* veces en el espacio de *cuatro* siglos se desbordó el torrente popular; ¿quién podría contar el número de séres que arrastró en sus aguas? Más fácil sería reunir todas las lágrimas vertidas por las madres sobre los cadáveres de sus hijos asesinados; más fácil sería escuchar la armonía sublime de todos los ayes exhalados por tantos pechos inocentes, y que se unían y sonaban en el espacio como una eterna maldición á sus verdugos. Solo en el siglo XIV, desde 1321

á 1391, es decir, en el espacio de *setenta* años, se llevaron á cabo *veintisiete* atentados al derecho de gentes; *veintisiete* veces pudo el olor de la sangre vertida adormecer con sus miasmas repugnantes la sed de matanza de los fervorosos cristianos que de esta manera observaban las máximas de perdon y misericordia del fundador de su doctrina.

Los pretextos para estos crímenes se encontraban bien fácilmente; son tan pueriles, que sólo el odio de raza puede explicar que muchas veces causas muy naturales produjeran efectos tan terribles. La nueva de haber perdido los cristianos la batalla de Uclés, ocasionó en 1108 una matanza de judíos en Toledo; otra en Castrillo en 1109, la noticia de la muerte de Alfonso VI; otra, también en Toledo, en 1212, la reunión de las huestes cristianas que iban á dar el golpe supremo á los almohades en las Navas de Tolosa... El padre Feijóo nos ha conservado, en su *Teatro Crítico*, un hecho más espantoso todavía. Las gentes que pasaban una tarde ante un crucifijo en una calle de Lisboa, se detenían con asombro al ver que un resplandor extraño en forma de aureola parecía rodear el cuerpo del crucificado, y exclamaban ¡Milagro! á voz en grito. Acertó á pasar por allí un judío, que, al oír tan alegres acentos, se detuvo también, y á poco, dió en voz alta la explicación de aquel fenómeno á que los crédulos cristianos buscaban una causa sobrenatural: los últimos rayos del sol, al herir los cristales de una ventana, ante la cual se hallaba el crucifijo, envolvían á éste en una especie de foco luminoso. Al instante se arrojaron sobre él las gentes allí reunidas, y con grandes golpes, bien pronto terminaron con su vida; y desparramándose por toda la ciudad, — no contentos con esto, — y divulgando el hecho, acudieron en tropel á la judería á desahogar su infundado furor contra sus indefensos habitantes.

Otras veces se divulgaban contra ellos falsas noticias de crímenes supuestos, que no eran más que la chispa destinada á prender fuego á una mina de largo tiempo preparada. ¿Quién no conoce el cuento del niño robado á sus padres para ser crucificado en memoria de la crucifixión de Jesucristo, y con cuya sangre había de hacerse un sortilegio, que, envenenando el agua de los pozos, las fuentes y los arroyos, había de producir la muerte de todos los cristianos? Pocas poblaciones en España dejarán de tener su niño mártir, que, dado caso que hubiera existido, ha costado más víctimas á la humanidad que gotas de sangre se escaparon de sus heridas.

Y como todo el mundo los odiaba, en las luchas intestinas que desgarraban el país, tomaban ó no partido por uno ú otro de los contendientes, siempre tenían la seguridad de ser la víctima de los dos. Mientras en los campos de batalla morían los judíos leales á Don Pedro I de Castilla, doce mil de ellos eran sacrificados en las calles de Toledo por el bastardo Don Enrique, viendo antes de morir arrasadas sus viviendas y saqueada horriblemente la judería al resplandor de los incendios; y lo mismo que en Toledo sucedía en Nájera y Miranda de Ebro. Treinta años más tarde, cuando Don Juan I invade Portugal, deja en Lisboa, Evora y Coimbra, huellas de su paso tintas en sangre judía; é idéntica conducta observa el duque de Lancaster cuando al año siguiente, — 1386, — entra en Rivadavia á sostener los derechos de su esposa Doña Constanza á la corona de Castilla.

Pero el año terrible en toda esta serie de años que unos á otros se sucedían trayendo todos como ingénilo el odio á los judíos, fué el de 1391. Las historias judaicas no pueden recordarlo sin temblar, y al llegar á él rómese en pedazos el alma de los cronistas rabinos que no encuentran bastante llanto en sus ojos ni bastante amargura en su corazón para trazar el cuadro desolador que durante este tiempo presentan todas las provincias españolas. Las predicaciones iniciadas por el fanático arcediano de Ecija, la falta de acción de las leyes que se declaraban impotentes para remediar ó contener tales abusos, dieron bien pronto su fruto, fruto maldito que produjo tantos y tantos males. Sevilla dió la señal de las matanzas, dos veces en el mismo año, y Córdoba, Montoro, Andújar, Ubeda, Baeza, Jaen, Villareal, Huete, Cuenca, Búrgos, Valencia, Barcelona, Toledo, Lérida, Teruel, Palma, Palencia y Gerona, respondieron á su excitación. En todas partes había voces que ordenaban el exterminio de los hebreos, y oídos que escuchaban estas voces, y pensamientos que se inspiraban en el odio, y brazos que ponían en práctica los pensamientos abortados por las gentes fanatizadas por aquellas delirantes predicaciones. Causa horror el leer la descripción de estas salvajes algaradas aunque sean cristianas y católicas las plumas que las describan.

En 1492 acaban las persecuciones y tiene fin este funesto período, pero un fin digno de todo él. Cuando los Reyes Católicos se empeñaron en la guerra contra Granada, faltábales abastecedores y dinero para proseguir su empeño, y de tal modo acudieron á estas necesidades los judíos que— aún en opinión de los mismos escritores católicos— la guerra no hubiera podido hacerse sin su concurso. Ríndese Granada después de tantos sacrificios, y cuando los hebreos podían tener derecho á esperar alguna muestra de reconocimiento á sus servicios, conocidos de todos, dictan los Reyes su espantoso decreto de proscripción, por el cual expulsaban á todo un pueblo de los dominios españoles, y lo dictan desde la misma ciudad que no hubieran podido conquistar sin el auxilio de aquella raza infeliz cuyos esfuerzos son vanos para apartar de sus cabezas el rayo de la venganza. *Ciento setenta mil familias*—según los cálculos más aproximados— salieron espatriados de España, y fueron á llevar á extrañas tierras sus inteligencias y sus brazos, única cosa que pudieron sacar de su patria adoptiva, lo cual, según Amador de los Ríos, hizo exclamar á Bayaceto refiriéndose á Fernando V: «¿Y á esto me llamáis rey político que empobrece su patria enriqueciendo la nuestra? Y tan terribles consecuencias tuvo este decreto contra los pobres judíos rechazados de todas partes, que conmovido el mismo Pontífice, Clemente VIII, expidió una bula, de acuerdo con todo el Consistorio, en la cual brindaba asilo á los desterrados en los Estados pontificios, dándoles la seguridad de que se respetaría su culto... El jefe de la Iglesia, el vivo representante de la religión católica se mostraba menos celoso que los reyes de España en el exterminio de los judíos, decretado por aquellos para mayor gloria de Dios!...

Rápidamente pasó por mi imaginación este sombrío cuadro de la Edad Media, esta fúnebre historia envuelta en negros crespones, llevando así el luto de la humanidad, y, por una alucinación extraña de que aún no he podido darme

cuenta, al alzar nuevamente los ojos hacia el púlpito y encontrarme con la mirada ardiente del santo, al verle mostrando al pueblo el crucifijo con una mano y alzando al cielo la otra, parecióme asistir, mudo espectador, á una de esas tragedias horribles; á una matanza de judíos en la ciudad del Tajo, tal como la describe un escritor católico, el doctor D. Cristóbal Lozano, canónigo de la catedral de Toledo, en su estimable obra *Reyes Nuevos*, refiriéndose al año 1391:—«Andaba tan amotinado y desmandado el pueblo,—dice,—tan golosa la conciencia, tan acreditada la voz del predicador de que con buena conciencia podían robar y matar aquella gente, que sin respeto ni temor de jueces ni ministros, saqueaban, robaban, herían y mataban, que era pasmo. Cada ciudad fué una Troya aquel día. Las voces, los lamentos, los gemidos de los que sin culpa se veían arruinar y destruir, al paso que lastimaban á los que no eran en el hecho, incitaban á más rabia y más crueldad los dañadores; solo usaban de clemencia y reservaban las vidas y haciendas á los que querían ser cristianos y pedían á voces el bautismo.» Y más adelante añade:—«Las juderías quedaron destruidas. La de Toledo rematada del todo.»

Y en un momento me hallé envuelto en las sombras de la noche, rodeado por todas partes de seres humanos hacinados en monton los unos, corriendo los otros sin dirección ni rumbo, mezclando sus gemidos á los gritos de victoria de sus verdugos satisfechos. La madre estrechando convulsa en sus brazos al hijo de sus entrañas para precaver el golpe mortal destinado á herirle; el hijo dando su vida por defender la de su padre y prolongarla durante algunos instantes; el hermano queriendo inútilmente impedir la deshonra de su hermana... todo esto lo ví en torno mio, tomó forma para vivir un punto ante mis ojos agrandados por el terror, y bullía, latía, palpaba en aquel pequeño recinto herido ya por los últimos resplandores de la tarde.

Y delante de mí, en aquel mismo púlpito que atraía todas mis miradas, un hombre prometiendo las místicas delicias del Paraíso á los que cumplieran sus excitaciones, que el pueblo ignorante tomaba como órdenes dictadas por los labios del mismo Dios.

Poco á poco se fueron elevando mis ideas más y más, y ya no creí oír solamente los ayes de los judíos asesinados durante toda la Edad Media, sino también los de todas las víctimas de ese monstruo, que se apellida fanatismo. Y el aire parecía gemir, gemir y suspirar en torno mio, expresando las mayores angustias, los más grandes dolores de la vida.

Y levanté los ojos al cielo, como para pedir á la Fuerza Suprema que nos rige la razón de este desconcierto, y en el mismo instante, cuando las sombras de la noche invadían el recinto, y hacían ya difusos los objetos, la campana de la iglesia, como respondiendo á mis dudas, empezó á tañer de un modo triste, muy triste, que hizo asomar las lágrimas á mis ojos. Entablóse un diálogo extraño entre mi corazón y aquella campana misteriosa cuyos sonos cadenciosos llegaban hasta mí como bajando del cielo. Yo no podré traducir en palabras lo que creí oír en su monótono tañido, que caía como un dulce rocío sobre mi alma... el lenguaje es impotente para expresar mis sensaciones de aquel momento. Sólo sé que, sin poderlo remediar, fija siempre mi vista en el cielo, mis labios se movieron para murmurar una oración, se plegaron mis rodillas, y algo, como una música extraña, sin ritmo ni compás, pero llena de magia y armonía, sonaba melancólicamente en mis oídos...

Cuando volví en mí, estaba sólo. Mi acompañante se había retirado no queriendo, sin duda, turbar mis meditaciones, y en la parte exterior de la puerta, el sacristán agitaba su manajo de llaves para darme á entender que esperaba mi salida para cerrar las puertas de la iglesia. Dirigí mi última mirada á la estatua de San Vicente, y salí, llevando aún en mis oídos el eco de aquella voz de acentos indefinibles, que no pueden expresarse en palabras ni representarse en signos.

EUGENIO DE OLAVARRÍA Y HUARTE.

## LOS BUFONES EN INGLATERRA.

Los antiguos sajones, que invadieron á Inglaterra, llevaron consigo bardos, menestrales y juglares, y á los primeros les estimaban y aún reverenciaban mucho. Los bardos eran cronistas que recitaban historias en verso, y los había también teólogos y filósofos. Tenían la clave, ó por lo menos, el pueblo creía que la tenían, de muchos secretos de la tierra y del cielo. Esto duró hasta que los sajones adoptaron el cristianismo. El bardo, que hasta entonces había sido una especie de Dios, quedó reducido á la condición de mortal que cantaba por un estipendio. Algunos se dedicaron al cultivo de la poesía, otros á la música. Estos últimos eran los menestrales que cantaban en las fiestas y ceremonias. A otra clase más inferior pertenecía el menestral ambulante que ejercía su vocación para ganar su vida: cantaba, tocaba, bailaba y hacía juegos de manos para divertir á la sociedad de los señores en cuya casa entraba. Cuéntase de San Adelmo que para tener oyentes se disfrazaba de menestral; con el arpa en la mano, se detenía en una encrucijada ó al extremo de un puente y tocaba y cantaba canciones populares sobre asuntos conocidos. En breve reunió un numeroso auditorio, y luego que le tenía bastante atento á sus canciones, iba gradualmente mudando de asunto y llegaba á predicar á sus oyentes el cristianismo, consiguiendo muchas veces tan buen éxito con sus sermones como con las canciones populares.

Con el tiempo, las palabras menestral y bufón vinieron á ser sinónimas. Cuéntase que el fiel Blondel de Nesle, menestral del rey Ricardo I de Inglaterra, andando en busca de su amo, que estaba cautivo, le descubrió por medio de una canción á la cual contestó Ricardo desde el interior de su cárcel.

Los menestrales eran recompensados generosamente en Inglaterra en los antiguos tiempos. En las bodas de la condesa de Holland, hija de Eduardo I, cada menestral del Rey recibió 40 chelines de paga; es decir, 10 duros de nuestra moneda, que, atendida la época, podía calcularse que valían lo que hoy valen ciento. La corte estimaba más á los músicos, cantadores y bufones, que la Iglesia, si hemos de creer á Juan de Salisbury, que escribía en 1160, según el cual no se permitía recibir el Sacramento de la Comunión á los actores, mimos y bufones: *Histriones et mimi non possunt recipere Sacram Communionem*. Cuarenta años después, había muchos individuos que no querían casarse con las hijas de los bufones del Rey. Cuéntase que Nicolasa, mujer de Gerardo, de Canville, en 1200, ofreció al real Tesoro cien marcos por obtener el privilegio de casar á su hija Mauda con la persona que quisiera, exceptuando los bufones del Rey, *exceptis mimis Regis*. Estos mímicos eran, sin duda, actores pantomímicos, si no enteramente dramáticos.

No es extraño, por lo demás, que se pagase á un buen menestral, músico y actor, mayor estipendio que á otros que ejercían profesiones más honoríficas en el Estado, cuando hoy mismo se da á un *tenore robusto* más sueldo que á un general en jefe ó á un Almirante, y cuando un cura párroco está mucho menos recompensado que el sastre ó la costurera que le hacen la sotana.

En 1430, en las fiestas de la Santa Cruz, en Abingdon, tomaron parte 12 curas y 12 menestrales. Tanto los unos como los otros cantaron á más y mejor; pero los curas sólo recibieron cuatro peniques por barba (unos ocho cuartos de nuestra moneda), mientras los menestrales, más afortunados, y que sin duda tenían preparados más chistes para la mesa del prior, recibieron cerca de once reales cada uno y comida para ellos y para sus caballos. Once años después se habla de otra fiesta celebrada en el priorato de Maxtoke, cerca de Coventry, á la cual asistieron ocho clérigos y seis mimos, que eran actores y bufones de Lord Cliton de Maxtoke. Los clérigos y los mimos cantaron, tocaron el arpa é hicieron diversos juegos; y los mimos divertieron á la concurrencia, mientras los frailes despachaban su comida en el refectorio. Los mimos recibieron cuatro chelines cada uno (un duro de nuestra moneda) y á los clérigos se les juzgó bastante pagados con la mitad. Además, el superior convidó á los mimos de Lord Cliton á cenar con él en la *sala pintada*, y el mayordomo del convento celebró aquella ocasión poniendo ocho velas de cera sobre la mesa. Por el mismo tiempo, á un célebre predicador que pronunció un gran sermón en la iglesia del convento, pagó el prior con dos reales y medio, diciéndole que no valía más.

Por lo general, los bufones tenían libre acceso hasta la cámara del Rey á cualquier hora del día ó la noche sin necesidad de pedir licencia para entrar. En 1470, Eduardo IV, que acababa de sofocar la insurrección del condado de Lincoln, pasaba su tiempo en York en diversiones y galanteos, mientras Warwick proclamaba en su lugar á Enrique VI. Una noche, su menestral, Alejandro Carlisle, entró en la alcoba donde dormía el monarca, y le dijo que se levantara inmediatamente, porque venían los enemigos y debía estar alerta. Iguales servicios prestó el bufón de Guillermo de Normandía á su amo.

Es un hecho singular, pero incontrovertible, dice el doctor Doran, que muchos personajes que ahora viven, deben las rentas de que gozan á la liberalidad de antiguos bufones de corte. Los bienes territoriales que por tan largo tiempo han pertenecido á la iglesia catedral de Cantorbéry, en Walworth, proceden de una piadosa donación del primer bufón de la corte inglesa, de que hay memoria. Llamábase este bufón Hitardo, y pertenecía á la casa de Edmundo, *lado de hierro*, el cual, en señal de gratitud, le concedió el señorío de la ciudad de Walworth en el año 1016. Sin embargo, el valiente Edmundo debió tener poco tiempo para divertirse con los chistes de Hitardo, porque no reinó más que siete meses, y durante aquel tiempo estuvo peleando contra Canuto, rey de Dinamarca. Hitardo fué más afortunado, porque continuó poseyendo el señorío de Walworth durante los reinados de Canuto, de Haroldo, de Hardicanto y una parte del reinado de Eduardo el Confesor. En la vejez, después de 30 años de pacífica posesión de su señorío, resolvió marchar á Roma para terminar allí su vida, y antes de abandonar la patria, hizo donación de todas sus posesiones de Walworth á la catedral de Cantorbéry, poniendo por sí mismo la escritura en el altar mayor.

No se hace mención de otro bufón inglés hasta los tiempos de Guillermo el Conquistador, el cual gustaba de la vida alegre y de la buena mesa; y como es sabido que dió un castillo á su cocinero por haberle hecho una excelente sopa, se puede deducir que no sería indiferente á la gracia de un bufón meritorio. En efecto, tenía varios, y uno de ellos se llamaba Hallet. Este, habiendo sabido que se tramaba una conspiración contra la vida de Guillermo, se llegó á la puerta de su cuarto que estaba cerrada y le despertó de su primer sueño dando sobre la puerta con un martillo de hierro y gritando al mismo tiempo: ¡abrid, abrid ó todos morireis! Otro de los bufones del Conquistador era Berdic, que se retiró de la corte y de su oficio siendo señor de tres ciudades y muchas tierras.

Refiérese del rey Guillermo Rufo, que tenía por bufón á su ayuda de cámara. Un día éste le presen-

tó un par de botas nuevas, y preguntándole Ruto cuánto habían costado, le dijo que tres chelines, ó sean 15 reales.—¡Animal!—exclamó el rey,—traeme un par de botas que cuesten un marco de plata. El ayuda de cámara obedeció; cambió las botas por otro par de menos valor y cargó al rey en cuenta mucho mayor precio.

El sucesor de Guillermo, Enrique I, era naturalmente pródigo, y la reina Matilde tan pródigo como su esposo. Esta gastaba la mayor parte de sus riquezas, las de su marido y las del Tesoro público en pagar cantores y bufones extranjeros de los cuales estaba llena su corte. Entre ellos había uno célebre, natural de Picardía ó de Normandía y del cual se dice por algunos autores, que era barbero. Llamábase Rahere, hombre de humilde linaje, que cuando llegó á la primera juventud empezó á frecuentar las casas de los nobles y los palacios de los príncipes, no perdonando chiste ni adulación para captarse su favor. Al fin llegó á adquirir posición al lado del rey, á quien acompañaba siempre. Después de haber divertido á la corte bailando, tocando el arpa y diciendo chistes, se retiró á Roma é hizo penitencia de sus pecados. Dicese que aquella determinación tuvo su origen en una visión en la cual se le apareció el apóstol San Bartolomé rodeado de gloria y le mandó que en los arrabales de Londres fundara en su nombre una iglesia que sería la casa de Dios. Rahere, á pesar de la oposición de sus amigos, que preferían un pecador que les diera de comer á un santo que no les diera nada, edificó la iglesia y el convento. Fué nombrado prior; predicó varios sermones; hizo curas maravillosas y milagros de todo género, y cuando se encontraba en alguna dificultad, apelaba á San Bartolomé que inmediatamente le sacaba de apuros.

Cuando Ricardo I, Corazon de Leon, pasó á la Tierra Santa, dejó encargado el reino á Guillermo Longchamp, primer canceller, juntamente con el obispo de Durham. Longchamp, poco despues, encarceló á su colega, y se quedó solo ejerciendo la real autoridad. Tenia más ostentación que ningun soberano de su época, y sus guardias eran tan terribles por sus rapiñas como por su vida licenciosa.

Cuando el canceller tomaba alojamiento en sus viajes en algun monasterio, sus criados y guardias devoraban en una noche las rentas de un año. El pueblo sufría en proporción, y empezó á murmurar. Entonces Longchamp mandó llevar de Francia, á costa de mucho dinero, cantores, juglares y bufones que, recitando versos y cantando en las plazas públicas en honor del canceller, declaraban que jamás había tenido igual en el mundo. Así se vieron empleados los bufones, no sólo para decir chistes y verdades á los poderosos, sino tambien para decir mentiras al pueblo y ayudar á engañarle.

Ricardo tenia además á su servicio vários menestrales, de que ha quedado memoria. El uno era Anselmo Feayditt, cuyas poesías elogiaban los críticos provenzales por su talento y buen sentido; otro se llamaba Fouquet de Marsella, y es célebre por sus prontas respuestas, que le granjearon el título de *delicias de la corte*. La fortuna no miró con igual favor á estos dos menestrales, porque Feayditt, en los últimos años de su vida, viajó por Inglaterra á pié, buscándose la vida con sus cauciones y acompañado de una monja que se había escapado del convento, y que cantaba tan perfectamente como él; mientras que Fouquet, abandonando el oficio de menestral, se hizo fraile y llegó á ser obispo de Tolosa de Francia.

El sucesor de Ricardo, Juan Sin tierra, á pesar de la poca que tenía, concedió Estados territoriales á su bufón oficial, llamado Guillermo Piculph ó Picol, Estados que debían pasar á sus herederos con la sola condicion de regalar todos los años al soberano un par de espuelas de oro.

En los dias de Enrique III, sucesor de Juan Sin tierra, los bufones ambulantes eran muy bien recibidos en las celdas solitarias de los monges. Una noche dos caminantes llamaron á las puertas de un convento de benedictinos, cerca de Oxford, y pidieron hospitalidad. Los frailes les tomaron por menestrales, é inmediatamente les admitieron. Los legos, los sacristanes y en general la comunidad, esperaban pasar una noche alegre con las *gesticulatoris ludicrisque artibus* de sus huéspedes. Viose, sin embargo, despues, que estos eran hombres graves, muy dados á la oración y poco á la comida, muy pobres de bolsa y muy ricos en ciencia de economía, sin facultades ni gusto para decir un chiste, pero con mucha habilidad para predicar á sus huéspedes limpia, sóbria y religiosamente que sirvieran á Dios, honrarán al rey y evitarán toda ocasion de pecado. Los benedictinos, que habían admitido á los viajeros en el supuesto de que eran juglares, creyendo ser engañados por ellos, les echaron del convento á latigazos.

En la corte de Enrique III vivía Enrique de Avranches, que algunas veces es designado con el título de *poeta laureado* del rey, oficio que se confundía en la mayor parte de los casos con el de bufón oficial. Si muchas veces los bufones eran elegidos por lo feos, Enrique de Avranches, á juzgar por el retrato que de él se hace, merecía cual ninguno el empleo de bufón. «Tienes, dice una sátira de la época, piernas de cabra y cuerpo de oso, boca de liebre, nariz de perro, cara de mulo, cabeza de toro, y desde ella hasta los pies, eres tan negro como un etiope.»

Cuéntase del rey Eduardo I, que siguió á Enrique III, que llevaba siempre á su lado un menestral, arpista ó juglar. Este oficial de su corte prestó grandes servicios al monarca, sobre todo en Tolemaida, donde un asesino quiso herirle con un puñal envenenado. Dicese que el menestral, oyendo el ruido, se levantó y mató al asesino.

En el diario de cuentas que llevaba el mayordomo de Eduardo II, hácia el año 1320, hay varias partidas de cantidades dadas á menestrales de algunos nobles ó juglares que representaban delante del rey en su propia cámara. Las chanzas de estos juglares debían de ser muy groseras, porque Eduardo II llevaba una vida muy brutal y era aficionado á salir todas las noches en compañía de gente alegre, emborracharse con todos y quedar tendido en una calle como cualquier borracho. Por eso el diario de cuentas trae algunas partidas como recompensas á las personas que le recogían *in itineribus suis noctanter*. De esto tenemos una prueba en la partida de diez chelines pagados á un juglar por haber bailado encima de una mesa en presencia del rey escitando su risa.

Poco se sabe de los juglares y menestrales de la corte de Eduardo III. Su reinado, que duró cincuenta años, se pasó en combates y no tenia afición más que á los torneos y á las representaciones en que él mismo tomaba parte. En la corte de su nieto y sucesor Ricardo II, por el contrario, había bufones de toda especie, dominando en ella el lujo más extravagante. Entónces fué cuando las señoras en Inglaterra empezaron á llevar colas, moda que suscitó una sátira mordaz de un clérigo, titulada: *contra caudas dominarum*. Aquella sátira produjo en la corte más risa que todos los chistes de los bufones.

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

## A GRAU.

Tragedia muy sublime es nuestra vida,  
precursor muy audaz nuestra esperanza:  
al festin de la gloria nos convida  
y al gran cielo universal nos lanza.

¿Cómo en regiones olvidadas pudo  
ser tan sublime y tan fugaz tu historia?  
¡Héroe! recibe mi postrer saludo:  
es un sollozo de dolor y gloria.

Siendo yo jóven, desgraciado y triste,  
mensajero de amor de clima en clima  
mi alumno dócil y constante fuiste (1)  
allá en la noble y opulenta Lima.

A pesar de los años que se lanzan,  
cual aves negras, al profundo olvido,  
mis recuerdos mas íntimos te alcanzan  
en la revuelta oscuridad perdido.

Te recuerdo muy bien meditando  
con tu mirada cariñosa y tierna  
como un sublime pensador profundo  
que sólo adora la beldad eterna...

En transportes de júbilo temblabas  
cuando los hechos de Numancia oías;  
con Bolívar el grande, te exaltabas;  
con Sucre el inmortal, te enternecias.

Siempre fué dulce para mí tu nombre,  
siempre fué fausta para mí tu estrella:  
es un arcano incomprensible el hombre;  
Dios en la muda eternidad le sella.

Nunca fuiste halagüeño ni elocuente,  
y tu faz pocas veces sonreía;  
pero inspirabas entusiasmo ardiente,  
cariñosa y profunda simpatía.

Los dias melancólicos y bellos  
pasaron cual relámpagos veloces;  
mi sentimiento, meditando en ellos,  
exhalaba dulces, soñolientas voces.

¡Marcha! me dijo mi contraria suerte,  
y cantando me fui de clima en clima;  
mas nunca pudo devorar la muerte  
mis memorias poéticas de Lima.

De nuestra vida en los confusos giros  
en Londres otra vez nos encontramos;  
y cual dos melancólicos suspiros  
que lleva el huracán... nos separamos!

Esperé que otra vez te encontraría  
de este mundo en la grande enrucijada;  
mas fué sarcasmo la esperanza mia,  
mi sueño hermoso corvirtióse en nada.

Nuestras tristes y lánguidas estrellas,  
coronadas de fúnebres misterios,  
brillaban melancólicas y bellas  
en distantes y opuestos hemisferios.

Como lejano cántico elocuente  
triumfaste del olvido en mi memoria;  
y flotabas en mi confusamente  
como fantasma de futura gloria.

Cuando en los mares comenzó la guerra,  
hirió mi corazon la profecía:  
te ví, cual Nelson, coronar la tierra  
con tu noble y suprema valentía.

Te ví del *Huáscar* en las humilde popa (1)  
midiendo el polo y observando á Antares (2);  
con grandes hechos sorprender la Europa, (3)  
barrer las costas y asombrar los mares.

Pero ví que la espada de la suerte  
hácia tu corazon se dirigía,  
y ante tan noble y generosa muerte  
lloraba de dolor y sonreía.

Llegó, por fin, el último momento  
del afán... del fragor... de la batalla...  
y taladró tu voz el firmamento...  
Los vientos girmen... lo infinito calla...

Fué formidable para tí la suerte;  
no quiso darte ni siquiera un dia:  
como á Ricaurte te arrojó á la historia  
coronado de eterna poesía.

Cuando vencido... ¡vencedor caíste!  
del mar gimieron las soberbias ondas,  
y te cantaron un poema triste  
Leonidas y Caton y Epaminondas.

Surgió Alburquerque en la distante Goa,  
y lloraron los héroes del Callao;  
desde el cadalso te aplaudió Balboa,  
y en nobles himnos prorrumpió Bilbao. (4)

Cual siderales pléyades lucentes  
todos los manes te cercaron juntos;  
y al compás de los sínodos vivientes  
aplaudieron los éxodos difuntos.

Cual inmortal constelacion tu nombre  
arrojaste á las bóvedas esféricas:  
lleno de asombro te contempla el hombre,  
llorando de entusiasmo las Américas.

Tú resplandeces refulgente y sólo  
ceñido de tormentas huracónicas  
en la corona antártica del polo,  
mas allá de las nubes magallánicas.

Humilla ¡oh Chile! tu soberbia gloria  
ante la sombra del audaz marino,  
mil veces superior á tu victoria,  
mas grande que la muerte y el destino.

FERNANDO VELARDE.

## DOLORES.

(Continuacion.)  
CLXXIV

—¡Nada! ¡Nada!—dijo Dolores no sabiendo qué responder:— un momento de terror no sé por qué.

Cármen continuaba mirando en torno suyo con ansiedad, como buscando á su madre: era evidente que al rehacerse sus facultades sensitivas é intelectuales, recordaba como inmediato, como inmediatísimo, el momento en que había visto caer á su pobre madre: la buscaba, no la encontraba, y la llamaba llorando.

Era aquello para Dolores un momento acerbo, un momento de dolor supremo que venia á aumentar todos sus otros dolores: para Cármen, una situacion de pena, de ansiedad, en que aparecía la voluntariedad de los niños y esa pena desconsolada que los hace tan conmovedores.

El señor Blas se sentía mal: todo aquel dolor le lastimaba más de lo que hubiera querido.

CLXXV

En aquel momento se oyeron en las escaleras pasos precipitados, pasos de más de una persona, á los que se unia el crugido de un traje de seda: estos pasos ascendieron, llegaron, cesaron junto á la puerta de la bohardilla: inmediatamente resonó en la puerta un golpe seco, que representaba un llamamiento impaciente.

El señor Blas fué á la puerta y la abrió: aparecieron dos personas: eran Matilde y Casquetillo.

CLXXVI

Casquetillo, sin sospechar siquiera que el señor Blas podía haber sido el ladron de la cartera, en cuanto la echó de menos, ya lo hemos dicho, salió escapado á buscar á Matilde.

Para ello, necesitaba valerse del director de *El Espectador*, aquel extraño sugeto que de una manera tan problemática estaba, como hemos visto, tan en relaciones con el padre Pascual.

Casquetillo, para llegar más pronto, había tomado un coche.

Pero no encontró á don Mariano: así se llamaba el director.

Don Mariano no iba á la redaccion por la noche hasta la una.

Eran entónces las nueve.

A Casquetillo se le ocurrió una idea.

—Ella está loca por mí,—dijo:—es capaz de ir á buscarme á la casa en que quiere que yo viva... Yo tambien estoy loco... Yo no he debido abandonar á Dolores. ¡Pobre criatura! ¡Pobre hermana mia! Yo volvía... volvía á ocupar como

(1) El *Huáscar* era, en efecto, un buque pequeño y casi viejo; se había construido en 1864 y sólo medía 1.100 toneladas, al paso que los buques de co-rara chilenos, construidos con todos los adelantos de la arquitectura naval en 1875, miden 3.400 toneladas inglesas.

(2) Estrella roja de primera magnitud, situada en el corazon de *Scorpio*, el escorpión, que es una de las constelaciones más visibles y más bellas del hemisferio austral. Antares es además notable, porque es una de las nueve estrellas náuticas.

(3) La prensa europea ha reconocido que los hechos de Grau, son, en su género, los más extraordinarios que se han realizado desde que hay buques blindados: es mismos chilenos, con una magnanimidad digna de su raza, han glorificado á Grau.

(4) Francisco Bilbao, chileno, el alma más generosa y más bella que despues de Bolívar, 1783-1830, ha aparecido en Sud-América, 1825-1865.

(1) Grau fué discípulo del autor.

siempre mi pobre cuartito... Si Dolores hubiera estado allí... Si no me hubiese encontrado á ese hombre que ha aparecido de repente... ¡Ah! Es necesario encontrar la cartera... Matilde puede sin duda... Sí: es una mujer misteriosa. Ella debe tener medios... Yo no sé... no sé por qué se me figura que la voy á encontrar en... mi nueva casa.

Casquillo se estremeció.  
Sentía un no sé qué vago, indefinible, insoportable: le fascinaba Matilde y le espantaba. Entre Matilde y él se levantaba Dolores: Casquillo no podía olvidar su mirada ansiosa, infinita, suprema... la veía, la sentía, aspiraba toda la desesperación, toda la desolación, toda la agonía de aquella mirada suplicante, infinita, que estaba fija en su recuerdo, candente, irresistible, atrayente.

Y Matilde... otra atracción incontestable: el sentimiento del deber, más aún, la influencia de Dolores sobre Casquillo, habían contrastado en él la irresistible magia de Matilde, los sueños de ambición, los delirios... la fascinación que de él se habían apoderado. Pero la ausencia de Dolores... el encuentro del señor Blas, el robo de la cartera... la fatalidad, según creía Casquillo, que era un tanto supersticioso, le arrojaban de nuevo al lado de Matilde.

## CLXXXVI.

Casquillo se hizo llevar á su nueva casa.  
Llegó á la portería y pidió la llave.  
—No,—dijo la portera sonriendo de una manera singular,—arriba hay alguien.

Casquillo no preguntó.  
¿Quién podría ser aquel alguien sino Matilde?  
Subió rápidamente el primer tramo de la escalera. Cuando llegó á la puerta del entresuelo, apenas podía respirar: le latía el corazón de una manera terrible. Se detuvo un momento para alentar, y luego llamó.

Se oyó inmediatamente un paso presuroso y grave y el crujir de una falda de seda. Se abrió la puerta, y apareció Matilde.

—Gracias,—le dijo,—has supuesto que yo tendría necesidad de hablar contigo, y que vendría á buscarte. Entra.

Y precedió á Casquillo hasta el gabinete.

La chimenea estaba encendida. Matilde se sentó junto á ella.

—Siéntate,—dijo.

—No,—dijo Casquillo que miraba con ansia y con espanto á Matilde,—he perdido la cartera.

—Y bien, ¿qué importa?—dijo Matilde que abarcaba con sus lucientes ojos negros al muchacho.

—Es que en la cartera estaba aquella carta tuya del marqués de...—

—Es una contrariedad,—dijo Matilde,—pero no un suceso que deba espantarnos. La cartera parecerá. ¿Puedes precisar, en alguna manera, el lugar donde la has perdido?

—No la he perdido... me la han robado.

—Entonces importa mucho ménos; tendremos la cartera muy pronto.

Matilde tocó un botón eléctrico que estaba cerca de ella, en la pared, junto á la chimenea.

—¿Cuándo notaste que te habían robado la cartera?—preguntó.

—En el momento en que me la robaron había una murga tocando y aglomeración de gente.

—¡Ah! ¡Sí! ¡Pues mejor!—dijo Matilde.

Y sacó un precioso tarjetero y de él una tarjeta, en la cual escribió:

«Se ha robado una cartera á un joven...»

—¿Dónde fué el robo?—dijo Matilde.

—En la calle de Atocha, á la puerta del café de San Sebastian.

—Oh, bien... mejor... cerca... ¿cuánto tiempo hace?

—Media hora.

Matilde siguió escribiendo en la tarjeta.

Antes de que concluyese, se presentó la portera.

—Me manda algo vuecencia,—dijo.

—Sí; esta tarjeta al primero de ellos que ande por ahí.

—Muy bien, señora,—dijo la portera tomando la tarjeta y saliendo.

## CLXXXVIII.

Casquillo se sentía más y más impresionado. ¿Qué esperar de una persona como Matilde? ¿Por qué nueva faz se le presentaba?

¿Pertenece á la policía? ¿O tal vez á una asociación de criminales?

Aquel Padre Pascual que había estado en presidio por conveniamiento... aquel viejo misterioso que parecía estar en tan íntimas relaciones con Matilde... Casquillo se impresionaba más y más, le parecía que le tenía cojido algo formidable. Y, sin embargo, no quería soltarse. La atracción que sobre él ejercía Matilde, se hacía más y más poderosa.

## CLXXXIX.

—Siéntate,—dijo Matilde.

Casquillo se sentó: pero inquieto: en su mirada, que no podía apartar de la mirada de Matilde, había alucinación.

—Hemos sentido más que hablado,—dijo Matilde,—y es necesario que hablemos.

—Sí, sí...—dijo Casquillo,—yo no comprendo... y me muero de ansiedad y de duda.

—¡Duda!—exclamó con un acento indefinible Matilde.

—Lo que sucede entre nosotros, es de tal manera extraordinario, que se hace inexplicable.

—No; una predestinación... ¿No crees en el espíritu?

—¡Oh, sí! El gran principio de la vida: la vida misma; el ser en sí y por sí...

—El misterio inexplicable. ¿No crees tú posible que un mismo espíritu anime á dos humanidades de distinta edad, de distinto sexo, y que determine la unión por el amor, por un amor infinito, incontestable á prueba de todo á esas dos humanidades en el momento en que se pongan en contacto?

—Yo no sé lo que creo,—dijo Casquillo;—pero siento en mi ser tu ser... ó de otro modo... siento mi ser lleno de tu ser.

—Y no has sentido nunca un fenómeno semejante?

—Sí,—dijo Casquillo sin vacilar.—Y lo siento aún.

Se ensombreció de una manera lúgubre, terrible, el semblante de Matilde.

—Lo había temido,—dijo,—ella, la del retrato que junto á el mio guardabas en la cartera que te han robado.

—¡Mi hermana!

—Tu hermana... del corazón.

—Sí.

—¡Oh! ¡y qué distinciones! ¡no! ¡qué mentira! ¡las hermanas del corazón!... ¿quién es esa mujer?..

—¡Mi hermana!—repitió con voz firme Casquillo.

—¡Oh! ¡sí! un amor del alma, un amor de la infancia, un amor que no puedes arrojar de tí, que lucha poderosamente con la fascinación que yo te he causado... ¿y por qué, por qué, yo que no he comprendido jamás la humillación del sentimiento de los celos no renuncié á tí?

—Hay algo entre nosotros que no comprendemos,—dijo resueltamente Casquillo;—que está sobre nosotros, que es más poderoso que nosotros; algo que me arrastra á tí con una fuerza invencible; algo que me enloquece, algo que emponzoña mi vida y la hace deliciosa y horrible á la par.

Y Casquillo se levantó pálido y trémulo.

—¡Ah! ¡No! ¡No!—exclamó Matilde levantándose con una energía de leona, si se nos permite la frase...—¡el sacrificio completo de esa mujer, tu alejamiento absoluto de ella, tu olvido absoluto!..

—¡Ah, Dolores!—exclamó Casquillo, que no podía llegar hasta la infamia...

—¡Tu amante... aquella niña que dormía...—exclamó con la voz ronca, sorda como el rugido de irritación de una hiena Matilde.

—¡Ah, Cármen! ¡Mi pobre Cármen!—exclamó Casquillo, en quien la conciencia se sublevaba poderosa.

—¡Vuestra hija!—exclamó Matilde.

Y su acento era pavoroso: había en él algo de más allá de la vida, algo de satánico, algo de tal manera amenazador, que espantaba.

—¡Nuestra hija!—exclamó Casquillo con un grito salido del corazón;—¡Nuestra hija! ¡Sí, la hija de nuestra alma! ¡La pobre huérfana idiota!

—¡Huérfana!—exclamó Matilde con una ansiedad voraz.

—Sí; Cármen tiene ocho años...—dijo Casquillo—Dolores diez y nueve... yo diez y ocho... y Dolores... Dolores es un arcángel... Dolores es pura como la sonrisa de un niño... No, no, Dolores no es mi amante... Dolores es la hermana de mi corazón.

—¡Tu alma!

—Yo no sabía que se podía sufrir de una manera tan horrible,—dijo Casquillo...—que podía sentirse un tal delirio, una tal desesperación... ¡y tú has estado en nuestra casa... ¡tú has visto á Dolores!..

Casquillo temblaba: estaba pálido como un muerto. Matilde le abarcaba con una mirada prepotente, encendida por una pasión irritada y violenta, saturada de algo infinito, maldito, horrible, candente, irresistible...

—Sí, sí... Sentí celos,—exclamó Matilde;—yo había visto en tu cartera su retrato... me había espantado algo que no podía explicarme... un parecido... ¿Con quién? Pero yo no la conocía... una tarjeta tuya me dijo las señas de tu casa: fuí, ella no estaba allí... allí había un hombre... un viejo con todas las trazas de pícaro... me volví... ¡oh! yo no me conozco: yo he roto mi altivez hasta el punto de ir á buscar á una boardilla á una muchachuela que me causaba celos... ¡y tú la amas! ¡la amas tanto que ni aún puedes mentir para que yo no sufra! ¡Oh! ¡sí! ¡sí! es que yo te fascino, pero no te domino, no te hago mio, mio, únicamente mio. ¡He llegado tarde! ¡ella te ama!

—Es mi hermana!—exclamó desesperado Casquillo.

—¿Cuánto daría yo porque me amases, como á ella la amas!—exclamó Matilde.—¿Y por qué quiero yo que me ames...? Yo, que no he sentido jamás el amor; yo que lo he considerado siempre como la enfermedad de los débiles! ¡Oh! ¡oh! ¡el castigo! ¡la Providencia! ¡la expiación! ¡Dios!

## CLXXX.

En aquel momento se oyó una voz respetuosa que dijo desde el salón.

—¡Señora!

Matilde salió, dejando á Casquillo tembloroso, agitado, agobiado por el peso de aquella situación extraordinaria, sufriendo de una manera inconcebible.

En el salón estaba la portera.

—Esta carta para vuecencia,—dijo.

—Bien; váyase usted,—dijo Matilde.

Y entró de nuevo en el gabinete.

Se acercó á uno de los candelabros de la chimenea y abrió la carta y leyó:

«La cartera ha sido robada á ese joven por la misma persona que le acompañaba, y que había cenado con él en el café de San Sebastian: Chipion estaba junto á ellos y vió la faena: ha sido hecha, según arte, de mano maestra, de profesor: ese caballero es licenciado del colegio de cadetes, y se gana la vida con un violín que toca admirablemente, casi mejor que el Padre Pascual, que ha sido su maestro. Estos son los informes que he podido adquirir y respondo de su exactitud.—Cuchillada.»

## CLXXXI.

Matilde arrojó esta carta á la chimenea.

—¿Con quién has cenado?—preguntó á Casquillo.

—Con el señor Blas,—respondió el joven.

—¿Y quién es el Sr. Blas?

—La persona que encontraste en casa de Dolores cuando fuiste á buscarla.

—¿Y por qué ese hombre estaba allí?

—Porque recogió á Dolores cuando se quedó huérfana.

—¿Ha estado en presidio ese hombre?

—Sí; hace poco tiempo ha cumplido su condena, y ha vuelto y ha buscado á Dolores.

—Pues bien; ese hombre te ha robado la cartera,—dijo Matilde:—yo la buscaré.

Y salió violentamente del gabinete.

Casquillo la siguió: bajaron rápidamente el uno tras el otro los escalones.

Matilde se lanzó en el carruaje de alquiler que esperaba á Casquillo.

—Calvario, 8,—dijo al cochero.

Casquillo se lanzó también en el carruaje.

—¡No, no, á la calle del Calvario no!—dijo.

Se sintió asido, estrechado por los brazos de Matilde, una de cuyas pequeñas manos le tapaba la boca.

Casquillo cayó aniquilado sobre el asiento.

—Calvario 8,—repitió enérgicamente Matilde.

El carruaje partió.

—¡Ah! ¡No, no!—exclamó Casquillo:—¡jella! ¡Ella está enferma! ¡Ella no podrá sufrir un golpe semejante!

—¡Y qué importa ella!—exclamó Matilde:—tú eres mio, mio, no más que mio: tu destino lo quiere: yo te embriagaré, yo te enloqueceré, yo te arrastraré conmigo en mi torbellino. ¡Yo te amo! ¡eres mi primer amor! ¡mi alma!

Y estrechaba entre sus brazos á Casquillo, y le embriagaba con el perfume de su sér.

Casquillo gimió. Se sentía absorbido, sin voluntad y sin fuerzas.

## CLXXXII.

El carruaje llegó muy pronto á la calle del Calvario, número 8, que era la casa donde vivía Dolores.

Aun no habían dado las diez y la puerta estaba todavía abierta.

Matilde se echó fuera del carruaje y se lanzó al mezzquino portal: se avalanzó á las escaleras. Casquillo hizo un nuevo esfuerzo inútil. Matilde era, física y moralmente más fuerte que él. No pudo contenerla.

El uno tras del otro llegaron á la puerta de la boharedilla.

Hé aquí cómo habían podido presentarse juntos ante Dolores y el señor Blas, Matilde y Casquillo.

## CLXXXIII.

Dolores se volvió y miró de una manera serena, profunda, triste y melancólica á Matilde.

Luego fijó en Casquillo una mirada dolorosa.

El señor Blas se había puesto en guardia, por decirlo así.

La situación era tan difícil como podía serlo.

El señor Blas la acometió.

—¡Ah!—dijo,—tenemos el honor, hija mia, de que nos visite, aunque la hora no deja de ser intempestiva, la excelentísima señora condesa viuda de X.

Y fijaba sus ojos grises y cínicos en Matilde de una manera provocativa, descarada, audaz, sin miedo: aquella mirada dejaba ver algo de diabólico en su foco.

—Esta señora es para mí tan respetable como lo sería mi madre,—dijo Dolores.

Casquillo estaba aturdido y no decía una palabra.

—Ya lo creo,—dijo el señor Blas;—si nuestra madre es por nosotros respetable, debe serlo con mucha más razón nuestra abuela, porque es dos veces madre.

—En efecto, señora,—dijo Dolores,—si vuecencia es madre del señor conde de X, mi padre...

—¡Tú!—exclamaron á un tiempo Matilde y Casquillo.

Pero con una entonación y un sentimiento de todo punto distinto.

La exclamación de Matilde había sido de espanto.

La de Casquillo de asombro.

Dolores no le había dicho nunca que ella era hija natural del conde de X, ni que existía un pleito de reconocimiento, por más que aquel pleito estuviese suspendido, olvidado.

Aquella noticia lanzada exabrupto por el señor Blas, había aturdido á Casquillo como si una maza hubiera caído sobre su cabeza.

MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

(Continuará).

## CRÓNICA.

El año 1879 ha desaparecido, perdiéndose en lo infinito del tiempo, como la deshecha nave combatida por las olas en un día de tempestad desaparece, perdiéndose en lo profundo de los mares. Fué ruidosa y fecunda en desdichas su historia; era apasionado por las aventuras guerreras y por los hábiles secreteos de la diplomacia; prodigó sin tasa así las inundaciones como la caridad; creía que le despediríamos como á un héroe al morir ó como á un tirano cuando abdicara, y aunque sus días eran contados, y se iban acabando presto, nadie daba señales de sentirlo. Se despedía de nosotros con aquella gravedad ceremoniosa y triste con que nos dan los años el jados! postrero, y nosotros, atentos sólo al ruido y á la algazara de los pasados días, le abandonamos en la agonía, como el amigo ingrato que abandona á las puertas de la desgracia, á quien fué su guía y compañero eterno en el palacio de la felicidad. Esto era injusto, y el año moribundo supo vengarse. No sabemos si en su testamento habrá alguna cláusula secreta que aconseje al año 80 ser terrible para nosotros; pero sí que quiso dejarnos, como su último recuerdo, un recuerdo de muerte. La última página de' año ha sido una página de luto; su último suspiro una campana tocando á muerto; su último trabajo, abrir una sepultura y mostrarse orgulloso de su oficio como los sepultureros del Hamlet.

No juzguemos al año que se fué. Acaba de pasar; los hechos de su vida están muy recientes y no podremos ser imparciales. El proceso del año queda abierto. Y es seguro que habrá más declaraciones que le acusen que informes que le absuelvan. Los desgraciados, con ser más que los felices, tienen el privilegio de hablar muy fuerte, y la dicha se esconde como un pensamiento malo, temiendo que la persigan. Además, las tristezas del año son recientes; de sus alegrías nadie se acuerda. Su primavera, llena de vida, de aroma, de luz y de color, en que la tierra refleja la alegría del cielo; su vegetación espléndida, de la que eran producto hazes de doradas espigas y frutas sabrosísimas; las tibias y hermosas noches de su estío que nos hablaban del amor y de la poesía; las tardes del Otoño en que el campo ofrece maravillosa

é incopiable variedad de colores y matices... todo pasó.

Ya no nos deja por herencia más que los recuerdos, el frío, el cierzo y la nieve. ¿Vamos á juzgar ahora al año que se vá? No. Seamos compasivos. Dejémosle pasar. Respetemos sus infortunios.

Como los niños precoces de quienes dijo el Gloucester de Shakespeare que viven poco, los años nacen condenados á morir pronto. El año 1879 pasó. Va triste, lloroso y aterido de frío. El cansancio le agobia, y algunas veces cae al lado del camino. ¡Pobrecito! Ha perdido toda su fortuna. No se lleva más que muchos recuerdos de dichas pasadas y muchas vidas que arrebató avaro, queriendo rendir extraño tributo al tiempo cuando le pida cuentas de su gobierno. Entre esas vidas está la de un poeta ilustre; la de Ayala. Pero si creyó el tiempo borrar por completo el recuerdo de ella, se equivocó. Lo ha dicho un orador ilustre. La tumba es una larva, de la cual sale un alma que extiende sus alas en lo infinito y llega hasta las cimas de la gloria.

La primera y única vez que hablamos con el Sr. Ayala fué hace poco tiempo. Estaba en el Congreso, en su despacho, fuera de aquel sillón presidencial desde donde, como Neptuno con su tridente la furia de las olas, calmaba con la campanilla muchas tempestades parlamentarias. Los diputados, después de asistir con el natural interés que las cuestiones ruidosas excitan á un animado incidente sobre las noticias de la nueva insurrección cubana, habían entrado en la orden del día, que cuando no es política produce deserción general é invita á pacífico sueño, y el Sr. Ayala descansaba. Nos dijo que aquel terminado era uno de esos incidentes serpientes que se enroscan, se enroscan y fácilmente ahogan á un Gobierno.

Se paseaba de un lado á otro del elegante salón que ha dado asilo á todos los presidentes del Congreso. Tenía la cabeza ligeramente inclinada, como si el peso de las ideas la rindiera, los ojos fijos en el suelo con esa tenacidad que es anuncio de la inquietud, y honda tristeza inundaba aquel rostro tan varonilmente hermoso, como le sueñan las mujeres cuando sueñan con un poeta.

Apenas si desde aquel día hasta hoy ha pasado un mes, y Ayala ya no existe. Recordando uno de sus discursos pudiéramos decir del gran poeta, que ayer celebráramos su talento y hoy lloramos su muerte. La noche, la horrible noche en que, según la frase de Bossuet, la muerte de Enriqueta resonó como un trueno, la espantosa soledad de *Consuelo* no fueron tan terribles como el duelo que sintieron los amigos del Sr. Ayala; como la pérdida que con su muerte el arte dramático llora. Sus amigos, rodeando el lecho funerario recibieron su último suspiro y le abrazaron por última vez. Pero cada uno de ellos podía exclamar con San Agustín: «Le estrechaba entre mis brazos, mas ya había perdido lo que estrechaba.»

Mirabeau al morir dijo: «Llenadme de perfumes y coronadme de flores para entrar en el sueño eterno.» Goethe, viendo entrar risueño al sol por las ventanas de su alcoba, resumió brillantemente su vida de poeta en esta frase: «Luz... luz... más luz.» Ayala no sabemos que dijera ninguna. Era que no temía que la muerte se olvidara tan pronto de su talento. Aun temiéndolo, no la habría dicho en consonancia con lo que del artista podía esperarse. Ayala, consagrado más á la política que al arte, vivía más la agitada vida de los partidos españoles que la tranquila y reposada de las letras, y su última palabra hubiera sido su testamento político. Había pensado más que en las obras llamadas á empezar en el ministerio del Sr. Cánovas llamado á morir.

Ayala moría lleno de dignidades y colmado de aplausos: en el cargo político más alto dentro del régimen representativo y con fama perdurable y envidiada por todos dentro del teatro. La crítica de su vida, con ser severa, más le había engrandecido que perjudicado. Cada censura á su conducta política, iba acompañada de un elogio sincero y entusiasta de su talento. Dijérase que sus adversarios, más que la ingratitude ó el error, lloraban verle lejos del teatro, y que al combatirlo, no se proponían sino convencerle de que debía volver al augusto recinto, presto abandonado. La muerte le arrebató de él para siempre.

Ya no oiremos en la tribuna aquella voz grave, pausada, elocuente, majestuosa, que tan buenos modelos supo ofrecer del habla castellana; ya no veremos el Congreso presidido por aquella hermosa cabeza que los diputados miraban con respeto, y en la cual la luz, más que respetuosa, enamorada, se detenía siempre antes de abandonar hasta el nuevo día el templo de las leyes; ya no resonarán de nuevo los acentos de su lira valiente é inspirada; ya no veremos desfilar por la escena de nuestros teatros entre aplausos unánimes aquellos personajes admirables, copia poética de la realidad arrancados de los misteriosos limbos de la vida social por el talento profundamente observador del gran poeta. Su voz ha enmudecido; la luz de sus ojos ha perdido el brillo, pues su último poema fué su última mirada; y el teatro cúbrese de negros crespones y llora una pérdida hoy irreparable.

Ayala era andaluz. Tierra privilegiada de las flores, de la verborrosidad y de la gracia; cuna de grandes ingenios, de sábios políticos, de oradores elocuentes, de pintores famosos y de mujeres her-

mosísimas: en Andalucía todo es risueño como su cielo, todo espléndido como su naturaleza, todo poético como su historia. Allí nació Ayala. Fué cuando contaba catorce años de edad á Sevilla á estudiar Derecho, y los prolegómenos le parecían odiosos, y las aulas estrechas para su fantasía. Mientras sus compañeros extractaban las lecciones, él componía versos. Un día, su profesor hablaba de los horrores de la esclavitud en Roma, y él se rió mucho, llamando la atención de todos. Acababa de concluir unas quintillas en que se llamaba esclavo de una mujer bonita.

Vino á Madrid, y logró que le representasen *El hombre de Estado*. Triunfó bien pronto. Tenía la comedia de la vida moderna en su cabeza, necesitaba llevarla al teatro, y la llevó. No fué un profeta, ni siquiera un innovador. Enamorado de los antiguos moldes, se contentó con perfeccionarlos y con fundir en ellos el espíritu de nuestra época tan admirablemente, que el teatro español no le agradecerá nunca bastante sus obras inmortales. Pero no le juzguemos. En este número de *La América* hay quien lo hace más sabiamente que nosotros podríamos hacerlo.

De juzgarle como hombre político no es ocasión. Ayala creyó sin duda que ser literato es ser suicida y no quiso morir. Pensó tal vez, como ha dicho un escritor de ingenio inimitable, Fernandez Florez, que aquí no hay patria porque no es patria la que obliga al genio á entrar en los clubs, á conspirar en el destierro, á confundirse con los explotadores audaces en los ministerios, á de rochar su ingenio en los cabildos políticos y á romper la lira y arrojarla bajo el banco del diputado ó en el sillón de ministro, y se entregó á los azares de la fortuna para que el hambre, harpía enamorada del genio, no causase su muerte ni fuera su sepulcro el olvido.

Su primer acto político fué la defensa de *El Padre Cobos*; su discurso más notable el que pronunció en el Congreso en 1857 contra la ley de imprenta del señor Nocedal; su obra más popular, el Manifiesto de Cádiz; su Ministerio de siempre, el ministerio de Ultramar; su posición más alta, la presidencia del Congreso. El discurso contra la ley de Nocedal, le valió el título de orador eminente y lo era en efecto. No tenía la elocuencia portentosa de Castelar, ni la facilidad extraordinaria de Moret, ni la frase limpia, sonora é intencionada que tan terrible hace á Martos en las luchas parlamentarias, pero el trabajo suplía en él á la imaginación, pronta en concebir; lo grande y majestuoso y bello de la frase á la facilidad; y lo certero de los golpes con los que más que discutir, machaquear, parecía á la estrategia. Todas estas cualidades hacían de él un orador elocuente y terrible cuyo silencio se buscaba adulando su pereza.

Ayala no era demócrata. Conservador más que por convicción por instinto, la revolución le asustaba y se separó de ella bien pronto. La había aceptado en un momento de despecho, y no sentía por ella aquel cariño grande, inmenso, infinito que á todo se impone, ni aquel entusiasmo que no repara en el sacrificio. Más que ingrato fué arrepentido. ¡Lástima que no recogiera el fruto de su arrepentimiento!

El entierro de Ayala ha sido magnífico. La naturaleza sonrió aquel día satisfecha de ver que volvía á la tierra el polvo de un poeta ilustre. En el sarcófago que le encerraba como en la casa de M. Villatte el día que se trasladaron los restos de Voltaire al Panteón, habría podido escribirse: «Su corazón está aquí. Su talento y su fama en todas partes.»

Figurémonos que un desastrado cualquiera, esclavo de la ignorancia que á tantos errores y á tantos crímenes conduce, desesperado de la vida, que para él solo tiene de la rosa las punzantes espinas, desea matarse por que carece de un sentimiento dulce que le ligue á la tierra, y de la fe bastante para confiar en las dichas del cielo. Cuando decidido arrebatase la vida, llega á sus oídos exagerada por el error la fama terrible que el regicida goza. El deseo de celebridad es entonces tan poderoso en él como el deseo de la muerte. Por unos momentos aquellas tinieblas del cerebro, por donde desfilan en tropel mareante fantasmas horribles, se iluminan dejando ver un criminal y torpe pensamiento. El cobarde ó ambicioso suicida coje una pistola, se esconde en los alrededores de Palacio, espera la llegada del Rey y dispara sobre él dos tiros. ¿Quién es este hombre? Preguntadlo y todo el mundo contestará lo mismo: un asesino. La ley le condena y la justicia social se cumple en él.

Pero no pidáis más víctimas. Si del proceso resulta que el regicida era un criminal sin cómplices, no arrojéis sobre ninguna teoría política anatema de complicidad; no veáis en el crimen aislado propósitos de remover el edificio social; no condenéis airados el regicidio al mismo tiempo que rendis culto vergonzoso á la calumnia. Contra los periódicos que hayan podido alimentar tales intenciones en menoscabo de los nobilísimos principios de la democracia, protestamos enérgicamente, al mismo tiempo que condenamos los atentados contra el reposo público, obra de algunas inteligencias enfermas; á las que parece propósito divino fundir el mundo en el molde de sus fanáticos y sombríos delirios.

El crimen en vano buscará asilo en la democracia. Es Cain, y Cain después de su delito nunca se atrevió á mirar al cielo.

Cerradas las del Parlamento solo ha encontrado abiertas la política las puertas de las casas de los hombres públicos de mayor importancia, y por ellas se ha entrado afanosa de sucesos y conferencias. Las del general Martínez Campos han dado no poco que hablar en los pasados días. Quién creyó que después de ellas su alianza con los constitucionales quedaría pactada; quién que su espada sería hermana en moderantismo histórico de las de Cheste y Valmaseda, y, sin embargo, la actitud política del general Martínez Campos continúa tan incierta como antes. Dijérase que ha cambiado su asiento en el banco azul por un colupio, y que quien tan fácilmente y sin otra razón que el por que sí, símbolo de lógica española, aceptó un lugar entre los conservadores-liberales, no sabe ahora dónde irá á dar con sus influencias, con sus amigos y con sus entorchados. Lo que sí se sabe es que la abolición de la esclavitud, por la cual tan entusiasta se mostrara, no se realizará del modo y forma que el país y los representantes cubanos lo desean.

El proyecto de abolición de la esclavitud, pasó del Senado al Congreso. Pero sobre no haberle votado ni los senadores de Cuba, ni los generales, cuyos nombres van más íntimamente unidos á la pacificación de aquella provincia española, el proyecto salió del Senado con un vicio de legalidad que, en vano, han pretendido desconocer los periódicos ministeriales. En la votación del proyecto de ley de abolición de la esclavitud tomaron parte 148 senadores; 315 senadores resultaban admitidos hasta aquel día; la mitad más uno eran 158 y por tanto, con arreglo á la Constitución del Reino y al Reglamento de la alta Cámara, faltaron 10 votos para la aprobación del proyecto expresado.

La comisión del Congreso ha formulado ya dictámen; pero ese dictámen tiene en contra suya la ausencia de las minorías y la enérgica oposición de todos los diputados cubanos. En los primeros días de sesión se presentará en el Congreso. Hasta entonces reservamos nuestro juicio sobre esta cuestión trascendentalísima, cuyo aplazamiento traerá, de fijo, muchos días de luto para la patria.

Las minorías siguen fuera del Parlamento. Las alejó de allí el desden de un espíritu en que ha hecho la soberbia terrible presa, y no volverán á los desiertos bancos mientras la ofensa recibida no se repare. El Gobierno comprende que aislado, perdido la esperanza, siguiendo el penoso camino que lleva, es imposible vivir un solo día. Porque lo conoce y lo lamenta, es por lo que todos los periódicos ministeriales, haciéndose eco de sus desventuras, trabajan con tanta decisión, como escasa fortuna, para conseguir la muerte del retraimiento que estrecha al Gobierno y le ahoga, le ahoga por instantes. Comprendemos este deseo de la prensa ministerial, y nos parece más legítimo y disculpable que su afán en acusar á las minorías de ataques al régimen parlamentario, que en último término no hacen más que aceptar resignadas y tristes. Pero sus halagos á los diputados constitucionales son tan toscos, que creídos, no seducen, y estudiados causan más risa que agradecimiento. Empeñarse en demostrar que sólo abandonando el retraimiento pueden los constitucionales esperar en breve plazo la herencia del Gobierno, es trabajo tan inútil como maniobrar en lo insondable que dijo Victor-Hugo. Los constitucionales saben ya, y no les ha costado poco trabajo ni pocos desdenes aprenderlo, lo que pueden esperar del Sr. Cánovas, y no caerán en el lazo que éste les tiende. Saben, que lejos del Congreso, viven más cercanos al triunfo, y sobre todo que cumplen fielmente el compromiso contraído con las minorías. Las minorías recibieron un ultraje, y desean que explicaciones espontáneas del señor Cánovas borren el ultraje recibido. Ni deben pedir más para ser justas, ni pueden contentarse con menos para ser dignas.

En vano quiere el Sr. Cánovas que las minorías asistan á la sesión en memoria del poeta y orador ilustre, por quien hoy cúbrese de luto la tribuna y la escena. Si pensó que, como á la de Mirabeau, la ruptura de los diques que contenían la revolución sucedería á la muerte de Ayala, más que la tréguera del dolor la paz con las minorías, se ha equivocado. Busque la paz, si tanto la desea en la confesión de su desden, y acepte el sacrificio de su orgullo por penitencia.

Para convencernos de que aún hay inocentes sobre el haz de la tierra, hace falta que el alma que les dedique un día del año y las actrices una función de teatro por la tarde. El teatro no ofrece, en los días de la pasada decena, más novedades que esa función. En ella, las comedias y los dramas se desordenan y confunden: los más valientes militares, son señoras que desempeñan aquel papel en obsequio á la festividad del día, y hombres los encargados, de las domésticas faenas. Las mujeres, haciendo gala de su audacia, y disfrazadas con trajes buscados, no en los figurines de *La Moda Elegante*, sino en los de *La Guía de los Sastres*, son los Tenorios de las conquistas y galanteos. El amor purísimo de la mujer se declama con aguardento-a voz, y la ira de las grandes pasiones con voz tan débil, que apenas si se oye. No hay mejor actriz que la que más chillaba, ni mejor autor que el que más disparaba.

El público no se enoja; antes bien ríe y se entretiene con tal espectáculo.

¡Y es que en el teatro de la sociedad estamos acostumbrados á ver muchas veces funciones de inocentes!

MIGUEL MOYA.

# ANUNCIOS.

## GUERLAIN DE PARIS

Artículos recomendados.  
15 rue de la Paix.

**NUEVAS MAQUINAS DE COSER**  
Los mejores para Familias, Costureras, Sastres, Zapateros, Guanteros, etc., etc.

La "UTIL" 50 fr. La "PRÉCIEUSE" 90 fr.  
La "NUEVA SILENCIOSA" verdadera "Expeditiva" completa de 40 guías accesorios. Garantía 10 años.

MÁQUINAS HOWE, SINGER, etc.—MÁQUINAS PARA GUANTEROS MÁQUINAS PARA PLEGAR, CLAVETEAR, etc., etc.

Maison A. RICBOURG (B. S. G. D. G.)  
Delegado de los Mecánicos de la Villa de Paris en la Exposición Universal de Londres de 1862.—Medalla de Honor en la Exposición Universal Paris 1867 y 1878.—Miembro del Jurado en la Exposición 1879.

(Envío franco de precios y Catálogo) **20, Boulevard Sébastopol, 20** (Envío franco de precios y Catálogo)  
Tarifa reducida y condiciones excepcionales a los Agentes, Comerciantes y Exportadores.

Agua de Colonia imperial.—Sapoceti, jabon de tocador.—Crema jabonina (Ambrosial Cream) para la barba.—Crema de Fresas para suavizar el cutis.—Polvos de Cypris para blanquear el cutis.—Stilboide cristalizado para los cabellos y la barba.—Agua Aténise y agua Lustral para perfumar y limpiar la cabeza.—Pao Rosa.—Bouquet María Cristina.—Ramillete de Cintra.—Ramillete de la condesa de Edia.—Heliotropo blanco.—Exposición de Paris.—Ramillete Imperial Ruso.—Perfume de Francia, para el pañuelo.—Agua de Cidra y agua de Chipre para el tocador.—Alcoolat de Achicoria para la boca.

DIGESTIONES ARTIFICIALES  
**VINO**  
BI-DIGESTIVO DE  
**CHASSAING**  
PREPARADO CON  
PEPSINA Y DIASTASIS  
Agentes naturales e indispensables de la DIGESTION

12 años de éxito  
contra las DIGESTIONES DIFÍCILES O INCOMPLETAS  
NAUSEAS DEL ESTOMAGO, DISPEPSIAS, GASTRALGIAS, PÉRDIDA DEL APETITO, DE LAS FUERZAS ENFLAJECIMIENTO, CONSUNCION, CONVULSIONES LENTAS, VÓMITOS.

PARIS, 6, Avenue Victoria, 6.  
En provincia, en las principales boticas.

**HOTEL SAN GEORGES Y DE AMÉRICA**  
Paris, 10, Rue St. Georges  
Cerca de la nueva ópera y de los Boulevares.  
**BERNARDO FERRAS, PROPIETARIO.**  
Mesa redonda y á la carta. Cocina española y francesa.  
Esta casa se recomienda por sus precios módicos y esmerado servicio.

**CASA GENERAL DE TRASPORTES**  
DE  
**JULIAN MORENO**  
CONTRATISTA DE LOS FERRO-CARRILES  
DE MADRID Á ZARAGOZA Y ALICANTE,  
Y  
UNICO COSSIGNATARIO DE LOS VAPORES-CORREOS DE

**A. LOPEZ Y COMP.**  
MADRID.—ALCALÁ, 28.

**PALACIOS Y GOYOAGA**  
SASTRES.  
3. PUERTA DEL SOL, PRAL 3.

### BANCO HIPOTECARIO DE ESPAÑA.

En el sorteo verificado por este Banco el día 2 del corriente para la amortización de cédulas hipotecarias, han resultado amortizadas las siguientes:

CÉDULAS DEL 7 POR 100.

Numeracion.	Cédulas.	Numeracion.	Cédulas.
108	127	20	17.250
931	950	26	17.298
978	997	20	18.102
2.022	2.041	20	19.621
2.266	2.285	20	20.108
3.427		1	20.416
3.502	3.520	19	20.981
4.448	4.467	20	21.423
5.465	5.484	20	22.081
6.384	6.403	20	22.266
7.250	7.269	20	22.291
7.298	7.317	20	23.427
7.972	7.991	20	24.585
9.621	9.640	20	25.831
10.108	10.127	20	26.109
10.931	10.950	20	26.467
10.978	10.997	20	27.530
12.316	12.335	40	27.584
13.427	13.446	20	28.465
14.448	14.451	4	28.144
14.466	14.481	16	29.621
15.465	15.484	20	
16.418	16.437	20	
			<b>Total.....</b>
			<b>765</b>

CÉDULAS DEL 6 POR 100.

Primera série.....	Números. 2.622 á 2.631	10
	Números. 5.710 5.718	9
Segunda série.....	Números. 12.622 12.631	10
	Números. 15.710 15.716	7
Tercera série.....	Números. 22.622 22.631	10
	Números. 25.710 25.716	7

NOTA. Las cédulas de 6 por 100, números 12.244 al 12.247, amortizadas en el sorteo de 1.º de Julio de 1879, no se han presentado al cobro.  
Las cédulas hipotecarias premiadas se reembolsarán á la par el día 1.º de Abril del corriente año en las oficinas del Banco, en Madrid, Paseo de Recoletos, núm. 12, dejando de producir interés desde la misma fecha.  
Lo que se pone en conocimiento del público, conforme lo ordena el artículo 117 de los estatutos de este Banco.  
Madrid 5 de Enero de 1880.—El Secretario general, Enrique Lamarinière.

## PRINCIPIOS DE GEOLOGÍA Y PALEONTOLOGÍA

FOR  
JOSE J. LANDERER.

Precio: 25 reales en Madrid; librerías de Fé y de Bailly Bailliére.  
Resumen del juicio crítico que ha merecido esta obra:  
El órgano oficial de la Sociedad Geológica de Francia, termina así el examen crítico:  
"Séame permitido, para concluir, hacer votos para tener pronto en nuestra lengua un trabajo elemental tan bien nutrido y equilibrado como el que el Sr. Landerer acaba de ofrecer á la literatura científica española."  
DOLLFUS.  
"La obra del Sr. Landerer es un excelente tratado, cuya necesidad se dejaba sentir en España, y que se halla á la altura de los mejores libros de la misma naturaleza publicados en el extranjero."  
BARROIS, catedrático de la Facultad de Ciencias de Lille.  
"La obra del Sr. Landerer es á la vez ordenada y llena de precisión, en la que todo se halla expuesto con claridad y dispuesto con la más rigurosa lógica."  
Vizconde de SELLE, catedrático de Minerología en la Escuela Central de Paris.  
"La obra del Sr. Landerer es, en su género, inmejorable, por el orden, método, claridad, doctrina y medios materiales, mereciendo la buena acogida que desde luego tendrá entre las personas que deseen iniciarse en la ciencia geológica."  
SOLANO Y EULATE, catedrático de Geología de la Universidad de Madrid.  
"El Sr. Landerer ha prestado al país un señalado servicio con la

publicación de su notable obra. Reciba por ello la más cordial enhorabuena."

J. J. MUÑOZ, catedrático de Geología en la Escuela de Ingenieros de Montes.

"El libro del Sr. Landerer, que debiera adoptarse como texto para los estudios oficiales de España, honra á su autor y honra á su país."  
J. NAVARRO REVERTER, ingeniero de Montes.

"La interesante obra del Sr. Landerer, honor de nuestra literatura científica."  
La Crónica Científica.

"No podemos menos de felicitar al Sr. Landerer por obras tales que honran y enaltecen el país y nos ponen al nivel de los extranjeros."  
Diario de Barcelona.

### BANCO DE ESPAÑA.

El Consejo de gobierno, con presencia del balance de fin de mes de Diciembre último, ha acordado repartir la cantidad de 55 pesetas por acción como complemento de los beneficios del año próximo pasado.  
En su consecuencia, desde el jueves 15 del actual, de diez de la mañana á tres de la tarde y por el orden que se expresa á continuación, pueden presentarse los señores accionistas en el negociado de Acciones de esta secretaría con los correspondientes extractos de inscripción á fin de percibir en el acto el expresado dividendo.  
Jueves 15: letras del registro del extracto A. L. y L.  
Viernes 16: id. id. B. y M.  
Sábado 17: id. id. C. N. y O.  
Lunes 19: id. id. D. E. F. P. Q. y K.  
Martes 20: id. id. G. y R.  
Miércoles 21: id. id. H. I. J. y S.  
Jueves 22: id. id. T. U. V. y Z., y las inalienables.  
Se advierte que los pagos á los interesados se verificarán precisamente en los días que quedan señalados y que desde el sábado 24 en adelante se harán indistintamente.  
Madrid 2 de Enero de 1880.—El secretario, Manuel Ciudad.

Publicado en la Gaceta de Madrid correspondiente al día de ayer el resultado del sorteo de las obligaciones del Tesoro de la isla de Cuba sobre los productos de la renta de aduanas, creadas por virtud de la ley de 25 de Junio de 1878, se avisa á los tenedores de esta clase de valores, que desde el día de mañana 3 del actual pueden presentar en las oficinas de este Establecimiento, y bajo facturas que al efecto se les facilitarán, los cupones del trimestre vencido en 1.º de este mes, y las obligaciones amortizadas en el referido sorteo para el señalamiento del día en que habrá de realizarse su pago.  
Madrid 2 de Enero de 1880.—El secretario, Manuel Ciudad.

nio de 1876.—4.º Ley Municipal, con las reformas en su texto comprendidas en la de 16 de Diciembre de 1876, publicada en 2 de Octubre de 1877.—5.º Ley Provincial, con las reformas en su texto comprendidas en la de 16 de Diciembre de 1876, publicada en 2 de Octubre de 1877.—6.º Ley Electoral para Municipios y Diputaciones provinciales, de 23 de Junio de 1870, con las reformas de la de 16 de Diciembre de 1876.—7.º Ley Electoral para diputados á Cortes, de 18 de Junio de 1865, mandada cumplir por decreto de las Cortes.—8.º Ley Penal para los delitos electorales.—9.º Circular de 5 de Agosto de 1877, dictando reglas para la ejecución de la Ley Electoral.—10. Ley Electoral del Senado, de 8 de Febrero de 1875.—11. Ley de Extranjería, de 4 de Julio de 1870, fijando la condicion civil de los extranjeros domiciliados y transeúntes, sus derechos y obligaciones, matrículas, pasaportes, emigrados, etc., etc.—12. Ley Moret, de 4 de Julio de 1870, para la abolición gradual de la esclavitud.  
Obra de actualidad, de unas 200 páginas, encuadernada á la rústica, en PESOS FUERTES 2-50 billetes, franco de porte al Interior. Gran rebaja en los pedidos mayores, que se dirigirán á La Propaganda Literaria, O'Reilly, 54.—Habana.

**MANUAL DEL SECRETARIO**  
O PRÁCTICA DE OFICINAS  
Obra útil á todos los que desempeñan aquel cargo y á cuantos deseen instruirse en lo concerniente al despacho de Secretarios, por  
ILDEFONSO ESTRADA Y ZENEA.  
UN TOMO EN 4.º DE BILLETES 3 PESOS  
unas 100 páginas. fuertes ejemplar, franco de porte.

Indice de las materias que contiene: Invitación á los Secretarios.—Certificación.—Introducción.—Primera parte.—PERSONAL.—Porte.—Aseo.—Maneras.—Carácter.—Urbanidad.—Sociabilidad.—Educación.—Moralidad.—Dignidad.—Instrucción.—Actividad.—Segunda parte.—MATERIAL.—Oficinas.—Libros.—Documentos.—Oficios.—Cartas.—Informes.—Ordenes.—Decretos.—Consultas.

**EL LIBRO DEL CIUDADANO ESPAÑOL.**  
CONTIENE:—1.º Advertencia.—2.º Decretos y bandos sobre la paz y reconstrucción de Cuba, publicados en la Gaceta de la Habana.—3.º Constitución de la Monarquía española, promulgada en 30 de Ju-

Propuestas.—Certificaciones.—Estados.—Reglamentos.—Juntas.—Actas.—Actas municipales.—Memorias.—Relaciones, Indices y Registros.—Memoriales.—Copias.—Formularios.—Citación á junta.—Memorial.—Informe.—Oficio.—Certificación.—Acta de Ayuntamiento.—Otra certificación.—Otro memorial.—Exposición al Rey.—Expediente para la construcción de obra nueva.—Solicitud para ser inscripto en la matrícula de comerciante.—Invitación.—Oficio para remitir un título.—De los Secretarios de los Juzgados de Paz.—De los Secretarios de los Institutos.—De los Secretarios de la Real Sociedad económica de la Habana.—Extractos de las leyes provincial, electoral y municipal.—Usos del papel sellado.—Tratamientos y títulos, etc., etc.

UNICO PUNTO DE VENTA  
"LA PROPAGANDA LITERARIA"  
O'REILLY, 54,

### LA AMÉRICA

Año XXI  
Este periódico quincenal, redactado por los primeros escritores de Europa y América, y muy parecido por su índole é importancia á la REVISTA DE AMBOS MUNDOS, se ha publicado sin interrupción durante diez y nueve años. En él han visto la luz más de ocho mil artículos, todos originales y escritos expresamente por sus numerosos colaboradores, lo que puede justificarse consultando el índice que figura al fin de cada tomo. Para comprender toda su importancia, bastará decir que el Gobierno español, años hace, lo ha recomendado de real orden á los capitanes generales y gobernadores de la Isla de Cuba, Puerto Rico y Filipinas; así es que nuestra REVISTA UNIVERSAL cuenta en dichos países con numerosos suscriptores, como en toda la América, España, Francia, Inglaterra y el resto de Europa. El número de nuestros comisionados ó corresponsales excede de 400.

Bastan, pues, estas indicaciones para comprender la ventajosa que ofrece un periódico tan antiguo y acreditado á los que acierten á escogerle como medio de publicidad.

LA REVISTA UNIVERSAL consta de 8 páginas (4 pliegos marca española) y hace tres grandes ediciones: una para España y el extranjero, esto es, toda Europa y Filipinas, remitiéndose á este punto por el Istmo.

Otra que vá directamente desde Cádiz á Canarias, Puerto Rico, Cuba, Santo Domingo, Haití, Jamáica y demás posesiones extranjeras en Ultramar.